

# ESTA ES MI MALOCA - EEJA MÚÚHAJA

Tradiciones orales del pueblo bora

Andrés Napuri, Editor



Encuentros y Saberes





# **ESTA ES MI MALOCA - EEJA MÚÚHAJA**

**TRADICIONES ORALES DEL PUEBLO BORA**

**Andrés Napuri, Editor**

**Encuentros y Saberes**



## **Créditos**

**ESTA ES MI MALOCA - EEJA MÚÚHAJA**

**Tradiciones orales del pueblo bora**

**@INSTITUTO DEL BIEN COMÚN, 2021**

Jr. Mayta Cápac N° 1329 – Jesús Maria, Lima 15072 – Perú

### **Edición general**

Andrés Napurí

### **Gestión del proyecto editorial y cuidado de edición**

María Rosa Montes

### **Relatos**

Olegario Velásquez Flores, José Panduro Díaz, Julia Ruiz Mibeco, Manuel Ruiz Mibeco, Florentina de Mibeco, Federico Mimico Gómez y Francisco Mibeco Birí.

### **Investigación**

Andrés Napurí, Walter Panduro.

La investigación recibió apoyo financiero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

### **Traducción al castellano**

Walter Panduro

### **Ilustraciones**

Jhony Soria Arirama y Percy Díaz



**Diseño gráfico**

Jorge Polar

Primera edición, agosto de 2021

**Impresión**

Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156 – Breña

Agosto 2021

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-48648-0-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2021-08182

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de Metabolic Studio – Annenberg Foundation y el Ministerio de Cultura del Perú.

**Proyecto ganador de Estímulos Económicos para la Cultura 2020**

Proyecto ganador de Estímulos  
Económicos para la Cultura 2020



PERÚ

Ministerio de Cultura

# PRESENTACIÓN

En las dos décadas que lleva trabajando en el noreste de la región Loreto por el establecimiento del Gran Paisaje Putumayo Amazonas, un modelo de ordenamiento territorial y gobernanza de los recursos naturales en Amazonía, el Instituto del Bien Común - IBC ha desarrollado una sólida relación de colaboración con nueve pueblos indígenas cuyos territorios se encuentran en el interfluvio de dos grandes ríos amazónicos, el Putumayo y el Amazonas.

En este marco, el IBC ha investigado los conocimientos ancestrales y prácticas tradicionales de manejo de recursos, tales como técnicas tradicionales de pesca, derecho consuetudinario de gobernanza pesquera y técnicas de manejo del bosque. Este rico cuerpo de conocimiento y prácticas ha sido motivo de varios estudios publicados en esta serie editorial, e incorporado en la gestión y gobernanza de las áreas protegidas creadas como parte de la construcción del Gran Paisaje. Y más importante aún, las poblaciones locales están involucradas en la gestión de dichas áreas, en concordancia con la visión del IBC que enfatiza la importancia de la participación activa de los actores locales para el éxito y sostenibilidad de cualquier proyecto.

Asimismo, el IBC viene contribuyendo a recuperar la historia oral de los pueblos indígenas que pueblan el interfluvio del Putumayo y el Amazonas, la cual ha sido marcada por episodios de esclavitud, muerte y masivas migraciones forzadas durante la era del caucho, que vivió esta parte de la Amazonía entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX; patrón que se repitió en la explotación de otros recursos naturales en la zona.

Mediante la publicación bilingüe de estos relatos que conducen al intrépido cazador Pucunero a través de una serie de peripecias pobladas de personajes de la mitología del pueblo bora, el Instituto del Bien Común pone su granito de arena para contribuir a la recuperación y difusión de episodios de la historia oral de este pueblo amazónico y preservar su lengua. Las narraciones fueron recogidas y traducidas al español por los investigadores Andrés Napurí y Walter Panduro, quienes contaron con apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Expresamos nuestra gratitud con todos los sabios, hombres y mujeres, del pueblo bora que tan generosamente han compartido sus narraciones. Asimismo, agradecemos a Jhony Soria Arirama por sus ilustraciones de la historia del pucunero, y a Percy Díaz por las ilustraciones sobre técnicas de pesca de los pueblos bora y huitoto, que retomamos de un título anterior de esta serie.

Esta obra no hubiera sido posible sin el apoyo del Ministerio de Cultura del Perú, a través de su programa de Estímulos Económicos para la Cultura, y el patrocinio de Metabolic Studio - Annenberg Foundation.






## INTRODUCCIÓN

En los últimos años ha surgido un fuerte interés político y académico por recoger —o bien recuperar— información valiosa sobre las sociedades indígenas de la Amazonía peruana. Está vigente un discurso extendido entre la sociedad civil y varios grupos académicos que sostiene que las lenguas indígenas están desapareciendo —un hecho innegable. Para el caso de los bora, sociedad amazónica que forma parte del conjunto de la gente de centro (Chirif, 2017), es cierto y coincide con la historia reciente a partir de la época del caucho: la migración forzosa y la ruptura de su sociedad han afectado al uso de su lengua (ISO 639-3: *boa*, lengua bora, familia lingüística bora) y la estructura de sus celebraciones. Así pues, entre las sociedades amazónicas se corre el peligro de perder información vital sobre las representaciones, festividades y conocimientos de muchos grupos humanos. Esto es resultado del crecimiento violento de discursos hegemónicos y racistas, así como la misma decisión de cambio intergeneracional que ocurre en toda sociedad. Ante esta tendencia, el proyecto que nos ocupa comenzó con el interés de aliviar un poco aquel pendiente histórico. Claramente, la recolección de tradiciones orales es solo parcial y, posiblemente, presente algunas falencias.

De alguna forma, el interés por recoger tradiciones orales entre los miembros del pueblo bora se incrementó durante los talleres que organizó el Ministerio de Educación durante el proceso para consensuar el alfabeto de la lengua bora en el año 2014. En dicho proceso, participé como lingüista consultor y tuve la oportunidad de visitar las comunidades de los ríos Ampiyacu y Yaguasyacu, en la provincia Mariscal Castilla del departamento de Loreto. Este viaje no hubiera sido posible de no haber contado con la orientación y apoyo del Instituto del Bien Común (IBC). Su respaldo logístico me permitió extender mi experiencia de campo y, afortunadamente, conocer un poco más a las familias bora que residen en las comunidades de Ancón Colonia, Nuevo Perú, Brillo Nuevo, Estirón del Cusco, Pucaurquillo, Betania y Pebas.



La discusión sobre cómo escribir su lengua suscitó mucho interés político. Si bien existía un alfabeto creado por el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) y otro creado por el Programa de Formación de Maestros Bilingües de la Amazonía Peruana (FORMABIAP), el objetivo central de estos talleres consistía en tener un alfabeto oficial —como el español o el quechua— y, en consecuencia, se puso en agenda la necesidad de contar con otros materiales impresos en su lengua (Napurí, 2016). Durante la experiencia de estos talleres, conocí a Walter Panduro, con quien estudio la gramática y la historia del pueblo bora. Tras el consenso y la publicación del alfabeto bora, trabajando en coordinación con varios integrantes de dicho pueblo, con Walter Panduro asumimos el compromiso de recolectar las tradiciones orales. Igualmente, durante el año 2017, gracias al apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú, fue posible realizar varias salidas de campo con dicho propósito. Esta subvención permitió entrevistar a Olegario Velásquez Flores, Warói, del clan guacamayo rojo; José Panduro Díaz, Díítsáhe, del clan sol; Julia Ruiz Mibeco y Manuel Ruiz Mibeco, Máríímulle y Lliíhyo, ambos del clan aguaje; Florentina de Mibeco, Nuupáji, del clan pijuayo; Federico Mimico Gómez, Mééníhyeba, del pueblo yucuna; y a Francisco Mibeco Birí, Míívyéji Nííwaco, del clan aguaje. Sus relatos permitieron revisar varios episodios del pucunero.

Posteriormente, Walter Panduro tradujo estos relatos al español y con él consensuamos una línea narrativa. En este punto es importante destacar el innegable sincretismo entre los relatos bora y otras tradiciones con las que dialogan las sociedades del río Ampiyacu y Yaguasyacu, como el cristianismo. Es significativo tomar nota de este contacto, pues en el caso de los bora se da desde hace más de sesenta años i.e. desde 1960 con las misiones del ILV a cargo de Wesley y Eva Thiesen. La recolección de relatos orales Esta es nuestra maloca. Eeja múúhaja: sostiene, también, el encuentro entre la construcción de una figura mesiánica y la propuesta de un posible origen mítico para el pueblo bora.

La tensión hacia el origen es de suma importancia y vigente en la memoria bora. Sin duda, porque la presencia de esta sociedad en la Amazonía peruana es reciente —tan solo desde los años veinte del siglo pasado. Los bora, como parte de la región amazónica donde se constituye la gente de centro, habitaron entre las riberas del río Caquetá, el río Putumayo y su tributario el río Igará-Paraná. En este territorio se conformó una red que se mantiene hasta la fecha con otras sociedades amazónicas: los bora, miraña y muinane, de la familia lingüística bora; los murui-muinani, ocaina, nonuya, witoto (bue, minika, nipode), de la familia lingüística witoto; y los resígaro y tariana, de la familia lingüística arawak. La constancia de estos contactos y las relaciones de parentesco que se han establecido entre estas sociedades hasta la fecha permiten que se mantenga una clara consciencia sobre este territorio como su lugar de origen. Estos relatos dan testimonio de ello.

Con la firma del tratado Salomón-Lozano en 1922, se trazó la frontera entre Colombia y Perú: la ribera izquierda del río Putumayo se volvió suelo colombiano. Por consiguiente, los caucheros peruanos que esclavizaron a la gente de centro debieron trasladarse a territorio peruano. Para mantener su comercio, forzaron la migración de varios grupos hacia el sur del Putumayo, en dirección a las riberas del río Ampiyacu. El episodio del caucho —impulsado por un comercio salvaje e intensificado por enfermedades letales para sus sistemas inmunológicos— diezmo la población de estas sociedades: se estima que antes del caucho los bora tenían entre 20 000 y 30 000 miembros. Tras la explotación del caucho, su número cayó a 5000; hoy en día, según el último censo nacional, se estiman 1151 personas (INEI, 2017).



Su reducido número debe ser también una lección para todos nosotros. En estos años en los que vemos cómo un virus con alcance global nos obliga a repensar nuestras formas de socialización, es imperativo que aprendamos de las sociedades amazónicas. De alguna manera, estamos experimentando un violento proceso que cambiará nuestra forma de relacionarnos. Somos testigos de cómo nuestros cuerpos no estaban listos para una nueva enfermedad. Hemos presenciado un cambio abrupto que generó drásticas medidas en todo el planeta en muy pocos meses. Las sociedades amazónicas experimentaron un proceso similar cuando entraron en contacto con caucheros o gente foránea a lo largo de la historia. Muerte y enfermedades han sido el resultado de la Colonia, las misiones católicas, la extracción del caucho y, hoy en día, del contacto con la población indígena en situación de aislamiento y contacto inicial (PIACI). En muy pocos meses, el mundo como lo conocían terminó. En ese sentido, estas narraciones son también testimonios del fin de un mundo. Hay claves en ellos para entender su entorno y las relaciones entre los bora, y de estos con las demás sociedades de la gente de centro. Tales relaciones son un mundo en sí mismo.

La realización final de Esta es nuestra maloca. Eeja múúhaja fue posible gracias al apoyo de los Estímulos Económicos para la Cultura. Estos fondos permitieron terminar la edición, así como ilustrar los relatos con los dibujos de Jhony Soria Arirama, artista bora. Así mismo, permitieron revisar la traducción final. Finalmente, el apoyo del Instituto del Bien Común fue clave con el auspicio de este proyecto gracias a una donación de Metabolic Studio - Annenberg Foundation. Reconforta reconocer el compromiso de una institución en distintos momentos de este recorrido: cuando realicé la consultoría con el Ministerio de Educación antes de siquiera empezar este proyecto; y ahora, con este trabajo editorial que consiste en una primera devolución a los bora.

Andrés Napurí, Lima, julio de 2021

## Referencias

Chirif, Alberto (2017). *Después del caucho*. Lima: Lluvia Editores, CAAAP, IWGIA, IBC.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (2017). *Censos nacionales 2017: XII de Población, VII de Vivienda y III de Comunidades nativas y comunidades campesinas*. Lima: INEI

Napurí, Andrés (2016). Revitalization of the Bora Language. *Handbook of Research and Practice in Heritage Language Education*. Nueva York: Springer.

Napurí, Andrés y Walter Panduro (2018). Sobre parte del cuerpo bora: polisemia y derivación nominal con cambio tonal. *LIAMES: Línguas Indígenas Americanas*, 18, 2, pp. 302-315.

Panduro, Walter (2016). *Relatos orales bora: relatos de origen y otros relatos bora*. Lima: Ministerio de Educación.

---

I Walter Panduro es coautor de artículos académicos (Napurí y Panduro, 2018) y de libros de relatos de narraciones bora (Panduro, 2016).

II Esta institución me brindó apoyo financiero para realizar nuevas salidas de campo y documentar tradiciones orales bora. La subvención obtenida fue DGI 2017-1-0085.

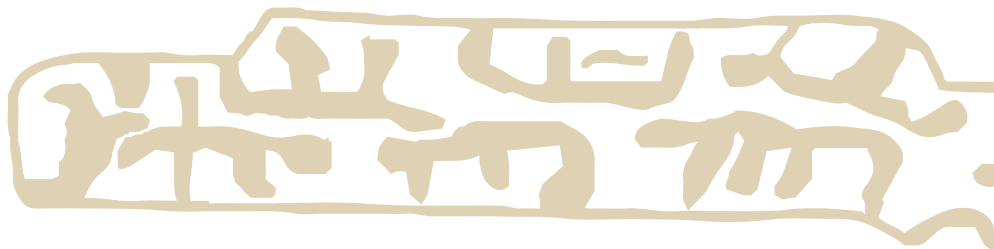
III La edición final del manuscrito fue posible gracias al apoyo económico brindado por el Ministerio de Cultura y el auspicio económico y editorial del Instituto del Bien Común.

# EL PUCUNERO

## LLÍJCHURI

### EPISODIOS

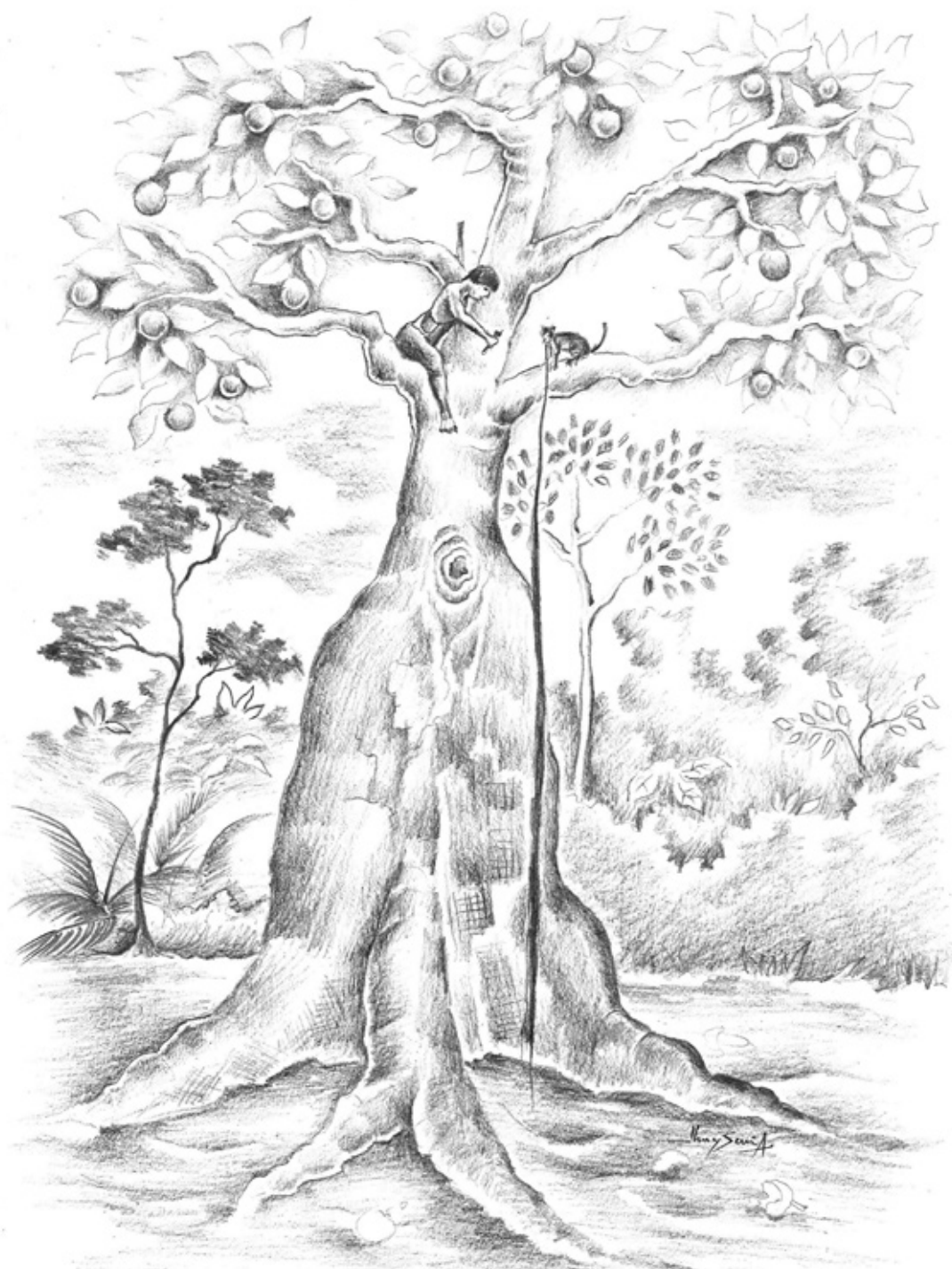
Desaparición del padre de pucunero	
<i>Llíchuiíhyójcaani dsíjivéne</i>	16
Pucunero investiga la muerte de su padre	
<i>Cááníúvú dsíjivé llíjchuiíhyó wáájacúne</i>	24
Pucunero y los varones de su madre	
<i>Llíchuiíhyó tsíju ájkímuke dóóneé</i>	32
Sacrificio de la madre de pucunero	
<i>Llíchuiíhyodívú tsíju dóótsómeíñe</i>	38
Pucunero y el fantasma de su madre	
<i>Llíchurídívú tsíjuúvú naavéné bóhówaavéne</i>	44
Pucunero y las setas	
<i>Llíchuríké goróómú wájyámunúne</i>	52
Pucunero y el escorpión	
<i>Llíchuríké óóniho wájyámunúne</i>	54
Pucunero y el oso perezoso	
<i>Llíchuri daallíkyé ííbówavu dóótsone</i>	60
Pucunero y las hijas de la anaconda de los peces	
<i>Llíchuri dóóráme bóóá ajoyúwamúpike táábaváne</i>	62
La venganza de los peces	
<i>Amómé llíjchuríké múnáajtsóne</i>	70
Pucunero consigue el pijuayo de la anaconda de los peces	
<i>Dóóráme bóóá meeméhé llíjchuri újcune</i>	74

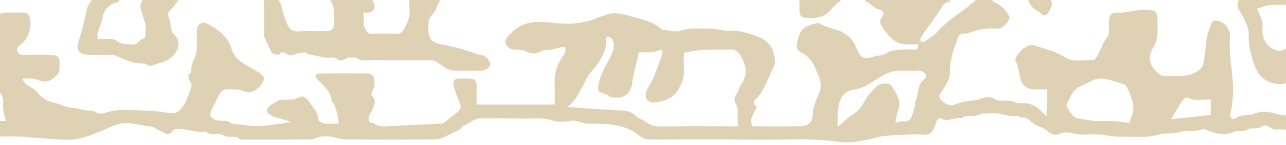


Venganza de pucunero contra los peces	
<b><i>Llíchuri dóórámeke múnáajtsón</i></b>	<b>80</b>
Creación de ríos y mares a partir de un gigante maligno	
<b><i>Chihtyawáyudityú Llíchuri móañe ípívyetsóne</i></b>	<b>86</b>
Pucunero y las malocas desamparadas	
<b><i>Llíchuríké jááhañe mávárijchóne</i></b>	<b>94</b>
Pucunero y la esposa del Sol de los Alimentos de la Tierra	
<b><i>Llíchuri núhbá táábake pááranuróne</i></b>	<b>98</b>
Pucunero y la nodriza de las jóvenes tamizadoras	
<b><i>Llíchuri míhéerájimééwamúpí iityáálleke dóóneé</i></b>	<b>102</b>
Pucunero atraviesa el piñal hechizado	
<b><i>Llíchuri cúdsíibají pájtyene</i></b>	<b>108</b>
Pucunero y la mujer del oso hormiguero	
<b><i>Llíchuri íjújú táábake pááranúne</i></b>	<b>116</b>
Pucunero transforma la sachapapa	
<b><i>Llíchuri cúniyu tútávajtsóne</i></b>	<b>120</b>
La inundación de la tierra	
<b><i>Llíchuri cáájáneba dóhejúróne</i></b>	<b>124</b>
Creación de las colpas a partir de la gigante cazadora	
<b><i>Taavámééwake llíchuri adówavu píívyetétsóne</i></b>	<b>128</b>
Conversión y fin de pucunero	
<b><i>Llíchuri nééwabyávú píívyeténe</i></b>	<b>134</b>

• EPISODIO I •


DESAPARICIÓN DEL PADRE DE PUCUNERO





• EPISODIO I •

LLÍJCHUÍÍHYÓJCAANI DSÍJTVÉNE



Señalan las leyendas del pueblo bora que Sol del Medio Mundo es el antepasado de los bora, cuyo padre fue Dios de los Niños Mimados. Y Sol del Medio Mundo se casó con la hija de Sol de los Animales, antepasado de los monos.

Esta nueva pareja vivía sosegadamente en una casa erigida entre las de sus suegros, en media selva. Y él, que era muy cazador muy diestro, mataba con su pucuna muchos maquisapas, cotos, huapos, entre otros; sin siquiera imaginar que esos monos eran los hijos de Sol de los Animales.

No obstante, Sol de los Animales veía que sus súbditos, los monos, estaban desapareciendo paulatinamente, pero resolvió quedarse quieto y callado, aunque sabía que Sol del Medio Mundo estaba acabando con ellos.

Un día Sol del Medio Mundo dijo a su esposa: “Mujer, alguien se come nuestra piña y no la deja madurar. Las que observo en la ida, cuando voy de cacería, no las encuentro a mi retorno. Y para saber quién es el atrevido que se come, esta vez retornaré un poco tarde y me esconderé en las inmediaciones de nuestro piñal”.

A la tarde siguiente, como convino con su esposa, se escondió sigiloso en las inmediaciones de su enorme chacra para indagar quién se comía las piñas.

Mientras se ponía el sol, a la hora en que se la llama ‘claridad de nuestra piel’, vagamente vio cruzar varias siluetas antropomorfas. En seguida, aprestó su pucuna hacia las siluetas y les asestó unos mortales dardos.

Hasta ese instante Sol del Medio Mundo no podía imaginar que aquellos sustractores de piñas eran sus propios cuñados, los tayras.

En seguida, los juntó y llevó a casa, y avisó a su mujer: “Mujer, estos son los atrevidos se comen nuestra piña. Chamúscalos y cocíalos para comérmolos”. En seguida, la mujer los chamuscó y cocinó a todos; luego, se los comieron.

Este imperdonable hecho no pasó desapercibido para Sol de los Animales, quien corroboró que sus hijos, los tayras, no retornaban de sus andanzas cotidianas. “¡Vaya! – se contristó el viejo curaca – Estoy seguro que este infeliz está acabando con mi prole”. En seguida, se puso a planificar la manera de matar a Sol del Medio Mundo y vengar la desaparición de sus hijos.



Úúbálléháñé nehíjkyá diibyéváa Píne Núhbá úmíjité déjúcóejpi íjkyane, áábéjcaaníváa Lloorámú Niimúhe. Aabéváa táábavá láme Núhbá, wacháhbómú ìhdééjpi ájyúwake.

Aabéváa Píne Núhbá méwama iánúmeijyá Iliiñe íkyahíjkyá íbúwajíwa íbáábémú pañe. Aabéváa Iliiñájaapíwu néébe Ilíchújehíjkyá cuumú iáábeke, óóbawá iáábeke, dityétsí idyóhíjkyaki; aamévahacáa úmomu láme Núhbá cuwáme.

Aanéváa tsáijyu láme Núhbá ìté dííbyé cuwáábé úmomu, ihyájkímú íjkyame, oúhóú péjucóóne; aanéváa tsúúca ihdyu waajácúroobe Píne Núhbá dííbye ájkímuke dóórone, áronáacáváa tsá ìná dibye neétunéíiky.

Tsájcoojíváa Píne Núhbá Iliiñájaatu óómiibye méwake neeváhi: “Muúlle, múhjáubá me cúdsí náámeróné Iléenehíjkyáhi. O péébe o íteíñúne o óómiibye tsáhájuko o átyúmiíhíjkyatúne. Íkyooca cúvé o tsáábe tépallí úniúvú ó tsóhnááveé múha íjkyane o túvááoki”

Aanéváa tsíjkyoojì cuuvé pañe Iliiñájaatu óómiibye, ípyéijyu iñéhdu, íhjiíhá úniúvú tsóhnaavé, ‘Óvíi múha tsááhií’, néébere.

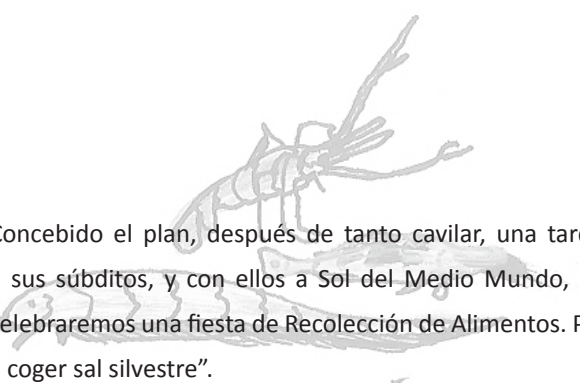
Áánáacáváa cúvéhréjuko, ‘méjpijtsítsí’, me nétsihvu tene néénáa ìtécunúúbé tsaate najvenave pájtyeíñúne; ááneréjucónváa dibye Ilíjchune diityéke. Ihdyúvähacáa ityónujte náámóhomu diityétsi cúdsí nánihíjkyáhi.

Áámekéváa ááhivu itsájtyéne neetéébé méwake: “Muulle, íjtyéhaca eene me cúdsí Iléenehíjkyáhi. Tsóóne ícúi dityu me dóókií”. Ahdújucónváa mewa itsóóne ityúúmeke doomútsi.

Ááné boonéváa láme Núhbá íterá tsáhájuko ítsiime náámóhomu íjkyatúne; tsáhájucónváa ditye óómíjyúcootú iúlleháñetu. Áánéllíihyéváa: “ííkyaj! Áánúubá, tsáma, íveekí áátsímeke pñujtsójucóóhií,” iñééne ílluréjuko dibye íjtsámeíñé muhdú Píne Núhbake téhdure úmeco imyéénuiíñé íkyuwáábé allútu.

Ááneríváa mítyane íjtsámeíñe íjkyaaabe tsájcuuve ipájáábímeyeíñe néé ihyájkímuke, Píne Núhbamájuko: “Ámuúha, íkyooca tsáné óóvetájú mé Iléévátsoóhi. Ahdíkyane péjcore me úménutémé bájú pañévú mé cúwáteéhi. Mé íjkyátsíívyeco”.

Ehdúváa ihyájkímuke ipítyájcóne úmé maanúba bañéjúúvaabe íájya Píne Núhbadívu, teenévahacáa ihñé píívyetéjtsó bañéhéré íjkyánetu máániu ityájuunévu; anéváa ípíhjáne néjcatsímýé tsítsííveu ipyééíñe úmevu.



Concebido el plan, después de tanto cavilar, una tarde preparó coca y ampiri, y reunió a sus súbditos, y con ellos a Sol del Medio Mundo, a quienes dijo: “Hijos míos, pronto celebraremos una fiesta de Recolección de Alimentos. Por lo tanto, alístense para ir mañana a coger sal silvestre”.

Establecido el plan, Sol de los Animales convidó el solemne ampiri de extracción de sal silvestre a Sol del Medio Mundo, como cabecilla del trabajo; ampiri que estaba preparado en base al tabaco de la mutación de los animales. Y convidada la pócima, planificaron ir a coger la sal silvestre ni bien despuntara el día.

A la mañana siguiente tomaron el desayuno muy temprano y se llevaron consigo a Sol del Medio Mundo adentro de la montaña, a quien previamente los monos habían aletargado con la pócima del ampiri.

Eufóricos bajo los efectos del ampiri caminaron en círculos dentro de la maloca, como si estuvieran cubriendo largo trecho. Al cabo de varias vueltas en el salón de la maloca Sol de los Animales, dijo: “Hijos míos, tomemos un breve descanso en este lugar. No es posible que sigamos caminando con los estómagos vacíos”.

Mientras tomaban un breve descanso comieron el ají picante que habían llevado, cuyo ardor crispó el paladar de Sol de los Animales, quien se inclinó hacia una charca de agua para beber un poco de ella. Y en el espejo del agua divisó un musmuqui que aguaitaba al grupo desde el agujero de una huacrapona, que no era sino la abertura del dintel de uno de los horcones de la maloca. Entonces, Sol de los Animales, exclamó: “¡Muchachos! ¿Qué hacemos comiendo este ají picante, que me hizo crispar el paladar mientras tenemos ahí la presa? ¡Mátenlo para comer!”

“Ahí tienes a nuestro yerno” – Protestando unánimes, dijeron a Sol del Medio Mundo: “¡Hey, cuñado! Sube y mata ese animal. No es posible que suframos los ardores de este ají mientras tenemos la presa a nuestro alcance”.

Muy obediente, Sol del Medio Mundo subió en la huacrapona para matar al musmuqui, pero el mono se escondió en el hueco del palo, sin dejarse atrapar. Entonces, el impetuoso cazador se incorporó más adentro del orificio e intentó atrapar al escurridizo mono, pero fue empujado por otro que subió tras él, cayendo en lo profundo del horcón, donde fue

Úúbálléháñé nehíjkyá diibyéváa Píne Núhbá úmíjité déjúcóejpi íjkyane, áábéjcaaníváa Lloorámú Niimúhe. Aabéváa táábavá láme Núhbá, wacháhbómú ihdeéjpi ájyúwake.

Aabéváa Píne Núhbá méwama iánúmeíjyá Iliiñe íkyahíjkyá íbúwajííva íbáábémú pañe. Aabéváa Iliiñájaapíwu néébe Ilíchújehíjkyá cuumú iáábeke, óóbawá iáábeke, dityétsí Aaméváa tsíjkyooji cúúvénetúré iájkyénéhji, imájchónéhji, ‘Ayúwa metsúíikyé’, ídsítsójcatsíñe tsajtyé Píne Núhbake báju pañévu, ihdyúváhacáa tsúúca ipívyetétsóóbeke. Aaméváa mááníutu tsíhdyúreevéme éhne múúne tsíhyulle múu péhdu pehíjkyá ihyácóbá pañéré patsípátsi. Aanéváa pívá pajtsívá ipyéhíjkyároné nájcaúvu láme Núhbá ihyájkímuke nééhíi: “Ámuúha, metsúí íchihvúré me wáyééveki. Muhdú iááneji pávyeenúmeré ájyábaúvuma mé úllehíjkyaaíhi”.


Aaméváa tsátsihvu wáyéevémé díhba májchone diityéké beébévétsómedityú láme Núhbá ítsívéne pájpayútú nújpakyo ádoobe ítécutunú tehmu áálláhé ájcutu tékéhiúcunu íjkyane; ihdyúváhacáa ihjyá apíhájcu waanúwatúré pápaaji néénetu tsaapi diityédityú tékéhiúcunu. Áánélliihyéváa láme Núhbá wáníjkyámeíhi: “ÍÁmuúha! ħñnáami díhba o dóóbe ó beebévé eene taava álláhéhájcú nájkcáuri íjkyánáaaca? ¡Mé ujcu me dóókií!”

Áánélliihyéváa néémeé: “Diibyéheene mé ájyaá”. Áánemáváa Píne Núhbake néémeé: “Píne, Píne Núhba, cá nérívyéne eene taava mééma duucu me dóókií; muhdú ímiáané doo étsii íjkyánáa díhbari mé beebévéhi”.

Ahdújucóváa Píne Núhbá áálláhébari íñérívyéne téhmuke ékéévérónáa múru peebe tépaaji pañévu. Áánélliihyéváa éhniíñevu ityámúruúvéne díbye téhmuke iékééve dóllóóvérónáa tsijpi dííbye déjuto íñérívyéne dííbyeke catújcaáyó tépaaji pañévújuco, áábekéváa kíhdyahíromé íhñíwau íumécó kiimyéwari. Áábekéváa ídsíjívétsóóbeke dóóme tétsihvúre. Áábeúvú nííwaúváa íjínúme ícujúwáíhkyú allútu.

Úúbálléháñé néé teeúvá múúne téhmumu pejco: ‘Guru, guru, guru, tsej; guru, guru, guru, tsej; juúú, juúú, juúú...’, Ilíchuhíjkyáne. Teenévá múúne, ‘tsej’, íihjyúváneri íkiimyéwá mityajtsómé, Píne Núhbaúvukéváa íkíhdyahírowa.

Átsihdyúváa oomímyé ááhívu, ume újcutúmére; ihdyúváa Píne Núhbaúvuke idyóókiye éhduhji idyárfívemeítsihdyu. Ehdúváa láme Núhbá dóó ihyájkímuma Píne Núhbake ítsiime úmómú allútu. Aaméváa téhullétú tsáámeúvúdú íjkyámeke ídsi ítécutunúpejtsóhi,



decapitado con la navaja de la beligerancia de los animales. Consumada la venganza, los animales devoraron allí mismo sus carnes y colocaron su cráneo sobre su tullpa, como trofeo de guerra.

Cuentan que desde este aciago hecho los musmuquis soplan esta calavera, mientras enaltecen sus navajas con un sonido peculiar en la oscuridad de las noches tenebrosas en la selva.

Después de devorar a Sol del Medio Mundo en plena selva, Sol de los Animales retornó a su maloca junto a sus hijos sin haber cogido la sal silvestre. En tanto fingían su retorno del monte, la esposa del desaparecido, hija del curaca mono, notó que su marido no había retornado con ellos. Entonces preguntó a su padre: “Papá, ¿dónde está mi marido que ayer se fue con ustedes?”

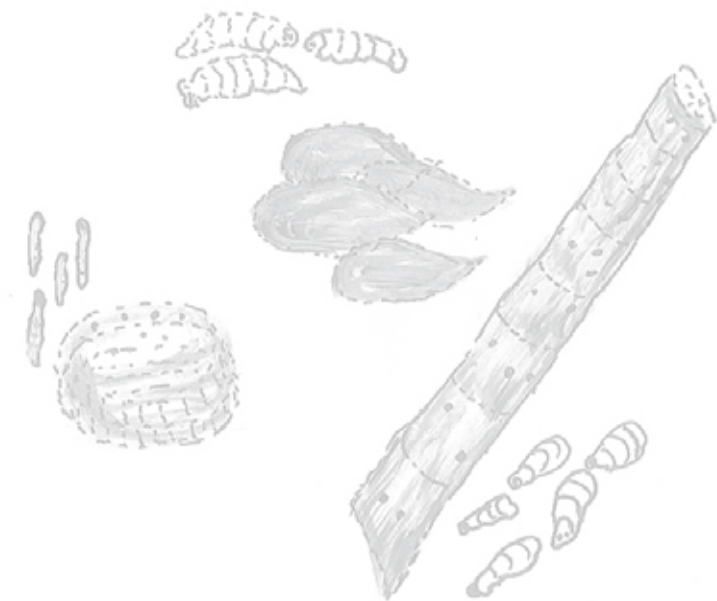
Entonces, el patriarca, contestó: “Nos desquitamos de él con mis súbditos, como señal de venganza por exterminar a mis hijos. No reclames nada. Si demandas algo, nos vengaremos contigo, también”.

Muy apesadumbrada con la aciaga noticia atinó a no reclamar nada. Y para salvaguardar el finísimo arsenal de su finado marido escondió su pucuna en la cumbrera de su maloca, cuyo veneno se introdujo en los senos, y sus dardos se los hincó en el pubis. De esta manera la viuda escondió toda la armadura de su difunto marido para que nadie los hallara. En esos precisos días el feto de un ser humano iba desarrollándose dentro del útero de la mujer, que perdió a su marido en manos de los varones de su padre.

aallévaa ïté tsáhájucó ájyu diityémá óómíjyúcootúne. Áronemávaa díllolle: “Líhi, líhiyo, ÷kiará átyáji?”

Áállekévaa áñújcuúbe: “Tákyuwáábekéneecu díbye pírupírú tsájtyénéllí téhdure tákyuwáábema dííbyeke úmeco muha mé meenuhi. ñná nehdíñe. Tsíeméné u néhajchíí téhdure uke úmeco ó méenuhi”.

Áánerívaa itsájuréévéróne tsá ñná dille néetune. Átsihdyúvaa, ‘Gocóhaaca idyé íjkyácóóbejñívari’, iñémeíñe dííbyeúvú lííñájá tollíjyú páátánulle ihjá nihbáhó pañévu, áánetúvaa dííbyeúvú namítyaco cahpíómeíllé ímujpáñé pañévu, áánaacávaa dííbyeúvú bñrúmuco wáduhjácómeíllé íovááwatu; tsúúca ehdu páátánulle dííbyeúvú lííñájá múubará teene idyómájcótuki. Áíjyúváhacáa tsúúca tsñmene dííllé ñbúwá pañévu cávíiyéjyújóóhíí.





## • EPISODIO II •

### PUCUNERO INVESTIGA LA MUERTE DE SU PADRE

Después de estar sola por algún tiempo, gestando el embarazo a duras penas, la viuda de Sol del Medio Mundo dio a luz un robusto hijo, quien crecía paulatinamente, tal como crecen los niños de su edad. Como iba desarrollándose, también iba jugando con una pequeña cerbatana hecha de carrizo, matando pequeños insectos en la chacra, al lado de su madre. Cierta día, mientras jugaba a cazar pequeñas sabandijas dentro la casa, vio unos mosquitos pegados en los testículos de su abuelo que descansaba en su hamaca. Entonces, intentó matarlos con su pequeña pucuna, pero el proyectil pegó fuerte en los genitales del abuelo, quien le increpó, diciendo: “¡Ay! ¡Me hiciste doler! Cómo cambiar tus costumbres cuando traes los mismos hábitos que tu finado padre”.

Consternado con la confesión que le hizo su abuelo, fue a preguntar a su madre: “Mamá, ¿tuve padre, acaso?”

“No, hijito –contestó su madre–. Tú naciste como producto de mis jugos gástricos”.

Convencido con la explicación el niño acompañaba a su madre a la chacra, jugando a cazar pequeños saltamontes con su pucuna. Sin embargo, la confesión que le hiciera su abuelo seguía torturando sus frágiles pensamientos, por lo que, por segunda vez, fue a preguntar a su madre: “Mamá, aclárame de dónde pude haber aparecido, entonces”.

“Claro que sí, hijito –le replicó su madre –. Tú naciste como producto de la digestión de mis alimentos. Así naciste, hijito”.

Fastidiada con las incesantes interrogantes que le hacía su pequeño hijo, no tardó en sincerarse parcialmente con él, y dijo: “Claro que tuviste padre, hijo mío. Pero murió, antes que nacieras, mordido por una serpiente muy venenosa”.

En seguida, el ahora adolescente, fue en busca de la letal serpiente a quien halló durmiendo en la palizada de la chacra de su extinto padre. Acercándose a él comenzó a hollarla, reclamando: “Serpiente, muérdeme ahora mismo para morirme, así como mordiste y mataste a mi padre”.

Impresionada con tamaña acusación, la soñolienta serpiente contestó: “¡Claro que no, hijo mío! Pero, ¿por qué me acusas de haber mordido y matado a tu padre? Pues, solo me paso durmiendo aquí entre la maleza de su chacra después de comerme al ratón que come la yuca de sus chacras”.

## • EPISODIO II •

### CÁÁNÍÚVÚ DSÍJÍVÉ LLÍJCHUÍÍHYÓ WÁÁJACÚNE

Aanéjǵí boonéváa Pííne Núhbaúvú taaba ííhañéhjiréjucu íkyahíjkyalle tsúúcajátú tsíímaavájucóó ájyúúvú eevácó wájpíwúuke, áábéwuúvúáa ikyóhbody keemévehíjkyá, muhdú múúne tsíímene kéémevédu. Aabéváa tsíménéhreí néébe chíiyórójúwuúné ikíjtyúneri llíjchuubéré pehíjkyá tsííjú úníuri úmíhéné pañe.

Tsáijyúvúáa ihjyá pañe tsíeméjtéwuújike llíjchuubéré péébe ájtyúmíté ítyáhdi íwabyáúúhori óhbaákyunúhíjkyáábé dómíúúhori eete tsohótsóhó néemeke, áámekévúáa llíjchúcuube ítyollíjyuri. Aanévúáa ávyé ítyáhdikye ídyómíúúhó néénéllíí úhbaábe: “¡Agáo! ¡Avyéwu, muube, oke ú llíjchúcuhi! Néhníhíwánéjtsííméné, dííkyáánívú llíjchúpíyéhjáa u tsívaábe”.

Ehdúvúáa ítyáhdi dííbyeke úhbane illéébóneri mítyane íjtsámeííbye, áánemávúáa tsíjjuke díllotéébe: “Wáha, ¿acápe, ihdyu, ó caanívaráhi?

“Tsáha, llíhi –áñújcullévúáa tsííju–. Támaajhíjpákyórené táííwúwá pañévú cávíyíívyenéhjǵí uke ó tsíímaaváhi, llíhi”.

“Juúju, wáha. Tehdújucu” –ííéénemávúáa pehíjkyároobe tsííjuma úmíhéneri, llohócbáwuúmuuke llíjchuubére. Áronáacávúáa éhniíñevúré ítyáhdi dííbyeke nééneri íjtsámeííñe tsííñe díllotéébe tsíjjuke: “Wáha, ¿acápe ímíááné kiátúrú ííne o tsááhíí?”.

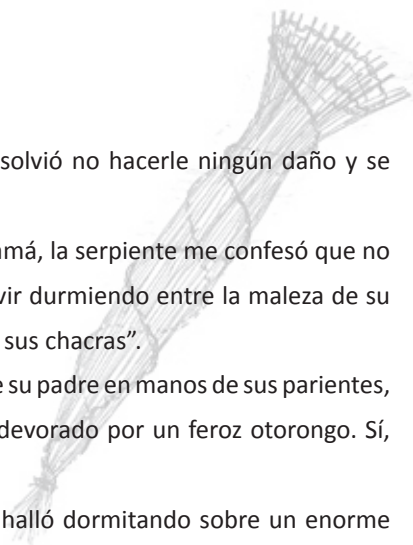

“Tsáha, llíhi –tsííñévúáa áñújculle tóónullére–. Ihdyúpe tamájchoháñéré táhbáu pañévú áraavéné uke ó tsíímaaváhi.

Áábéwuúvúáa ehdu mítyanéréjucu tsíjjuke díllóhíjkyáné níjcaúvú tájpávyatétssolle botsíi neéhíí: “Ihdyúhdépe, lli, ímíááné ú caanívaráhi, ároobépe u tsíímaavámeítyúné ihde ííñimye íhdóneri dsííjvéhi”.

Ehdúvúáa tsííju dííbyeke úúbállénéllíí ííñimyéké néhcotéébe, áábekévúáa ájtyúmítéébe cáánívúvú úmíhé kiyjéné pañe cúwahíjkyáábeke. Áábe élleúvúáa ipyééne tátsítsíhkyuubéré neéhíí: “Uuvúáa llíhíyóúvuke u íhdóneri dsííjvéébe. Áyu, cána ookéréjucu díhdo téhdure o dsííjvéki”.

Áábekévúáa ííñimye áñujcúhi: “¡Íí, táíááchí! ¿Muhdíkyáábeké táíááchikye o íhdóneri díbye dsííjvéné oke u neéhíí? Ihdyu, dííbyé úmíhé bájtsotá baajúriu máchóhíjkyáábeke llíhpyeke o dóóne tájpí dííbyé úmíhé kiyjéné pañe o cúwahíjkyaaabe muhdú ííwáábeke táíááchikye ó íhdóneri dsííjvéíyoóbe”.





Hecha la confesión del inofensivo ofidio, Pucunero resolvió no hacerle ningún daño y se regresó a casa, meditando en aquella aclaración.

Llegando a casa contó a su madre sobre el suceso: “Mamá, la serpiente me confesó que no lastimó a mi padre, a quien solo agradece por sobrevivir durmiendo entre la maleza de su chacra después de comer al ratón que come la yuca de sus chacras”.

Por segunda vez, la madre trató de encubrir la muerte de su padre en manos de sus parientes, diciendo: “Ya me acordé, hijito, ya me acordé: murió devorado por un feroz otorongo. Sí, así fue, hijito”.

En seguida, Pucunero fue en busca del otorongo y lo halló dormitando sobre un enorme tronco de árbol, en las inmediaciones de la chacra de su desaparecido padre. Acercándose, lo agarró a puntapiés, reclamando: “¡Otorongo, otorongo! ¡Devórame ahora mismo, tal como te devoraste a mi padre!”

“¡Imposible, hijo mío! –Contestó el meditabundo felino–. ¿Cómo es posible que me haya devorado a mi nieto si vivo durmiendo en esta palizada después de comerme al añuje que cazó en la maleza de su chacra?”

Disculpándose por tamaña calumnia ante el guardián de los cultivos de su padre, Pucunero retornó a casa, cavilando en la desaparición de su progenitor.

Llegando a casa contó a su madre lo ocurrido con el rey de la selva, diciendo: “Mamá, cuando encaré al otorongo por lo que se devoró a mi padre, me contestó: ‘Cómo pudiera devorarme a mi nieto si vivo durmiendo en la palizada de su chacra después de comerme al añuje que halló en la maleza de su chacra’”.

Pero su madre, otra vez lo embaucó, diciendo: “No, hijo mío. Él no murió devorado por el otorongo. Ahora sí lo recuerdo muy bien. Es que él gustaba criar loros. Y cuando subía en un árbol hacia un nido, cayó y murió al instante. Así murió tu padre, hijo mío”.

Inmediatamente, Pucunero corrió en busca de nidos de aquellas aves trepadoras. Al instante, halló un nido en lo alto de una imponente charapilla, hacia donde subió muy raudo. Cuando llegó al refugio, muy a propósito, se soltó desde allí y cayó erguido al suelo y no murió.

Después de la experiencia del nido de loros, mientras regresaba meditando en la suerte de su padre, oyó bromear a un paujil, quien cantaba: “Nido, nidito, tun...”

Ehdúvára Llíjchuííhyoke ííñimye áñújcúnéllíí tsáhájuko ñná dííbyeke dibye méénújúcootúne. Áánemávára oomíjyúcoobe ihjávú ííñimyévara ehdu cááníúvudítýú néeneri íjtsámeííbyére. Aabévára ihjávú iwájtšíne tsíjjuke úúbálletéhi: “Wáha, muurá ííñimyéké o néhcójeebe íllure oke llihíyóúvudítýú néé: ‘Dííbyé úmíhé bájtsoá baajúriu máchohíjkyáne líhpyeke o dóóne tájpi dííbyé úmíhé kijyéné pañe o cúwahíjkyabe muhdú ñváábeke táíááchikye o íhdóneri dsíjívéíyoóbe”.

Áánéllíihyévara díílle ájkímúré cááníúvuke dóóne tsííñe toónulle nééhií: “Tsáha, Lííhi. Muurájáa, ihdyu, oohííbyéré dííbyeúvuke dóóhií.

Ááneréjucóvara Llíjchuííhyó ellévújuko oohííbye néhcovu pééneé. Aabévára dííbyeke ájtyúmíté cááníúvú illóhé kíjyé pañe cúwahíjkyáábeke, áábekévára táácáyújuubéré uhbáhi: “íÓhi, oohííbye! íUuvára llihíyóúvuke u dóóhií, ahdu téhdure íkyooca oke didyo!”


Áábekévára oohííbyé áñujcúhi: “Tsáha, Lííhi. íMuhdú ñváábeke táíááchikye o dóóne oke ú waabyúhi? Íllure dííbyé úmíhé ihyóveri bírúmuji íjkyáábeke o dóóne tájpi dííbyé illóhé kíjyé pañe o cúwahíjkyabe muhdú ñváábeke táíááchikye ó doóhi”.

“Juúju –neebévára Llíjchuííhyo–. Ehdúhaca ñvane ñná idyé uke ó méénúíya” –ñéénemávára oomíjyúcoobe ihjávú, cááníúvúvara kiávú péeneri íjtsámeííbyére.

Aabévára idyé tsííñe tsíjjuke neetéhi: “Wáha, muurá oohííbyeke llihíyóúvukévára dibye dóóne o nééténéllíí íllure: ‘Muhdú ñváábeke táíááchikye ó doóhi; dííbyé úmíhé ihyóveri bírúmuji íjkyáábeke o dóóne tájpi dííbyé illóhé kíjyé pañe o cúwahíjkyabe, muhdú ñváábeke táíááchikye ó doóhi’, oke neébe”.

Áánéllíihyévara tsííñe tsíjju dííbyeke íállíñéré nééhií: “Tsáha, Lííhi. Tsáhápe oohííbyé dííbyeke dóótune. Botsíyéí ímííñéúvú ó ítsaavéhi: muuráhjáa, ihdyu, imílléwu lloorámuke iéénune ímílléhíjkyabe lloorámudítýúré dócájyááveebe dsíjívéhi. Ehdúu dííkyááníúvú, líi, dsíjívéhi”. Ahdújucóvara Llíjchuííhyó ellévújuko lloorámu páájí néhcoténe. Aabévára llésújí wájacu íjkyámeke íájtyúmíne néríívyéjucóóhií, áámedíuvára íúújeténe tétsihdyu dócárááveííuube áákityé íjyócuñécú; tsáhavára ñná dííbyeke pájtyetúne.

Aabévára lloorámudítýú óómiíbye, muhdúhjápe cááníúvu dsíjíveneri íjtsámeííbyéré péhíjkyánára, niímúco dííbyedi: “Íhkyo, íhkyocóo, tó...”, goocóhi.



Enfadado sobremanera por aquella mofa, Pucunero lo amenazó, diciendo: “¡Qué te pasa, oye, pájaro infeliz! ¿Crees que bromeo? Ahora mismo te mataré y te comeré por burlarte del hombre que va investigando la desaparición de su finado padre.

Entonces, el paujil, suplicando piedad, dijo: “¡No lo hagas, Pucunero! ¡No me mates, por favor! Solo trato de ayudarte, Pucunero. Solo quiero que sepas una cosa, Pucunerito”.

“¡Pájaro infeliz! ¿Qué noticia importante tienes para contarme?” –contestó el ofuscado Pucunero.

Entonces, el paujil le confesó, diciendo: “Pucunero, tú debes saber que no fueron los animales que buscas quienes mataron a tu padre, sino los varones de tu madre, los musmuquis de los horcones del cielo. Ellos son quienes se devoraron a tu padre, querido Pucunero”.

“Más te vale que sea cierto lo que me acabas de confesar” –se inquietó Pucunero.

En agradecimiento de esta confesión Pucunero creó el pico del paujil usando el ají de su madre. Desde aquel entonces el paujil tiene el pico de color rojo intenso.

Cuando Pucunero reanudaba su camino, meditando en la inesperada confesión del paujil, oyó a unos murciélagos mofarse de él.

¡Caramba! –se irritó Pucunero– ¿Es justo ironizar el trabajo que hago para descubrir a dónde fue mi padre, acaso? Les advierto que hoy no estoy de humor; ahora mismo los mataré con mi pucuna”.

Muy asustados, los murciélagos rogaron por sus vidas y le confesaron, diciendo: “¡No lo hagas, Pucunero! No nos mates, por favor. Solo queremos ayudarte en algo, Pucunero; solo queremos confesarte lo siguiente: Tu madre miente al decir que tu padre murió al caer del nido de unos loros, el otorongo se lo devoró, o murió mordido por la serpiente. Eso no es verdad, Pucunero. Él no fue devorado por esos animales; él fue devorado por varones de tu madre, los musmuquis de los horcones del cielo. Y esos varones viven en los dinteles de los horcones de la maloca de tu difunto padre, Pucunero. Cuando sales de cacería ella los llama a comer, diciendo: ‘¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!’. Y cuando descienden ella los alimenta muy atenta. Ahora mismo están durmiendo en aquellos horcones, Pucunero.

Aanéwáa tsaríwu dííbyeke pájtyénéllíi niimúcoke úhbaábe: “íñáami muubá néhñíhívaabe óhdi ú goóco! Kiávúhjané llihiyóuvú péébeke o néhcohíjkyáábedi ñná óhdi ú goocó, níhñécunu uke o líjchúne o dóóííbye”.

Ááneríváa niimúco iíllityéne áñujcúhi: “Oke, ihdyu, Llijchu, líjchudíñe, tó. Apááñéré ó imíllé uke o píaabóne, Llijchu. Ukévá o úúbálleki, Llijchu”.

“íñáami néhñíhívaabe oke ú úúbálleéhi!” –áñújcuubéváa Llijchuííhyo.

Áánélliihyéváa niimúco dííbyeke úúballéhi: “Tsáhápe eene u néhcóné iámé dííkyáániúvuke dóótune, Llijchu. Ihdyúpe, dñítsíju ájkímúré, níjkyéjé ajcúné teh múmúré, dííkyáániúvuke dóóhí, Llijchu”.


“¿Aca, íhya, ímíááne? –tsájúrééveebévápeécu –. Juu, ehdúha teéne”.

Ehdúváa niimúco cáániúvudítýú úúbálléne áhdó tsíjú dñíhóutu dííbyeke ihwájñnuíñuúbe. Téénélliihyévá niimúco ihwájé tújpájíuvú dñíhoúdu.

Aabéváa niimúco dííbyeke úúbálléneri íjtsámeíbyéré péhíjkyánáa idyé kíkiiyéjuco dííbyedi: ‘dsorí, dsorí, dsorí, dsorí...’, góócone.

“íÉéj! –neebevapéé–. íNéññíhívaame ñná ámuha óhdi mé goocóhi! Imíyí o íjkyáábejé, níhñécunu ámuhakye o líjchuímye. Kiávúhjané llihiyóuvú péébeke o néhcohíjkyáábedi ñná ámuha óhdi mé góócohíjkyáhi”.

Áánélliihyéváa mítyane iíllityéne, ídsíjivéné ímíllétúne, néémeé: “íTsáha, Dsijtsu! Múúhakye ihdsu, Dsijtsu, dsíjtsudsíñe. Ukévá, Dsijtsu, muha me úbádséwááheki; ukévá, Dsijtsu, muha me úbádséwááheki: ídsudse dsíítsíju uke ádsihíjkyá ‘dsoodsámudsítsúu áákítséébe, oohíbyépe dsóóhií, ííñimyépe íhdsóhi’, íñéénedsi, Dsijtsu. Ihdsúpe dsííkáániúvuke dsíítsíjé wájpiímú, níjkyéjé ajcúné tsehmúmúdsé dsóóhi, Dsijtsu. Aame dsííkáániúvú apíhájúné wanúwáanedsi, Dsijtsu. Áámeke udsévú u pééné boone kéévahícadse: íTsáwájpiímúú, níjkyéjé ajcúné tsehmúmúú, mé majtsóvajúú! Aame níítsémeke mátsótsohíjkyadse, Dsijtsu. Aame tséhajcújé pañe íkyooca íjkyáhi, Dsijtsu. Áámeke úmeco u méenune u ímídséhajtsíí dsííkáániúvú tsodsíjé níhábáhotu ú újcuúhi, áánetu dsííbeúvú namíjtsaco dsíítsíjé mujpáne pane, áánáa dsííbeúvú bñdsúmucó díídsé ovááwatsu, Dsijtsu; aane u dsójtsucúné u ímídséhajtsíí ú neéhi: ‘Wáha, ¿acápe muhdsú ádsáábewu o íjkyácooca ó nóhnohíjkyáhi?’.



Si deseas tomar venganza debes recuperar la pucuna de tu finado padre que está escondida en la cumbrera de tu casa, su veneno está dentro los senos de tu madre, cuyos dardos están clavados en su pubis. Para recuperarlos, dirás a tu madre: ‘Mamá, ¿cómo lactaba cuando niño?’ Y mientras simulas lactar succionarás aquel veneno escondido en las mamas de tu madre, al tiempo de quitarle los dardos ubicados en su pubis. Haz conforme a nuestras instrucciones, Pucunero”.

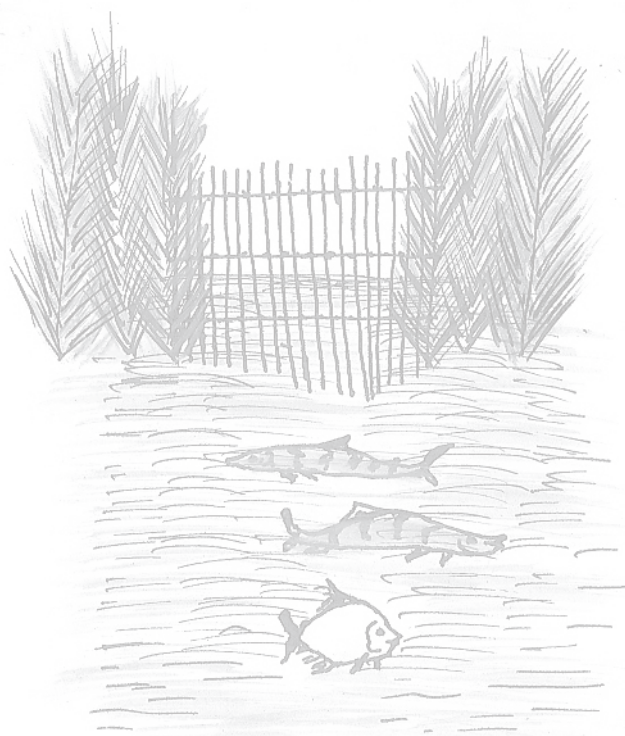
Enterado con más exactitud sobre la desaparición de su padre, a través de la confesión de los murciélagos, Pucunero, les dijo: “Muy bien, amigos; excelente dato. Muchas gracias por vuestra valiosa confesión”.

En agradecimiento de la confesión que hicieran los murciélagos, Pucunero creó las alas de los murciélagos con las hojas del tabaco de su difunto padre. Asimismo, creó sus cabezas con una porción del ampiri que dejó su padre en su morral. Antes de este suceso los murciélagos no tenían alas ni cabeza; pero gracias a la creatividad de Pucunero los murciélagos tuvieron cabezas y alas para volar.

Aane u ñóihjyúcúñeįtséévedsi ú újcuúhi, áané adsúdsí bñdsúmucó ú tsábahjyúcuú díídsé ovááwatsu, Dsįtsu”.

Ehdúvára kiki Lłįchuííhyoke cááníúvudítýú úúbálléńllí, ‘ímíááńéhaáca’, némeííbye. Áánemávára diityéké mítýane téhdúįtsoobe nééhií: “Juu, ehdúha teéne. Tehdúįuco ámuha oke ímíñeúvú me úúbálléne”.

Aanévára ehdu dííbyeke kiki úúbálléne áhdó diityéké nuwááñuube cááníúvú waajácú bañéhé aamínetu, ícahpáyú pañe itsátýehįkyánetu. Téhdurévára diityéké niwáúúnuube cááníúvú mamávýe maaníutu. Tééne íhdévára tsáhái kiki íhñúwáánema, íhñíwaúúnema įkyatúne. Ihdyúvára Lłįchuííhyó diityé níwaúúnema íhñúwaañe ípívýéįtsótsihdyu botsíýeí piivýétémé iwáámenéne.



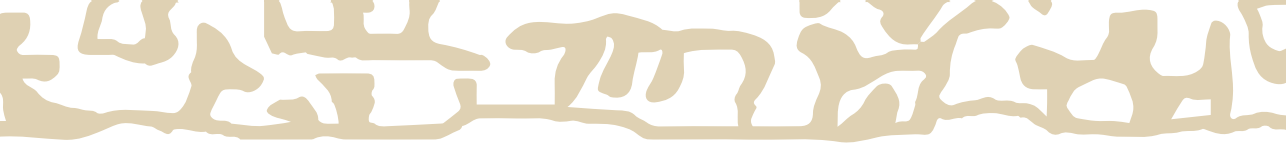


• EPISODIO III •

PUCUNERO Y LOS VARONES DE SU MADRE








• EPISODIO III •

LLÍJCHUÍÍHYÓ TSÍÍJU ÁJKÍMUKE DÓÓNEÉ



Después que los murciélagos y el paujil revelaran los pormenores de la desaparición de su padre, Pucunero regresó a casa y fue a recostarse en su hamaca, taciturno, planificando una estrategia para apoderarse del veneno que se hallaba en el cuerpo de su madre. Y después de estar cavilando la treta, recostado en la hamaca, dijo a su madre: “Mamá, ¿podrías demostrarme cómo lactaba cuando niño?”

Esta propuesta inquietó sobremedida el corazón de su madre, quien dijo en sí: “¡Oh, no! ¿Quién ha de ser aquel necio que contó estas cosas a mi hijo?”

Muy a pesar de ello, fingiendo tranquilidad, contestó: “No, hijito. No es posible amamantarte ahora de grande, tal como lo hacías cuando niño”.

“No lo creo, mamá –insistió Pucunero–. Solo te pido que me dejes experimentar para saber cómo lactaba cuando niño”.

“No es lícito, hijito –volvió a negarle la apesadumbrada madre–. La gente diría que te estás acostando conmigo. Por lo tanto, es bochornoso que te vuelva a amamantar, hijito”.

“Por favor, madre mía –siguió insistiendo Pucunero–. Solo quiero comprobar cómo lactaba cuando niño”.

Desobedeciendo la advertencia de la madre, Pucunero la atrapó y succionó la pócima de su finado padre que se hallaba en las glándulas mamarias, mientras desprendía los dardos que se hallaban en la zona del pubis. En seguida, se subió a la cumbra de su maloca y extrajo la pucuna allí escondida, recuperando para sí todo el arsenal de cacería de su finado padre. Advirtiendo que todo estaba consumado, su madre se entristeció y rompió a llorar desconsoladamente. La venganza contra sus varones los musmuquis del cielo era evidente e irreversible.

Recuperando de esta manera toda la armadura de su padre, Pucunero trató de consolarla, diciendo: “Mamá, ahora sí podré cazar para que comas. Mañana mismo iré de cacería. Ya lo verás”.

Tal como convino con su madre, Pucunero comenzó a cazar todo tipo de animales con la letal pucuna, usando los dardos y la pócima de manera diestra.

Cierto día, Pucunero dijo a su madre: “Mamá, mañana iré a cazar muy lejos. Por eso te ruego que prepares abundante casabe para comer el producto de mi cacería”.

Aanévaa kiki niimúcoma cááníúvukée ñná pájtyene úúballéné iwáájácúne Llįchuiíhyó ihjávú óómiibye ñná tsíjjuke néétuubéré víkyóóveté iwáábyavu, muhdú tsíjudítýú cááníúvú namíjtyaco iújcúiyóneri įtsámeíbyére. Aabévaa tééneri įtsámeíbyé iwáábyari iįjýacunúhįkyátsihdyu tsíjjuke nééhií: “Wáha, žacápe muhdú éhne tsímene o įjkyácooca ó ñóhñohįkyáhi, bóho?”

Aanévaa ehdu Llįchuiíhyó nééne illéébóne: “įíkyaj! žMúúberėjucó tsámaįveekį tájtsiméneke imítýuju úúballéne?”, tsíju tsájúreevé řbúwá pañe. Tsúúca áábımyeįjýucoólle.

Aanévaa ehdu řjtsámeiyóne áñjuculle: “Tsáha, Llįhi. Muhdúhjané áyáábéwu u ñóhñohįkyáne kéemerėjucó u įjkyáábeke muhdú tsiiñe uke ó ñóhñótsóiyáhi”.

“Tsáha, wáha –neebévaa tsiiñe –. Cána bo, ihdyu, o ñóhñóro, o wáájacu muhdúhjáa áyáábéwu o įjkyácooca o ñóhñohįkyáne”.

“Tsáha, Llįhi –tsáhąjtsórollévaa tsiiñe–. Mıamúnaa nééiyá: ‘Diibýevá tsíjuma tódsıvėhi’. Ahdu nééne, žıveekį támujpáñevu uke ó ajcúiyáhi, Llįhi?”


“Tsáha, bóho, wáha –éhnıíñevúrevaa pátsarıjkyoóbe –. Ihdyu, illure ó imílle o éévelléne muhdúhjáa áyáábéwu o įjkyánaa o ñóhñohįkyáne”.

Ehdúvaa tsíju wájýumeiyóné pañe Llįchuiíhyó díilleke itýabejcárone imujpáñé idřbéévėne řcúi ñóihjýacó cááníúvú namíjtyaco, áané tujkéverívaa díbyeúvú bįrúmuco tábahjýucuube tsíjju ovááwatu; áané boonévaa nıhbáhovu iñerıvyéne újcújeebe cááníúvú lliiñájá tollıjyu. Ehdúvaa tsúúca páneerėjucó cááníúvú lliiñájá dibye újcune.

Áánerıvaa tsíju illurėjucó ikímóóvėne tááneé; tsúúca waajácújucoolle dibye dílle ajkımuke úmeco imyėénúne dóoiñe.

Aanévaa ehdu páneere cááníúvú lliiñájá iųcúne Llįchuiíhyó tsíjjuke pıtyajcóhi: “Wáha, įkyooca, ihdyu, botsıi úuma iñeeri ó lliiñájaú u dóhįkyaki. Aabe péjcorėjucó o lliiñájaateiñe”. Aabévaa tétsihdyu lliiñájaabe tsıvahįkyá cuumú iáábeke, óóbawá iáábeke, náámóhó iáábeke, téhdure tsiiñé iáábeke; ihdyúvaa tsíjjuke iñėhdu tsúúca llįchuube páábé iáábeke cááníúvú tollıjyuri.

Tsájcoojívaa Llįchuiíhyó tsíjjuke nééhií: “Wáha, péjcore tsıhyulle ó llįchúteé iámeke u dóókiı. Ahdıkyane kémúúnécoba bújcájaaco o táávane me llėhdoki”.



Al día siguiente, ni bien despuntaba el día, Pucunero se dirigió a cazar adentro de la montaña, como acordó con su madre; sin embargo, simulando ir de cacería, se regresó desde una distancia prudente y se escondió entre unas ortigas que crecían en los alrededores de su maloca para observar cómo su madre atendía el desayuno a sus varones, los musmuquis de los horcones del cielo.

En tanto permanecía inmóvil en su escondite vio que su madre, después de asar el casabe, disponía el desayuno con los ajíes negros y porciones de cacahuate bien asados, erguida en media maloca, llamaba a sus varones al desayuno: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a desayunar!”

En seguida, bajaron muchísimos musmuquis, desde los horcones de la inmensa maloca; quienes, disponiéndose en corro en media maloca, comieron por todos lados lo que la mujer había preparado para ellos.

Concluido el frenesí del desayuno, después que los monos habían desaparecido por donde vinieron, la mujer guardó sus ajíes y se marchó para su chacra, canasta al hombro.

Cuando Pucunero vio que su madre había desaparecido por el camino de la chacra, salió de su escondite y dispuso la mesa del desayuno en media maloca e invocó la presencia de sus varones, tal como vio convocar a su madre: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a desayunar!”

Entonces, los musmuquis bajaron por doquier y se dispusieron en círculo y otra vez se pusieron a comer los casabes y ajíes servidos, distracción oportuna que usó Pucunero para aniquilar a los varones de su madre, verdugos de su padre, hasta no quedar ninguno.

Inmediatamente los chamuscó y cocinó en el nongo de los sacrificios de su madre, para luego comérselos hasta terminarlos. En seguida, cogió sus cráneos y dibujó sus cejas con el carbón del tiesto de su madre; luego, los colocó en los dinteles de los horcones de la maloca, donde solían estar. Finalmente, lavó muy bien la enorme olla de barro y procuró desaparecer todo rastro que le pudiera incriminarlo, y se marchó a la espesura del bosque, fingiendo ir de cacería.

Aabévaa tsíjkyooji cúuvéuúvújuco ellévújuco íjchívyeíñúné, muhdúvánhjáa tsíjjuke iijyu ipítayjcodu. Aabévaa éhne múúne lliiñáaavu péhdu péébe wahájchotátú báju pañétú ióomíñe áátájí pañévú ihjá úníúvú páátánúmeí muhdú tsíju íwajpíímú níjkyéjí ajcúné teh múmuke kéévane ííteki.

Aabévaa tétsii íjyáacunúhíjkyánáa íitécunú tsúúca tsíju tsarúwaháñema íjtyácojñné íbújcájááne pímhíhsoháñema mátsájcaháñe ipáároné pñnééjatu íwajpíímuke kéévájucóóne: “íTáwajpíímú, níjkyéjí ajcúné teh múmú, mé majchóvajú!”

Ahdújucóvaaa pahájcvatú tééjácóbá apíhajcúnetu téhmumu caayicayi, caayicayi niityécunú pñnéé jávu, aamévaa dille kéévánéhjí allúvú ímícaávéne pahúllevátú majchójucóóhíí.

Aallévaa diityécoba imájchone ímivyédú iiváa inítyénéhjiri óomíñe Boone ípímíhsoháñe ípíkyóóne péjucóó íúmíhévú, íuvérújtsí wahpákyunu.

Aanévaa Líjchuííhyó tsíju íúmíhévú pééne ííténe ihjávu ááhíveebe iiyéjuco pímhíhsoháñe ipáároné píuvájucóó tsíju ájkímuke, muhdúvánhjáa dille píuvádu: “íTáwajpíímú, níjkyéjí ajcúné teh múmú, mé majchóvajú!”

Ahdújucóvaaa téhmumu pahúllevátú caayicayi, caayicayi ííítyécunúne pímhíhso allúvú ímícaávéne mááhóháñe májchónáa Líjchuííhyó líjchújucóó diityéké pírone; tsúúca pámeekéré tsíjju wajpíímuke, cááníúvukévaa dóómeke, líihyánuúbe.

Áánemávaa ícúí itsóómeke tsíjju caráájiri tújúcoóbe, aamévaa báábameke dójúcoobe píruhnecu. Áané boonévaa diityé níwáu paajíne iújcúne íhyállúwaajíne tááboobe tsíjju ullébá úníutu, áánemávaa cá múruhcoobe apíhajcúné níjcaúúnevu. Átsihdyúvaaa cáraají ímíñeúvú iníjtyúne páneere upáháñe píruwu iwáámíúne botsíi peebe báju pañévú.

## • EPISODIO IV •

### SACRIFICIO DE LA MADRE DE PUCUNERO

Pasado el mediodía la madre regresaba de su chacra y, dejando por un momento el proceso de elaboración de la yuca para el casabe, calentó sus ajíes y llamó a almorzar a sus varones: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!”

Como el rumor de la acostumbrada bullanguería vino a esfumarse a cierta distancia, la madre otra vez los invocó: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!”

Cuando la mujer llamó por tercera vez, las calaveras se precipitaron desde lo alto los dinteles de la maloca y rodaron por tierra. Y viéndolos rodar, la desconsolada madre rompió en llanto incontrolable, jurando venganza: “¡Oh, no! ¿Por qué te comiste a mis varones, hijo mío? Así como hiciste con ellos harás conmigo también”.

Jurada la venganza ralló su yuca y corrió tras el camino del arroyo con el cántaro al hombro. Y dejando el cántaro por un momento en la orilla del riachuelo se dirigió al interior de su chacra y escupió en reiteradas ocasiones en ella. Establecido el conjuro, llenó el cántaro con agua y regresó a casa para exprimir la masa de yuca, por última vez.

En ese preciso momento Pucunero llegaba de cacería, con las manos vacías, quien, disimulando una cacería infructuosa, dijo a su madre: “No hallé cacería, madre mía. No traigo nada de caza a pesar de haber caminado muy lejos”.

“Qué mala suerte, hijito –contestó su madre, disimulando su tristeza–. Otro día hallarás caza para comer”.

Mientras degustaba el solariego almuerzo, la madre le rogó, diciendo: “Hijito, me parece tener un piqui en la planta del pie. Te ruego, por favor, que me lo extraigas cuando termines de almorzar”.

Concluido el almuerzo, Pucunero tomó una espina de pijuayo y procedió a extraer el piqui que se hallaba en la planta del pie de su madre, cuya herida quedó hecha un hoyo. En seguida, le contó el hallazgo del día: “Mamá, hallé un shimbillo muy frondoso, cuyos frutos están muy maduros, los que muchos animales van a comer”.

“¡Qué bien, hijo mío! –Contestó su madre, aceptando esta vez la preeminencia de su padre–. Ese shimbillo era el preferido de tu finado padre. Allí él cazaba muchos animales. Él me contaba que ni bien se ponía el sol la enorme choshna no tardaba en llegar.

## • EPISODIO IV •

### LLÍJCHUIÍHYODÍVÚ TSĤJU DÓÓTSÓMEÍÑE

Aanéváa cójįpįñé niiñévú tsúuca Llįjchuiíhyóįtsįju úmihétú wįjtsįlle įjpįcaháñé ipáárone, įpįmįhtsóháné iákyówįjtsóne, tsiiñe keevájucóó ihyájkímuke: “įTáwajpíímúú, nįkyéį ajcúné teh múmúú, mé majchóvajúú!”

Ahdújucóvąa eene caayicayi, caayicayi itsáárone dáįj, pehįkyáme. Aanévąa múúbéubará tsáátúnéllįi tsiiñe pńvároлле: “įTáwajpíímúú, nįkyéį ajcúné teh múmúú, mé majchóvajúú!”

Aamévąa tsiiñe caayicayi, caayicayi, dáįj, péénéllįi tsiiñe dille pńvánéllįi, ‘caaracara, caaracara, tóó’, níwáu paajíné áákityé ápįhajcúné nįcaúúnetu, máátyobáręjucó dílleke:

“įkyaj! ċńveekį tájtsįméné ľñe táwajpíímuke dójucóóhįi? Ároobe tsá ámúhakyéré úmeco méénúityúne, téhdure ooke úmeco méénúíbye”.

Ehdúvąa ihyájkímúúvuke ityánéhį ģcúi įpįca icáátsóne íllyííhyó ipįhchúúvéne dsńnelle mújcoįúvu, áihllóvąa téhį wájú allúvú ipáároíńñe peelle úmįñe pańevú, áánemávąa tépallį pańe únichįkyulle píváįyúva, áánemávąa ģcúi nújpakyo iújcújene óómille dótsúhcuté ímaahóbą nihńéréjucó.

Áánácávąa tsúuca Llįjchuiíhyó wajtsįjucóó llińńąaatu, múúbéúbaké táávátuúbe. Aabévąa tsįjjuke neeváhi: “Tsáha, wáha, caatyéįyóhaja. Tsįhyullęjucóoro, wa, o úllene, ároobe keenéįyó o táávane”.

“Aava, llihi –áńųjcullévąa, íkimóóveháñé áábúcullére–. Tsįįyúca taava me dóókií”.

Áábé úmįwávąa pįmįhtsoháñé ipáárone dibye máchohįkyánąa neélle: “Llihi, okéubą, mńa, níįpajį tájtyúhąpįñétu. Úca u mąjchonéhį u ímivyédú oke dįhjácú”.

Ahdújucóvąa imąjchonéhį ģńjkéváné Boone mééméhé anéétó iújcújene Llįjchuiíjyó tsįjį túhąpįñétú dįhjácú níįpąjike, aanévąa páhejúcoba coévąhi. Ááné boonévąa dílleke úúbállebe: “Wáha, ílletúne cúhllįwa ó uujéhi. Ílletu mńtyane iámé lléénéné cuhllįwá ó ájtyumńhi”.

“įÉée, llihi! –botsįyéįkyévąa áńųjculle, cááníúvúvąa tsąjcooįį įkyane nééllere–. Teewáneecu díkyááníúvú cuhllįwa, iámeke dibye lliįchuhįkyawa. Cuuvérevąne wátęhcoba niityéhįkyáhi. Wa, ihdyu, lli, tehmete. Tsąįyju múu ihdíkyáábeke ú taavńhi”.

“Éée, wáha –áńųjcuubévąa Llįjchuiíhyo–. Įpyejcójucó ó téhmetéiñe”.

“Juųju, llihi –tsápįjtsollévąa díľbyeke–. Aanéįńva, u péétúné ģhde óómáįkye múútsúhetu wábohćóte, įjyévé oke nee ádohįkyáhi.

. Ve, pues, a vigilarlo, para ver si cazas algún animal, hijito”.

“Sí, mamá —repuso feliz Pucunero—. Esta noche iré a vigilar el árbol”.

“¡Cómo no, hijito! —Le motivó su madre—. Pero antes quiero que me hagas un servicio: necesito que me consigas resina de lechecaspi, para contrarrestar a los inoportunos mosquitos; también, necesito fibras de topa para tejer un nuevo tipití, pues el antiguo necesita ser reemplazado”.

Muy presto, Pucunero se dirigió a extraer la resina y las fibras de topa, y se las vino a entregar. Y como el crepúsculo anunciaba el final del día se despidió de su madre, diciendo: “Se pone el sol, mamá. Voy, pues, antes que anochezca”.

Sin perder más tiempo Pucunero tomó la pucuna de sus cacerías y se zambulló veloz tras el shimbillo. Una vez en allí, improvisó una ligera tarima bajo el shimbillo y se puso al acecho para cazar alguna desafortunada presa.

Mientras aguardaba caza desde su improvisada plataforma, como lo aseguró su madre, escuchó entre los árboles los característicos chasquidos de una choshna que venían hacia el shimbillo. Entonces, tomó su pucuna y picó algunos dardos al enorme simio, quien al verse aniquilado se puso a orinar desde lo alto. Luego, abriendo sus fauces, cayó en dirección de Pucunero con el objetivo de morderlo, pero éste esquivó hábilmente la mordida que solo alcanzó a averiar su pequeña tarima.

Este mono no era sino el alma de su madre, transformado en mono choshna cuando se cubrió el cuerpo con la resina del lechecaspi y algodón, para hacer la pelambre de mono, y fibras de topa como rabo; quien, provisto con los dientes de las columnas de la ira de su cielo, iba en busca de Pucunero con el único propósito de devorarlo y cobrar venganza a sus varones desaparecidos; sin embargo, no logró su cometido.

Después de matar a la enorme choshna Pucunero vigiló el árbol por el resto de la noche, pero ningún otro animal asomó al merendero.

Al despuntar el día el exitoso cazador cargó su pesada presa en un capillejo y se regresó a casa. Una vez en ella observó que la fogata de su madre expedía gran cantidad de humo dentro la chacra. Entonces, la llamó: “¡Mamá, mamá, ya llegué! Cacé una choshna, mamá; ven rápido, por favor”.



Áhdure tsúúca íñe mé wahmíllíwu nójcanúhi, méémái daacuté wahmíllityu táwahmíí u núúkií’.

Ahdújucováa Llįchuííhyó ícúhǵícú ipyééne múútsuhe iwábóhcóne wahmíllí áácune, áánemávaa ihjávú ióómíñe ájcutéébé tsíjjuke. Áané boonévaa tsúúca nuhba áábaténéllíí tsíjjuke neébe: “Cúvéhréjucu, wa, teéne. Ói o péjucóóhií’.

Ahdújucováa Llįchuííhyó íllííñájá tollíjyú iékéévéne dsíñene cúhllíwá tujkévetu. Aabévaa cúhllíwá lliíñétu iwáííñvaténe tehméjucóó múijyú tsáné iáábé tsáábeke illįchuki.

Aabévaa íwaíí’ allúrí íámeke llíñémuúcunúhįkyánáa, tsíjjuvaa néhdújucu, cuuvéré wácha ‘joo, joo; wáteewáte, wáteewáte’, tsájucóó wácháábówá tujkévetu. Áánéllíihyévaa tsúúca ítyollíjyuri llįchúcújúcoobe wácháhcóbake. Aabévaa dibye llįjchúcuube dííbyeke nijpákyunúhi, áánemávaa íwáávéne áákityéébé dííbyé tujkévetu dííbyeke íñdóroki, árónáacávaa dibye waajáwu wáríhyóóvénaa íwaíjiréjucu dibye wátsahjyúcúne.

lhdyúváhacáa tsíju naavéneréjucu íjkyalle, dibyéva múútsúhetu wábóhcóneri páneere íjpi inííñúmeíñe méniikyómúbatu ícátǵíhcúmeíñe, wahmíllívu iibowáánúmeíñe, wácháhdivu píívyetéllé eene dííbyé tujkévetu pehíjkyá dííbyeke idyóóro íwajpíímuúvu áhdo. Aallévaa eene íumécó nijkyéíñewááñetu ííhwájíñúmeíñe dííbyé tujkévetu áákityé dííbyeke íñdóroki, árónáacávaa tsá dille névéjtsotúne.

Aanévaa wácháhcóbake ityáávané Boone téhmépéjucóvéroobe tsijtye íámeke, árónáacávaa tsáhájucu múúbéubará tsájúcootúne. Aabévaa tene tsítsíivédú iwácháhcóbake iwááhímúnúne oomíjyucóó ááhívu, aabévaa tsíhyullétú íitécunuté tsíjju pihñúbááhá íñé imíjyaú úmíhé pañe ámópákyoúcunúne, áánéllíihyévaa píuvájúcoóbe: “íWáha, waháro, tsúúca o tsájucóóhií! Wáchááke ó taaváhi; wa, dichá’.

“íJuúju, líhi! –áñújcullévapéé– íWa, ellévú ditsóó!

Ahdújucováa íjkyujúwá idónéjtsóne tsójúcoobe wácháákeé; áané boonévaa íímíbájchóóbeke tújúcoóbe tsíjju caráájiri. Aanévaa tútaco báábane ipííñóne tsííñe píúvároobe tsíjjuke: “íWáha, waháro, tsúúca tútaco baabáhí! íWa, dichá, me dóókíí!”

“íJuúju, líhi! –tsííñévaa áñújculle– íWa, ellévú didyóó, ói ó ávúhcutéhíí!”

Ahdújucováa tsáheecóǵ bohtáj pañévú ibóhdóne íjtyácó maahóuma Llįchuííhyó dójucóóhií.



“¡Qué bien, hijito! –Respondió su madre – ¡Ve chamuscándolo!

Sin medir consecuencias, avivó la fogata y comenzó a chamuscar al enorme mono. En seguida, arregló la carne y la cocinó en el nongo de su madre. Una vez listo el timbuche bajó del fuego y llamó de nuevo a su madre: “¡Mamá, mamita, el desayuno está servido! ¡Ven pronto para desayunar juntos!”

“¡Muy bien, hijito! –Otra vez contestó la voz– ¡Ve desayunando; voy a tomarme un baño!”

Entonces, Pucunero tomó un plato y se sirvió algunas presas, y procedió a devorárselas, acompañando con el exquisito casabe de almidón puro. Como veía que su madre no regresaba aun, la llamó de nuevo: “¡Mamita, mamita! Ven pronto para degustar nuestro exquisito timbuche, que casi lo acabo”. “¡Cómo no, hijito! –Contestó por última vez la voz– Ve comiendo; recojo mi ají y voy en seguida”.

Y aquella voz que contestaba como la de su madre no era sino la de su fantasma, a través de los espustos que dejó dentro la chacra la tarde anterior, antes de transformarse en choshna. En tanto iba comiendo las presas de su timbuche, Pucunero tomó una pata del mono y procedió a devorárselo. Y mientras iba comiéndola vio un orificio en el mismo arco central de la pata, e impresionado sobremanera con el hecho, dijo: “¡Oh, no! ¿No estoy comiendo a mi propia madre, acaso? Pues este es el orificio del piqui que le extraje ayer”.

Dicho esto, soltó la pata y fue corriendo hacia la chacra, hallando totalmente apagado el shunto que habían levantado el día anterior. En seguida, la culpabilidad de haberse devorado a su propia madre se convirtió en un terror incontrolable que ahogó su alma hasta convertirlo en un ser de semblante fantasmagórico.

Regresando a la maloca, entre sollozos y gritos lúgubres, se juró diciendo: “¡Es mi madre a quien me devoré! ¿Por qué, maldita sea, me devoré a mi propia madre? Juro que no me quedaré aquí aguantando tamaña desdicha; ahora mismo me transformaré en el padre de la frivolidad y caminaré errante por los bosques”.

A continuación, tomó su morral y metió en él, entre otras cosas que pudieran servirle durante la errabunda travesía que acababa de establecer, el ají de su devorada madre. Y con la pucuna de cacería de su difunto padre al hombro tomó un derrotero sin fin por el corazón del implacable bosque.

Aabévaa tsíju tsáátunéi ííteróne tsiiñe díílleke: “¡Wáha, waháro, dichájú, bo, me dóó dúrúvahívane mé tutácóó; díjtyane ó pírujtsodíñeé!” –píúvaráhi.

“¡Juúju, líhi! –nihñéréjucóvaa dille áñujcúne– ¡Wa, ellévú didyóó; tádhóuha o ábájñveúi ó újcutéhí!”

Ihdyúváchacáa tsíjuúvú naaveneréjucó dillévaa iijyu wáchádiu pívyetétúné ihde úmihé pañe únichíhkyuíñúne míamúnaadú díbyeke áñúcuhiíkyáhi.

Aanévaa páneeréjucó éecone idyóóné njcáuvu Líjchuíhyó úmóbajtúhá iékéévéne wájpóllánuubéré dóóbe íitécunú téjtuhájpínétú páheju íjkyane, áánerívaa mityane íillityéne: “¡íkyaj! ¿Acábá íñe tsá wáháákere o dóótune? Muurá íhyeju níipájíkéijyu díílleke o díhjácuhéju”, némeíhi.

Aabévaa mityanéré téeneri íillityéne téjtuha iwááóne dsiñnéjucóó úmihé pañévu, aabévaa ájtyúmité dillévaa iijyu píhñuíñúne tsucáaaháñé tsúúcoténe; tsá múubará íjkyatúne. Tsúúca ílluréjucó cúhllíhyedívuréjucó díbye cápáyoovéné tsíjjuke idyóóneri ííbuú pañe íillityénema. Aanévaa téhullétú íóómíñe mityane wáníjkyámeíbyeré tájucóó: “¡Dííllekéjucóha íñe wáhááke o dóóneé! ¿íveekíami tsáma wáhááke o do? Aanéhaca idyé íchihyi o íjkyáííbyejñvari. ¡Úúpíyí aabájaabéréjucó bájúháñeri ílluú néétune o úlléíbye!”

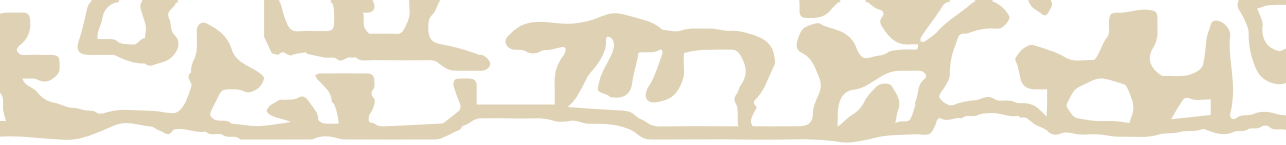
Éhduhívaa tsíjuúvuke idyóólleke ityánéhjì ícahpáyú pañévu uácoobe tsíjuúvú dñhóuma tsíñehjì múhduná díbye lííñenéhjì, áánemávaa cáánívú lííñájá tollíjyú iékééveíñúne ílluú néétune uupíyivyéjúcoobe bájúháñé pañévu.



• EPISODIO V •


PUCUNERO Y EL FANTASMA DE SU MADRE





• EPISODIO V •

**LLÍJCHURÍDÍVÚ TSÍÍJUÚVÚ NAAVÉNÉ BÓHÓWAAVÉNE**



Después de devorarse a su madre y los musmuquis, Pucunero, transformado en el amo de la futilidad, viajaba sin rumbo por los bosques y montañas buscando poner fin a su frívola vida. Desde entonces vagaba por doquier pernoctando donde le daba la noche, sufriendo los embates del hambre y sin tener que alguien le tendiera una mano o un bocado de pan. Una tarde, mientras caminaba sin rumbo por las montañas, escuchó unas carcajadas de mujer en aquellos inhóspitos parajes. Al acercarse sigiloso en esa dirección Pucunero vio dos mariposas morpho azul, de muy hermoso parecer, quienes reían graciosamente mientras juntaban frutos de lechecaspi. Acercándose a ellas, preguntó: “¿Se puede saber qué es lo que hacen aquí?”

Absortas con su repentina aparición, las damiselas contestaron: “¿Qué sorpresa, Pucunero? Pues, por aquí se sabe que te convertiste en amo de la futilidad luego de haberte devorado a tu propia madre. Aquí vamos juntando frutos de lechecaspi para comer. Sube y coge algunos frutos para comer, por favor. Pero, te advertimos que no debes comer ninguno allá arriba. Solo cuando hayas bajado comeremos todos juntos”.

“¡De acuerdo! –contestó–. Subiré a coger para que coman frutos muy frescos”.

En seguida, Pucunero subió arriba del árbol y comenzó a coger abundantes y deliciosos frutos de lechecaspi para sus inesperadas amigas. Como el hambre torturaba sus enjutas entrañas, tomó unos frutos y se los comió furtivamente, cuyas cáscaras intentó tirar lo más lejos posible, desde lo alto del árbol; sin embargo, las féminas, que iban juntando por todos los rincones, se toparon con ellas. Entonces, preguntaron: “Amigo, Pucunero, nos parece que estás comiendo algunos frutos allá arriba; pues, he aquí las cáscaras que tiraste. Te prohibimos comer el fruto de nuestro lechecaspi, pero desobedeciste nuestro mandato, tal como desobedeciste y te comiste a tu propia madre, para luego convertirte en amo de la futilidad. Ahora no tendrás escapatoria”.

A continuación, las morpho azul golpearon el tallo del lechecaspi con sus alas quedando exageradamente abultado. Finalmente, las extrañas féminas desaparecieron por el bosque, sin dejar rastro alguno.

Tras ellas el desamparado Pucunero intentó escapar de su abultada prisión, pero le fue imposible huir por cuanto el tallo del lechecaspi estaba peligrosamente cebado.

Llíchuríváa tsííjuúvuke ihyájkímuma idyóóne úúpíyí aabáábedívú píivyetéébé bájuháñeri pehíkyá illuú néetune, dsííveháñé nehcoobére. Aabévaa kiá ííjyunútsíhíri ihdíkyátsíhíri cúwaabéré pehíkyá, ájyabaúvuma, múubará dííbyeke piáábóuba majchómá iájcúne ímíllétuúbe.

Tsájuuvévaa bájuháñé pañe dibye péhíkyánáa lleebúcunúteebe míityépi badsíjcájamúpi 'íjijí, íjijí,' góócohíkyáne; ihdyúváhacáa táwáhmíhójmééwamúpi. Áámúpi tujkévetúvaa choocówu ipyéene itécunúúbé íné imíjyaú néené badsíjcájamúpi múútsúhé líííne múútsu méémupíré góócohíkyáne. Áámúpikévaa díllotéébe: “¿íináami ámuhipi mé meénu?”


Áábekévaa iúvanúne dííbyedi úllévenúmupíré néehí: “¿Aca kiátú eene, Llíchhu, u tsáá, dítsííjuúvukévaa u dóóne úúpíyí aabájaabe u íjkyáabe? Ihdyu, muhipi íchii múútsu mé mehíkyáhi. Múhpiává óvíjyucu néríivyéne díjco me llééneki; aabe, állíkyóhrevá múúne u néébe, tsáhái tsáhbáuba cáamevu u lléenéityúne. Tsatsíhvúi u nítyécooca baavu mé llééneehi”.

“Juúju –añíjuubévapéé –. Ané ói ámuhipi ó íjcóhi”.

Ehdúvaa íñéene ellévújuco Llíchuri nériivyéne múútsúheri. Aabévaa imíwu múútsu náámene íjcójucoó diityépi allúvu. Aanévaa ájyaba dííbyeke cáávátúnellí: “Óvíjyucu tsaco o lléénene”, íñemeíñe tsaco iújcúne lleenéjucoóhi, áánemávaa tsíhullévújucooro témíhe dibye cáámetu wááoróne, árónáacávaa múútsucóóné badsíjcájamúpi píhkyumupíré péémupi ájtyúmité témíhe. Áánemávaa díllomúpi: “Llíchhu, ¿úubá muurá tsúúca ú lleenéhí? Íñéhaca témíhe u újpañe íchii. ¿íveekí tsá múhpíke u lléébotúne? Ehdíívaabévaa dítsííjuúvuke u dóóne úúpíyí aabájaabe u íjkyáabe íveekí múhpi muútsúhe néévá ú lleené uke muhipi me bóíjkyúnááca. Íkyooca óvíároobe kiátú ú níityéhi”.

Ehdúvaa táwáhmíhójmééwamúpi Llíchuríké iúhbáne múútsúhé déjuco wáberejco páoodsíriho, tsúúca múútsúhé déjuco pítyúútsomúpi. Áánemávaa bájuháñé pañévú úmívájúcoomúpi.

Áané boonévaa iiyéjuco múútsúhé njcáuvu cóévaabe tsá píivyetétú muhdú íñíityene, tééhé déjuco óóríñetu, áánemávaa ílluréjuco dibye kímóóvemeíñe: “¡Ooréhdéné wáháake o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehí oke patyéhíjkyáhi!



Y al no tener ninguna posibilidad para escaparse de esa prisión se sentó en la alguna rama del árbol y comenzó a lamentar su mala suerte, vociferando: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad...! Cautivo en lo alto del lechecaspi Pucunero aprovechó para comer algunos frutos que quedaron allí, por algún tiempo. Al cabo, no quedó ningún fruto en el árbol para llenar su estómago, quedando a merced del hambre, nuevamente.

Mientras permanecía prisionero en aquel lugar, una noche escuchó una choshna, que era el alma de su madre convertida en mono, acercarse a él, traqueteando las ramas de los árboles.

Cuando el alma llegó al lechecaspi vio que su hijo estaba en lo alto del árbol, quien al notar que se trataba de su madre intentó llamarla, pero más pesó su culpabilidad que se puso a llorar desconsoladamente.

Entonces, el alma de su madre dijo: “¡Hijo mío! ¿Se puede saber qué haces aquí y en esta vil situación? Esto intenté advertirte cuando te decía: ‘La venganza no es buena amiga, hijo mío’. Sin embargo, fue difícil convencerte que te abstuvieras de tomar represalias contra mis hombres; y al final me comiste, sin siquiera pensar en nuestro bienestar. Ahora estás aquí pasando penurias, como siempre las tendrás, pagando las consecuencias de tus desvaríos. ¿Trajiste algo de nuestro ají, acaso?

“Sí, mamá, traigo algunos” –contestó Pucunero, restregándose las gruesas lágrimas que recorrían sus ojerosas mejillas. Y extrayendo un ají macusari de su morral Pucunero se lo dio, el cual introdujo entre sus fauces y procedió a masticarlo, cuyo ardor comenzó a crisar su paladar hasta llenar con abundante saliva. En seguida, escupió el ensalivado hasta el suelo convirtiéndolo en una liana llamada esputo de choshna.

“Listo, hijo mío –concluyó el alma–. Cada cierto tiempo la probarás pellizcándola. Cuando veas que la cáscara esté aún blanca, no estará lista para que la uses. Solo cuando veas que su corteza se tiñe de rojo, entonces estará lista para usarla y podrás escapar por ella. Teniendo en cuenta lo necio que eres, no te atrevas a bajar mientras no esté madura. Obedéceme, por favor. Eso es todo, por mi parte” –instruyendo, se marchó del lugar.



Aabéváa múútsúhé nǐjcaúvú cóévaabe mútsucóóné cóevané náámene lléénehíjkyá tsúúcaja, áánéhǐ tájpiíkyéváa íkyahíjkyáabe. Aanéváa pájtyedu illuréjuco dibye tsiíñe ájyabáávatéhíjkyáne.

Áánaacáváa tétsii dibye tsúúcaja ícúbáhrámeíhíjkyánáa tsápejco llééboobe wácha ‘joo, joo’, dííbyé tujkévetu tsááneé, ihdyúváhacáa tsǐjuúvú naavéné wácha múútsu lléénevu tsahíjkyáhi.

Aabéváa múútsúhé nǐjcaúvú wájtǐibe ǐtécunuté tééhé nǐjcauri íjtsǐiméné íjyácunúhíjkyáne.

Áállekéváa iájtyúmíne, ¡Wáha!, ǐñéérótsihvu illuréjuco dibye mityane kímoovéne.


Áábekéváa tsǐjuúvú naavéné wácha nééhí: “¡Tájtǐiméne! ¿tínáhana goocójǐva íchii ú meénu? Ehdǐvanéhdéné uke ‘óvíjyacóóné, Ili, úmeco’ o néhíjkyánáacáne íveekí táwajpíímukéne u dóóhií, átsihdyúne nihñéré oke u dóó, ímíhyené me íjkyáíyócoóca. Aabe illújuco íñe dílleebótú nǐjcaúvú ú úújeténe; aabe íchii ú ícúbáhrámeí u íjkyáídyújuco. ¿A tsáhanácuné mé júúajúatu u tsívatúne?”

“Ééénécú, wáha. Ohnécú ó tsiváhi” –áǐújuubéváa imáátyoháñé íwádsíuúvuri íjkyane páákyúmeíbyére. Aabéváa ícahpáyú pañétú dǐhou macotsááriu iáábyúcúne ájcuube díílleke, aaúváa íhjuú pañévú iwááómeíñe dícháchájcolle, aanéváa íhjuu béébévétsónetu uráhtsaba tóhaavéné uníkyunúllé baavújuco, tsúúca móóhouuréjuco, ‘wáchá uníu’ némeíñé moohóu.

“Áyu, tájtǐiméne –níwáávelléváa dííbyeke–. Íu ú dóbóriúcuuhíjkyáa pívájcoojívá pájtyéné boóne. Aane tsǐtsííneúvú témiíhe néécooca tsáhái u níityéityúne; sanéérei tújpámǐíheúvú u dóbóriúcucooca botsíi ú níityeé tééuri. Álíkyó múúne u néébe íhde niityédííñe. Tsáma oke cáhcújtsoco. Ahdíkyane wái, Ili, dííkyá, ói o péjucóóhií” –nélleréváa ellévújuco pééneé.

Áané boonéváa pívájcoojívá pájtyéné boone dóbóriúcuube tsǐtsííneúvúíikyé móóhóu mǐíhe, áánemáváa téhmehíjkyáabe tsúúcajájuco, aabéváa ííkyahíjkyádú ájyábari múútsúhé nǐjcauri ícúbáhrámeíhíjkyáhi. Aanéváa pívájcoojívá pájtyedu tsiíñe dóbóriúcuú téhdureí tsǐtsííneúvú témiíhe; téhdure tsiíñe téhmehíjkyáabe pívájcoojíva.

Múhajchótatú tsiíñe dóbóriúcuube tsúúca tújpáñeúvújuco móóhú mǐíhe, ááneríváa mityane íímíjyúúvéne tsúúca niityéjúcoóbe, áánemáváa tsiíñe idyé ellévújuco dibye íhdkýáneri pééne bájú lliíñe.



Pasados algunos días el desdichado Pucunero probaba la liana para ver si estaba madura, para escapar por ella, pero notaba que la corteza aún estaba blanquecina; entonces aguardaba algún tiempo adicional esperando su madurez. Pasados otros días otra vez pellizcaba la liana; sin embargo, la cáscara seguía alba; entonces, siguió esperando. Al cabo de muchos días pellizcó de nuevo la corteza de la liana y esta vez sí estaba rojiza, como símbolo de su madurez. Entonces, se alegró muchísimo y la usó para escapar de la abultada prisión y retomar su infinito viaje a través de los bosques.





## • EPISODIO VI •

### PUCUNERO Y LAS SETAS

Después de liberarse del lechecaspi hechizado por las princesas morpho azul, Pucunero nuevamente viajaba vagabundo por los bosques sin hallar asilo ni ayuda oportuna.

Mientras caminaba, una mañana escuchó las carcajadas de otras mujeres, que se acusaban mutuamente, diciendo: “¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor! ¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor!”

Sorprendido con la presencia humana, y creyendo hallar consuelo en ellas, se dijo: “¡Vaya! ¿Quiénes han de ser las que ríen por allí sin siquiera imaginar que me muero de hambre? Voy a ubicarlas para pedirles comida”.

Aliviado con el supuesto hallazgo caminó sigiloso en dirección de las carcajadas y no halló absolutamente a nadie. Y cuando reanudaba su caminar, después de investigar aquellos siniestros parajes, oyó nuevamente las misteriosas carcajadas y voces que decían: “¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor! ¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor!” Entonces regresó raudamente al lugar y buscó a las personas y no halló a nadie.

“Es este el lugar en que reían las personas” –murmurando, se ponía a investigar el lugar, sin éxito. Y cuando retomaba su camino, por tercera vez las voces rieron y bromearon entre sí. Convencido de localizarlas, esta vez, regresó al lugar y rebuscó minuciosamente cada rincón y halló unas setas pegadas en un palo podrido que halló tirado entre la hojarasca. “Pudieran ser éstas las que me están sugestionando” –protestando, las arrancó con la punta de su pucuna y las pisoteó. En seguida, reanudó su errabunda caminata y nunca más volvió a escuchar las risotadas ni las bromas.

“Lo sabía –refunfuñó, Pucunero—. Sabía que aquellas desdichadas setas eran las que me sugestionaban sabiendo que me estaba muriendo de hambre. ¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

## • EPISODIO VI •

### LLÍJCHURÍKÉ GORÓÓMÚ WÁJYÁMUNÚNE

Aanéváa múútsuhe Táwáhmíhójimééwamúpí pítýúútsóhetu tsííjuúvú naavéné wácháhdí Llíjchuríké píáábóneri níityeebe tsiiñe bájúháñeri ájyábaúvuma pehíjkyá úpíyívyeebére.

Aabéváa tsájcoojí idyé tsiiñe lleebúcunúté walléemú tsáhullétú: “íjijíj, íjijíj! Oke, muulle, tátyújúúwuúné wápíyújcudíñe. íjijíj, íjijíj! Oke, muulle, tátyújúúwuúné wápíyújcudíñe” – góócohíjkyáne.

Aanéváa: “ííkyaj! –neébe–. ¿Aca múha éhne ílletu góócohíjkyá ájyábaúvuma o íjkyánáaáca? Ói ó néhcoté diityé pimíhtsoháñetu o májchoki”, –iñéene péjúcoobe tét sí tujkévetu.

Aabéváa dityéne góócohíjkyátsihvu iúújeténe íítehíjkyará tsá múubará íjkyatúne. Aabéváa tét síhí íítehíjkyároné ellévújuco tsiiñe péébe wahájchotaréi íjkyánáa tsiiñe: “íjijíj, íjijíj! Oke, muulle, tátyújúúwuúné wápíyújcudíñe. íjijíj, íjijíj! Oke, muulle, tátyújúúwuúné wápíyújcudíñe”, –goocóme. Áánéllíhyéváa tsiiñe óómiíbye. Aabéváa idyé tsiiñe dityéne góócohíjkyatsíhí íítehíjkyará, tsá múubará íjkyatúne.

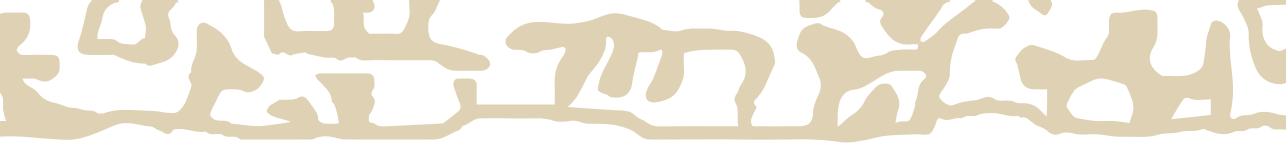
“Ááneráhjané íchihíyé góócohíjkyáme”, –iiváa iñéene dibye tsiiñe péérónáa béhnétu goocóme. Áánéllíhyéváa tsiiñe ióómíñe ímíñeúvú tét síhí iñéhcóhulle ítécunúúbé nóónóhoba jhóné pañe íjkyábari goróómú pílluhjúcunúmeke, áámekéváa: “Íjtyéubá íñe oke wajyámúnuhíjkyáhi”, iñéene ítyollíjyú njícauri ipípíyújcúmeke tádíríhcoóbe, áánemáváa péébe tsáhájuco múijyú lléébotú múubará góócóne.

“Ayúju –némeíbyevápeé–. Diityéjucóhjané néhniíhvame goróómú íveekí oke wajyámúnuhíjkyáné ájyábaúvuma o íjkyánáaáca” –illíhkyámeíñemáváa tsiiñe: “íOoréhdené wáhááke o dóóne úpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehíj oke patyéhíjkyáhi” –támeíhíjkyáabe.

• EPISODIO VII •

PUCUNERO Y EL ESCORPIÓN






• EPISODIO VII •

LLÍJCHURÍKÉ ÓÓV†HO WÁJYÁMUNÚNE





Después del incidente con las callampas Pucunero nuevamente caminaba sin rumbo por el bosque. En tanto viajaba un día oyó los gritos de alguna persona en esos remotos lugares. Y acercándose sigiloso hacia el lugar en que oyó los gritos logró dilucidar que aquella voz era de un hombre, quien invitaba efusivamente: “¡Oigan! ¿Habrá alguna persona en estos lugares? ¡Si están allí, vengan pronto y coman del fruto macizo de mi pan del árbol!”.

Emocionado, y motivado con la insólita invitación, Pucunero caminó hacia el lugar del convite. Pero cuando llegó al lugar donde oyó vociferar a la persona no halló a nadie. Y después de echar un vistazo al lugar retomó su errante caminar.

Cuando estaba aún cerca oyó nuevamente los gritos: “¡Oigan! ¿Habrá alguna persona en estos lugares? ¡Si están allí, vengan pronto y coman del fruto macizo de mi pan del árbol!” Entonces, regresó raudo al lugar en que oyó vociferar al escurridizo hombre y otra vez no halló a nadie, en absoluto.

“Este es el lugar en que oí los gritos” –se decía, después de husmear el ambiente. Pero al examinar con más detenimiento el terreno halló un pequeño escorpión que descansaba ufano sobre la hojarasca.

“Este majadero debe ser el mentiroso parlanchín” –diciendo, lo machacó con la punta de su pucuna y se marchó del lugar, para nunca más volver a escuchar los gritos.

Después de cubrir un largo y agotador trecho Pucunero se topó con el moribundo escorpión que dejó moliendo con el caño de su pucuna aquella mañana. Y muy sorprendido con el reencuentro, dijo: “¡Vaya! ¿No es este el escorpión que dejé matando esta mañana? Ahora iré en esta dirección para no toparme de nuevo con él”.

Al cabo de recorrer otro fatigoso trecho halló nuevamente al triturado escorpión, que yacía inerte entre la hojarasca. Entonces, tomó un camino que le pareció más derecho, pero se topó de nuevo con el mismo cadáver.

“No entiendo cómo estoy caminando” –se ponía a renegar. En seguida, tomó otro rumbo, al cabo del cual se topó por tercera vez con el desventurado escorpión. “Tal vez solo sea una treta de esta insignificante sabandija”, murmurando, tomó al escorpión y ensambló sus partes.



Goróomuváa Llíchuríké mávárijchómeke ipípíyújcútsihdyu tsiiñe pevé bájuri péhíjkyaaabe tsíjyu lleeúbucunuté tsaate tsíhyulle íhjúcunúhíjkyáne. Áámé tujkévetúvára péébe lleeúbucunú wajpi íhjúcunúhíjkyáne: “íÚu, úu, úuuu! ¿A tsáhana íchíhjíri tsaatéuba me íjkyatúnée? íTaéllevu me tsááne íñe tadyáarí najáutu mé majchóvaaa!”


“íMuúbe! –ímíjyúúveebévapeé–. Ílléhaca áátye naja majchóhi. Ói diityé éllētu ó májchotéhi; ávyeta ó ajoyábáávatéhi”. Aabévaa téhullévújúcooro péébe tsá múúbaké ájtyúmitúne. Aabévaa dityéne íhjúcunúhíjkyátsihvu iúújeténe ítehíjkyará, caatyéiyó míamúnaa tétsihjíri. Aanévaa ítehíjkyároné ellévújuco péébe wahájchotaréi íjkyánáa tsiiñe: “íÚu, úu, úuuu! ¿A tsáhana íchíhjíri tsaatéuba me íjkyatúnée? íTaéllevu me tsááne íñe tadyáarí najáutu mé majchóvaaa!” –íhjúcunúme. Áánéllíihyévaa tsiiñe óómiibye idyé dityéne íhjúcunúhíjkyatsíhjí ítehíjkyará, tsá múubará íjkyatúne.

“Muuráhjané íchihíyé íhjúcunúhíjkyáme” –nehíjkyaabévaa tétsihjí ítérónema. Aabévaa tétsihjí ímíñeúvú íñéhcohulle ítécunú óóvho jíhóné allúri cáwayúcunúhíjkyáabeke. Áánemávaa: “Áánúbá, mía, oke wajyámúnuhíjkyáhi” –íñéene ítyollíjyú níjcáuri cátsútsúhcoobe óóvihóke, áánemávaa tétsihdyu péjúcoobe tsáhájuco mújyú lléébójúcootú múúbéubará tétsihjí vahrábááneri íhjúcunúhíjkyáne.

Aabévaa múhajchótácóbaúvú bájú lliiñe péhíjkyaaabe cábúúveté cúúvénetúvára óóvihóke ícátsútsúhcoóbedívu. Áábekévaa íájtyúmíne neébe: “íÚj! Muuráhjane áánúke cúúvénetújuco o llííhyanuíñúúbedívu tsiiñe íñe ó wajtsíhi. Íkyooca íllévuréjuco o pééiñe”.

Aabévaa idyé tsúúcaja iúlléhíjkyané níjcáuvu tsiiñe úújeté bíwáábedívure, áánéllíihyévaa íkyooca tsatújkevéréjuco díbye pééneé, aabévaa tsíhyulléjuco ipyéhíjkyané níjcáutu tsiiñe cábúúveté óóvihó ítéméhodívu.

“¿Muhdúami ó úllehíjkyá? ¿Ílluréubá ó mujtáhi?” –íivaa illíhkyámeíñe tsiiñe tsííñeríjyúcooro díbye péérónaa tsúúcajátú bíwáábedívu óóvihódívu díbye cábúúvetéhi. Áánéllíihyévaa: “¿Ílluréubá áánu oke wajyámunúhi?” –íñéene óóvihó ítéméhoúvuke iújcúne cámahcoobe béhnétuú, áánemává ícahpáyú pañétú máániu iújcúne dífbye bowááñuúbe, átsihdyúvára ihñé umécó catújíwatu pílluhjácoobe íñuuówá íjkyaiñe; tééwari ávyé míamúnáake díbye núúowa.



A continuación, extrajo un poco de ampiri de su morral y creó su cola, en la que introdujo el aguijón con la astilla del palmiche de su irascibilidad, cuya picadura suele ser insoportable. Asimismo, con el mismo ampiri, creó dos apéndices, uno a cada lado, los cuales son sus manguarés de la aridez de sus poderes. Si alguien recibe una picadura, mientras el veneno hace estragos en la víctima, el escorpión percuta sus manguarés para incrementar el dolor acompañado de un hormigueo. Cuentan las leyendas que antes de estas transformaciones el escorpión era una sabandija noble y sin aguijones.

Hechas las alteraciones en el cuerpo del alacrán, Pucunero retomó su camino y nunca más volvió a verlo durante su travesía.

Téhdurévaa máániu idyóvihiyíkyúne néjuwááñuube dííbyeke, teenévá dííbyé daarí cumúhooúne íjkyane; aanévá múúne íñamíjtyá catújíwari díbye mífamúnáake núúone berébéré diityéké avyé díbye mívájíúccunúúbéré íkyumúhooúcú áámúnáaáca. Ehdúvaa Llíchuri óóvìhóké méénútúné ìhde ímíáábé dííbye; tsáhavaa nuuóóbé díbye íjkyatúne. Aanévaa éhduhji Llíchuri óóvìhóké ibábáñuúíñúne péébe tsáhájuco múijyú dííbyedívú cábuúvetúne.



## • EPISODIO VIII •

### PUCUNERO Y EL OSO PEREZOSO

Después de los hechos singulares experimentados con el escéptico escorpión, Pucunero caminaba perdido por un denso bosque. Mientras caminada errante halló a un oso perezoso, a quien dijo: “¿Tanto afán por aquí sin tenderme la mano para saciar mi hambre?”

Sorprendido con el reclamo, el pelejo, contestó: “Pucunero, ¿qué significa sentir hambre? No conozco qué es el hambre”.

Anonadado con tamaña osadía, Pucunero, propuso: “Camina conmigo y lo sabrás muy pronto, amigo”.

Desde aquel instante el oso perezoso y Pucunero caminaron juntos por la selva, sorteando todo árbol de los que se alimentan los folívoros; tales como el bellacocaspi, el copal, la cecropia, entre otros.

El fin que tenía Pucunero para con el oso perezoso era impedir que se alimentara por algún tiempo y experimentase el hambre, en respuesta a su páfida ignorancia cuando dijo no conocer qué era el hambre. Para entonces los osos perezosos aún tenían la cola larga.

Días iban y días venían cuando el pelejo comenzó a sentir mucha hambre. Y al no conseguir con qué aplacar su hambre comenzó a devorar un pedazo de su cola, botana que sirvió de poco para sobrevivir escasos días. Como la escasez alimentaria seguía constriñendo sus entrañas, esta vez el oso perezoso se devoró una pieza adicional, seguido de otra, como días en austeridad. Al otro día se devoró el último vestigio de su cola, quedando en el recuerdo la existencia de su pedúnculo prensil.

Entonces dijo a Pucunero: “Amigo, ahora sí conozco eso que tú llamas hambre. Por mí mismo he experimentado qué es sentir hambre”.

“Muy bien. Eso es lo que yo llamo hambre, amigo. He ahí el resultado del escarnio que habéis echado en la cara del famélico errante que recorre los bosques, sin rumbo fijo” – refunfuñando, Pucunero se deshizo del perezoso que se había devorado su enorme cola.

## • EPISODIO VIII •

### LLÍJCHURİ DAALLÍKYÉ ÍÍBÓWAVU DÓÓTSONE

Llíchuríkeváa óóviho mávárichohíjkyané boone tsiiñe idyé bájúháñeri pehíjkyaaabe úúpíyivyeébére, aabévaa tsájcoojí úújeté daallídívu, áábemávaa iñáhbévájcatsíñe neébe: “¿İnáami ámuha íchii mé úllehíjkyá ájyabaúvuma o íjkyánáaaca?”

Áábekévaa daalli dillóhi: “¿Aca İná, Llíchuch, ájyaba? Tsá muurá o wáájácutú İná ájyaba íjkyane”.

Ehdúvaa dibye néeneri Llíchurı itsájúúréévéne dííbyeke neéhií: “Úi, muube, ú waajácuúhi”. Aabévaa daalli tétsihdyu Llíchurímá óívyeiñúhi, áábemávaa cátsívyehíjkyaaabe múhduná iñe daallímú máchohíjkyané uméhééné, dohpójí, miiájillejı, maramahe, téhdure tsíhyehjı.

Ihdyúvaa Llíchurı wáájácúroobe daallíkyé cátsívyétsohíjkyá dibye páneere mājchóné uméhééné, dibyévaa: “İnáami ájyaba”, mityájkımyeiñé allútu; dííbyeke İná ájyaba íjkyane iúwááboki. Téijyúikyévaa daallímú bowááñé cááméwácobájı.

Aanévaa tsájcoojı dityétsı péhíjkyánáa tsúúca daalli alyabáávatéjucóóhií. Áánélliihyévaa İná imájchóityúnéllıí ííbówa nıjcau doóbe, áánemávaa aabúcóroobéi ájyaba pıvájcoojıva; áronáacávaa tsiiñe iájyabáávaténéllıí tsıvíiu doóbe. Aanévaa éhniíñevúré iájyabáávaténéllıí tsúúca ouhóu ííbówa doóbe. Aanévaa téhdure tsíjkyoojı ájyaba dííbyeke cáávátúnéllıí nihñéetsıíbaréjuco dibye dómeiñe. Ehdúvaa ííbówa daalli pırujtsóhi.

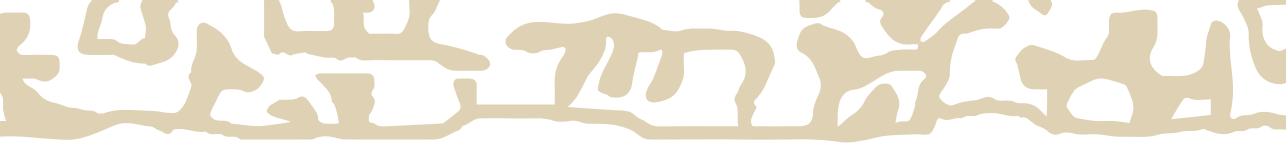
Átsihdyúvaa neebe Llíchurıke: “Llíchuch, iñéhaca éhne ú néhıjkyané ájyaba. Íkyooca, ihdyu, botsıi ó waajácú İná ájyaba íjkyane”.

“Éée, muúbe, Eenéhdené teene o néhıjkyané ájyaba, muúbe. Ehdu bájúháñeri o úllehíjkyaaabe o ályabáávaténeri óhdi ú uuhívatéhıjkyáhi” –iñéénemávaa tétsihvu píkyoiñuube daallíkyé, bówáávatúúbekéréjuco. Ehdúvı nétsihvu daallímú tsá bówáávatúne.

• EPISODIO IX •


PUCUNERO Y LAS HIJAS DE LA ANACONDA  
DE LOS PECES





• EPISODIO IX •

LLÍJCHUR† DÓÓRÁME BÓÓÁ AJYÚWAMÚ†KE  
TÁÁBAVÁNE



Después de la experiencia realizada con el oso perezoso una mañana el errabundo Pucunero llegó a divisar dos hermosas mujeres que, muy contentas, juntaban moras en su canasta bajo del follaje de la selva.

Al notar que eran sumamente hermosas el vagabundo se enamoró de ellas y juró, diciendo: “¡Vaya! Estas hermosas señoritas tienen que ser mías”. Y cegado del amor a primera vista, Pucunero caminó sigiloso hacia ellas, quienes al notar que el extraño ser asomaba su rostro entre los arbustos, huyeron despavoridas y se lanzaron al río, para guarecerse allí. Eran peces sábalo con apariencia de hermosas princesas.

“¿A dónde habrán huido de mi presencia?” –murmurando, Pucunero las buscó en la orilla del río, sin resultado positivo. Entonces, optó por ocultarse en las inmediaciones y aguardó por ellas, quienes minutos más tarde asomaban sus esbeltas figuras, riendo a carcajadas, reanudando la búsqueda de moras. Por segunda vez, el parlanchín quiso acercarse a ellas; sin embargo, otra vez corrieron a esconderse entre las aguas, de modo que Pucunero no podía aproximarse a ellas.

Como vio que era imposible atraparlas, acudió a los poderes del ampiri de su sabiduría y meditó en sus espíritus. En seguida, tejió una trampa en base a la corteza de la topa de sus pescas y juntó muchas moras sobre ella y la colocó sobre la hojarasca, y se escondió debajo del mogote, aguardando pacientemente por sus escurridizas enamoradas.

Cuando emergieron del agua una de ellas divisó el montículo de moras y, muy efusiva, dio aviso a su hermana, diciendo: “¡Hermana, he aquí una pila de moras! ¡Ven, ayúdame a juntarlas!”

Cuando las señoritas se acercaban muy felices al inusual hallazgo, y se inclinaban para juntar las moras, Pucunero las atrapó raudamente y las contuvo entre sus brazos y las desposó inmediatamente. A continuación, levantó una maloca para vivir con sus nuevas esposas, e hizo una imponente chacra en la que fructificó todo fruto que se siembra dentro la chacra, para el sustento diario. Y cosechando de la abundante yuca de aquella fecunda chacra las mujeres preparaban el casabe, el ají negro y la cahuana dulce para que el marido pueda alimentarse.




Daallíkyeváa íbówavu idóótsóíñúne bówáávátúúbekéréjuco tétshíjívú ipíkyoíñúne tsiíñe bájúháñeri úpíyívyeebére péhíjkyaa tsájcoojí Llíjchurí úújeté ñné imíjyaú néené badsícájamúpí cájáhéllíñe lléenehíjkyámúpídívu, aamúpíváa góócomúpíré cája íuvérújsíkyú pañévú mehíjkyáhi. Áámúpíkéváa tsúúca Llíjchurí imílléhi. Áánemáváa: “¡Áyúú! Imíwu badsícájamúpí néémúpíke ó táábávaáhi” –némeííbye. Áánemáváa chooco diityépi éllevu péébeke iáptyúmíne dsiínéjúcoomúpí téhi pañévújuco gojoo. Ihdyúváchacáa íñíjimeéwamúpíré amóóbemééwamúpí diityépi.

“¿Aca kiávú íñe áátyépi ímihívamúpí óhdityu wááhi?” –iiváa íñéene téhi úniúúné íñéhcóróne páátánúmeííbye úméhe déjuvu diityépike ityéhmeki. Áánaacáváa tsiíñe tsúúca: ‘tjítjít, íjítjít’, góócomúpíré tsáámupi tsiíñe cája meeváhi. Áánéllíihyéváa tsiíñe díbye pñhívérónáa dsñnemúpí bíváhullévu. Tsáhváa díbye pívyetétú muhdú diityépidívú ipñhívéne.

Áánéllíihyéváa íwaajácú maaníuri imámávyéne cája tsatsíhvú jhóné allúvú pñhkyuúbe, áánemáváa pñnéé miihóúcoke icájihtúcúne mñhoba témihéjitu nuúbe, áánemáváa cája témihó allúvú ipíkyóóne téené lliñévú wállááveébe, áánemáváa íbúwají díbye íjyácunúhíjkyánáa tsiíñe badsícájamúpí góócomúpíré tsájucóóhií.

Áámúpídityuváa tsáápille cája páhbahya néene iáptyúmíne íñáálleke néehí: “¡Muúlle, éje, íñéhaca imíwu mééma páhbahya dojcóhi! ¡Ellétú ñcúi pñhkyuco!” Ehdúváa imíjyúúvemúpíré téene éllevu péémupi dóllo néérónáa ñcúi ámbúcuube tsamúpíkéjuco, áámúpíkéváa téijyújuco díbye táábaváne. Áámúpímáváa tsúúca ánúmeííbye tétshívu, áánemáváa ñcúi ihñé mājchotá uwáájiri íumihénúne páneere múhduná oove íjkyanéjhi úmihé pañe bájtsóobe, áánemáváa néévátsoobe méwamyúpi ióóveki. Aanéváa úmihécoba uuváwu pñcáhañe néénetu iújcune icáátsóne dííbyema mááhou, cáhgúnuco, pñcaba méénuhíjkyamúpi. Tsáhaváa ñná diityédityú vííotúne; íjkyáneváa tútsíabajúné, mútsítsíabajúné, cúdsíabajúné, baajúrí, pákyoomu, pñca, mátsajca; múhdunétá óóveta íjkyane íjkyá diityéma, áronáacáváa tsá ténehji dityépi ímíllehíjkyatú imájchone. Diityépímáváa táávahíjkyároobe iámeke, téhduréváa píkyuhíkyároobe amómeke, áronéjhíváa tsá dityépi ímíllehíjkyatúne. Aanéváa ñná díbye táávaróné dityépi ímíllehíjkyatúné íjtsaméiyi díbye íkyahíjkyánáa tsájcuuvénetu tsáápille mááho búcájahíjkyánáa íttécunúllé íjíváwu ihjyá wajíí únuri ríhóríhó pééneé,



Entonces, tenían parcelas de guaba, caimito, piña, yuca comestible, yuca dulce, mandioca, cacahuete, y todo fruto que sirve de sustento para la subsistencia del hombre bora; sin embargo, toda esta opulencia no era del gusto de las esposas de Pucunero. Además, Pucunero cazaba diversos animales y pescaba muchos peces para que se alimentasen sus amadas esposas, pero estas comidas no eran de su agrado.

Una mañana, mientras cavilaba en cómo solucionar el problema alimentario de sus esposas, Pucunero vio que una de ellas, en el preciso momento en que asaba el casabe, atrapó una oruga de la guaba que pasaba por las inmediaciones de su tarima y la metió debajo del tiesto. Una vez tostada la oruga, la mujer se la comió, con muchas ansias, acompañando con abundante casabe.

“¡He ahí la solución! ¡Esas orugas son la comida preferida de mis esposas!” —exclamó, Pucunero. Inmediatamente llenó toda su parcela de guabas con todo tipo de orugas, desde marcelinas, argantes, automolis, hasta toda especie de orugas comestibles, para que sus esposas pudieran alimentarse abundantemente.

Cosechándolas, las tostaban en su tiesto y se las comían con mucho agrado, separando algunos hatos para convidar a su padre, la Anaconda de los Peces de las Aguas, en lo profundo del lago. Atraído por el inusual festín su hermano menor atinó a venir con ellas a tierra, quien también se deleitaba comiéndose las sabrosísimas y mantecosas orugas.

Un día, mientras las mujeres estaban en la chacra, Pucunero tejía una red de pesca entre los horcones de la entrada de la maloca, a quien el cuñado tenía en vilo molestándolo en todo momento. Mientras hacía sus travesuras el pequeño preguntaba en reiteradas ocasiones acerca del tejido. Entonces, muy enfadado, Pucunero contestaba con voz gutural: “Es una red”. Insatisfecho con tantas travesuras que hacía, el pequeño pez sábalo salía por la puerta posterior de la maloca e ingresaba corriendo por la puerta principal, mientras Pucunero hilvanaba peligrosamente la red. Fastidiado por la desobediencia de su cuñado, Pucunero le advirtió: “Esta vez cuando entres a la casa debes quedarte dentro, pues la red que estoy por terminar bloqueará la entrada. Si desobedeces quedarás atrapado en la trampa”. Sin embargo, el pequeño pez entró de nuevo por la puerta principal y quedó atrapado en la red que bloqueaba la entrada principal de la maloca.


áábekévaa ícúí iékéévéne ulléba líííhévú wááolle, aabévaa imíwu wáhjámeííbyeke imyéwu lléhdolle, lííjchurí íténáaaca. Áánéllíihyévaa: “íAatyékéha, ihdyu, aatyépi imílléhi!”, iíhéne ítyutsíbjú nuhnévatétsoobe ííjwárehaja, nahcómúrehaja, áaruhómúrehaja; múhduná ííe míamúnaa dóone núhneke méénuube ítyáábamúpi idyóhíjkyaki.

Áamekévaaa iújcúne íullébari iwáríhcómeke muutépi dohíjkyáhi. Áánetúvaaa tsaatéke iújcúne páhajjí íhíjchúne tsájcoopi cááníkye, Nújpakyóóné Dóórame Bóóake, dóótsotémúpi móóá déjucóvu. Ehdúvaaa imíwu dityépi núhneke dóhíjkyané íájtýúmíne ííhábéwu diityépiima tsáá íííñujívu, aabévaa diityépi élletu dohíjkyá mítyane panéva núhneke.

Tsájcoojívaaa méwamyúpi úmíhé paíe pííca cáátsohíjkyánáa aahi lííjchurí tsínu llééhówatu iwájtýucúne nuhíjkyáhi. Áábé úníurívaaa ítyónúúbéwu ííícné úníutu pátsáríkyohíjkyá dííbyeke, aabévaa díllóhíjkyá ííná díbye núúneé, áábekévaa íjkyé paíe ‘júújújuú’, áñúcuhiíjkyaaábe. Áábéwuúvaaa íícuubéré bádsíwáhéjutu ííjchívyéne llééhówatu úcááveííhíkyáhi. Aanévaaa lííjchuríke tsaríwu néénéllíí neébe: “Íkyooca u úcááveebe íílleréjucu dííkyaco, muurá tsúúca tsínu o níjkevane llééhowa wátájcoóhi. Tsíííe íílletu u úcáávéhajchí ú wábyééveéhi”. Ehdúvaaa néébere ííúútá wábyécuhíjkyáhi. Aanévaaa ítyónúúbéwu lléébótuube tsíííe llééhówatu úcáávénaa tsúúca tsínu páneeréjucu llééhowa wátájcóneri ipájtyéróhulle úúveébe, áábekévaaa iújcúne méwá píímíítsó iwátyuácójpaaari tújúcoóbe, áábekévaaa doóbe. Áábekévaaa idyóóné boone ííhíe mājchotá ííñújíkyotu iújcúne kíjtyuube dííbyedu néébeke, áánemávaaa méwá ulléba úníutu ítyáábóne ííhíe píívyetétsoo báñéwari íbátsuhjácoobe tsúúca amóóberéjucu, áánemávaaa ácádsíjcaáyoobe áachívu.

Ahdu nééne, lííjchurívaaa ípívyéjtsóné íííjiva múúne íayané tehíwuúneri cúúvéwaúvú ííbówa néébeé. Áábeke kíjtyúmé mééméba wañéhjiri kejchójitu, dííbyedítýú mājtsívamére. Ehdúvaaa ítyónúúbeke idyóóné boone lííjchurí íjyáacunúhíjkyánáa tsúúca dííbyé táábamúpi wajtsíjucóó úmíhétu, aamúpívaaa íííécunú túhúhréjucu áachi ííhábéwu íjkyane. Tsáhaváa díbye diityépi éllewu ímííletú ípííhívéne. Áánéllíihyévaaa díllómúpi lííjchuríke: “éAca kíá múhpí nahbe, muúbe?” Áámúpíkévaaa áñújcuúbe: “Mu, áádi, étsii áachi íícuúbe”.

Áábekévaaa ípíúvahíjkyároné neemúpi lííjchuríke: “éAca íveekí tsáhájucu múhpíke díbye ímííletúne? Keenécó díbye pííhívéne. Muhdúhjáubáhané dííbyeke ú meenúhi”.



En seguida, Pucunero lo atrapó y cocinó en el ají de sus esposas y lo comió. Y para reemplazarlo, tomó un pedazo de la topa de sus alimentos y fabricó un pez semejante al que acababa de comerse, cuya cola pintó con el hollín del tiesto de sus mujeres. Finalmente, con el Tabaco de su Creación sopló en él aliento de vida, transformándolo en un nuevo pez, al que soltó fuera. Este pez creado por Pucunero es conocido como sabalillo, que únicamente habita las pequeñas quebradas de la selva, con la cola matizada de color oscuro. Durante las fiestas de la Chicha de Pijuayo lo representan tallándolo en el casco del invitado principal, celebrándolo con canciones alusivas a su creación.

Mientras las entrañas de Pucunero digerían la esencia de las carnes de su cuñado, sus esposas llegaban de la chacra, quienes notaron una actitud esquivada en el hermano menor, a quien hallaron fuera de la maloca sin querer acercarse a ellas. Entonces, preguntaron a Pucunero: “Oye, Pucunero ¿dónde está nuestro hermanito?”

“Ahí lo tienen jugando afuera” —contestó. Cansadas de tanto rogar las mujeres otra vez preguntaron a Pucunero: “¿Por qué nuestro humano se muestra renuente con nosotras y rehúsa nuestra compañía? ¿Qué has hecho con él?” “No lo sé —volvió a mentirles—. Les juro que no le hice ningún mal”.

En tanto continuaba la extraña persecución, una de ellas intentaba disponer su ají sobre su fogata para calentarlo, pero se percató que la sopa estaba sumamente grasosa. Inculcando al marido sobre el suceso, dijeron: “Pucunero, tú te comiste a nuestro hermano, porque encontramos su grasa en esta sopa ¡Qué no te vas a comer a nuestro hermano si te comiste a tu propia madre!

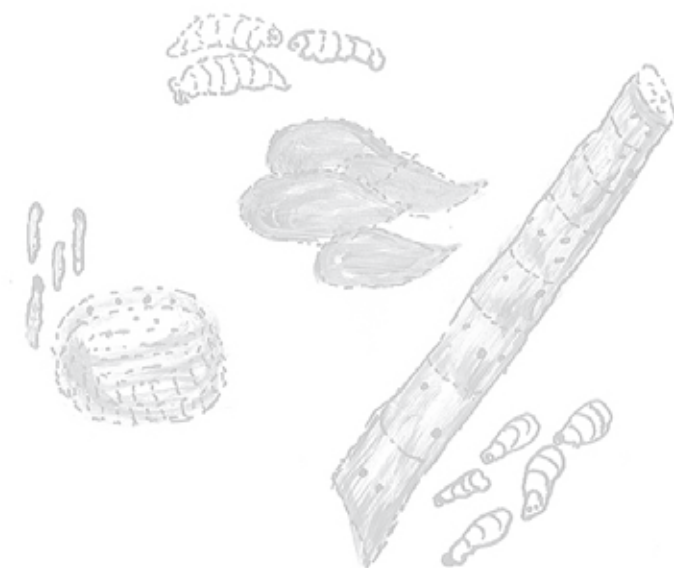
Desenmascarándolo, corrieron al fondo del lago y denunciaron ante su padre, la Anaconda de los Peces, la fechoría que Pucunero acababa de hacer. Muy enfadado con la noticia, el padre les propuso: “¿Qué tipo de hombre es aquel con el que ustedes se casaron? Tráiganlo para conocerlo; porque, ni bien se cosecha el fruto de mi pijuayo se hará una gran fiesta”.

En seguida, se fueron a tierra y trajeron consigo a Pucunero. Pero antes de sumergirlo le pusieron el poder de la inhalación del agua para que pueda respirar dentro del lago. Cuando llegó a la casa de la Anaconda de los Peces se sentó en su cocamera y se puso a dialogar amablemente con el suegro.

“Tsá o wáájácutúne –tóónuubévápeé–. Tsáhané muhdú dííbyeke o méénutúne”.

Áábekéváa tsiíñe píúvahíjkyáromúpi. Tsáhaváa dibye diityépíke ímilléjúcootúne. Dityépiváa píhívéronáa dsíñehíjkyabe diityépídityu. Áánáacáváa tsáápille ípimíhtsó iékéévéne íjkyujúwá allúvú wátyuácórónáa ìtécunú ípimíhtsó dúúruba íjkyane. Áánélliihyéváa díllomúpi: “Llíchú, úhjané muurá u dóó múhpí náhbeke. Íñe muurá dííbye dúúrú íjpá pañe. òná, díítsííjuváa íjkyárólle u dóóbe awáá íveekí múhpí náhbeke tsá u ítsáávéityúne”.

Ehdúváa dííbyeke iúhbáne dsíñnéjúcoomúpi cáání éllevu téhí pañévu, áábekéváa úúbálletémúpi Llíchuri diityépí náhbeke dóóneé. Áánélliihyéváa diityépíke neébe: “¿Muhdííwáábekéamí amuhpi me tájívaabe ímítyunéhjé dárívémei? Mé ujcúté o wáájácutúne; muurá íñe támyeeméhe néévá tsúuca tújpañe o ááhívétsóne lléváhréjuco ámejca o lléévátsoíñe”. Ahdújucóváa ipyééne újcújemúpi Llíchuriké móóá pañévu. Aamúpiváa nújpákyó pañévu ítsájtyétúné ihde dííbyeke ajcú íwaajácú allíjchuvu, dibyévéa nújpákyó pañe íállíjchuki. Aabéváa Nújpakyóóné Dóóráme Bóóá javu wájtsííbe ácuúveté íbáábé tavíhyejúvu, áánemáváa ihjyúvatéébé dííbyema.



## • EPISODIO X •

### LA VENGANZA DE LOS PECES

Una tarde, mientras despiojaba a sus esposas, Pucunero presumía de su colorido y espléndido logro, murmurando: “Sucedió hace mucho tiempo, ¿verdad? Sucedió hace mucho tiempo, ¿verdad?”

Intrigada una de ellas por la petulancia, dijo en sí: “¿Qué querrá decir con eso de, ‘Sucedió hace mucho tiempo, verdad?’” En tanto cavilaba sobre el significado de aquella confabulada presunción de Pucunero, la mujer alzó los ojos hacia el horizonte y vio un frondoso pijuayo con fecundos racimos muy maduros.

En seguida, las mujeres corrieron hacia lo profundo del lago y denunciaron el hecho ante su padre, diciendo: “¡Papá, papá! ¡Pucunero es quien robó la semilla de tu pijuayo! ¡Pues están maduros los racimos del pijuayo que sembró! ¡Vengan inmediatamente y hagan algo al respecto!”

En seguida, el ofidio vomitó las aguas de su corazón, las que inundaron las orillas del río hasta llegar al pie del pijuayo de Pucunero, vehículo que usaron muchos peces, entre los que se hallaban las lisas, provistos de lanzas puntiagudas; quienes excavaron al pijuayo desde sus raíces y se lo llevaron a lo profundo del río.

Después que los peces desaparecieron raudamente, Pucunero fue a ver el lugar en que estuvo su pijuayo y no halló más un pequeño bujurqui que revoloteaba desesperado en el suelo, con una partícula de raíz del pijuayo en la boca. Atrapándolo, muy enfadado, Pucunero le increpó, diciendo: “¿Eres tú uno de los que vinieron a llevarse mi pijuayo, acaso? ¡Infeliz! Ahora mismo te asaré y te comeré”.

Suplicando compasión, el bujurqui, propuso: “Te suplico que no lo hagas, Pucunero. Si me asas perderías una gran oportunidad. Siembra esta raicita, por si acaso; si no rebrota tendrás la potestad que comerme. Pero si crece y echa fruto, cuando lo coseches y te comas la pulpa, te ruego que me echés su afrecho en tu poza para comérmelo”.

Complacido con la sugerencia, Pucunero hospedó al singular mequetrefe dentro un pate y sembró aquella partícula de raíz dentro su chacra. Y de este insignificante corpúsculo retoñó un nuevo árbol de pijuayo. Entonces, como habían pactado, Pucunero llevó al bujurqui a un arroyo cercano y lo dejó en su poza favorita.

## • EPISODIO X •

### AMÓMÉ LLÍJCHURÍKÉ MÚNÁAJTSÓNE

Áaneréjucóvára dityépi núpákýó pañévú idsínéne cááníkye úúbáalleténe: “¡Llíhi, líhi! ¡Diibyéjucóhjáa Llíchuri dímyeeméhe néévá náníñe! ¡Tsúúca dibye néévátsohe tujpájucóóhií! ¡Cá, ícúí me tsááne muhdú me méénu!”

Áanéllíihyévára Dóórame Bóóá íííbúú nupákýó illímúthjáconeri núpabya tsáa Llíchuri meeméhé líííhévújuco. Áanerívané tsaate amómeke dibye ójtsívacóónevu ájcuméhí mímíma Llíchuri já tujkévetu núpabyari péeme tébajkyéjitu mééméheke díváríjkyóneri túrúúvehe tsajtyémé téhí déjucóvu.


Aamévára ícúíye péííúné boone Llíchuri ímyeeméhevára íkyahíjkyá ájtsí úújetéébé átyúmité doojóbáwu, dityévára úújeíñuube, cátsíñíbahíjkyáné méméhé bájkýé tsáaráwúú díbeúcunu. Áábekévára ityábejcaróóbeke úhbaábe: “Ámuháhjiréjucóha eene támyeeméhé óhditu me újcujéne. ¡Néhníhívaabe, níñécunu uke o wáhjáne o dóóííbye!”

Áábekévára doojóbáwu néehíí: “Tsáha, Llíchuri, okéi wáhjadíñe. Cána óvíjyuco íñéhwu cámahlláro; úumáca tene píívyétúhajchíí botsíí oke wahja. Áánetu tene úuma píívyéhajchíí, tehe néévácooca ipáhé u újcúne téwaahyéjivu díhmujcóééba pañe o íjkyáábeke oke dáácújehíjkyaco”.

Ahdújucóvára dóótówá pañévú Llíchuri dííbyeke ipíkyóóne tétsaara cámahllároné íumíhé pañétu, áánéwútúvané tsííñe méémehe ííñéjucóóhií, áanéllíihyévára doojóbake Llíchuri íhmujcóééba pañévú píkyohjéhi.

Téhdurévára dyéhpíyiba, mééméhé níjcau wájayavára íjkyaaabe, Llíchuri meeméhé juuhóné pañe íkyóvahíjkyaaabe, dóórame méémehe tsátyéjucóónéllíí tééhé avyábá íhwájiri itábahjyúcúne wáámenéhi. Aanévára Llíchuríké dibye ájcune téhdure bájtsoóbe. Aahévára méémehe íkyóhodu kéémehe neevá lííikyába, lííjkyábeúvú dyéhpíyiba néébe pájtyetétsohe.

Aanévára tsííñe meeme kéémevéné néévane Llíchuri táábamúpí íájtyúmíne idyé cááníkye úúbáalletéjucóóhií. Áané allúrivára ícúí Llíchuri dííbyekévára amómé illííhyánu íbooráyutu áámúné tsaarájí újcúne apíchówu mééméheke tohjánúhi. Ááhe újcuúvára amómé tsííñe núpabyari tsáárome tsáhájucó píívyetétú muhdú itsájtyene, tohjáháñemávára méémehe íjkyánéllííhye.



Muy aparte, también sembró el cogollo de pijuayo que el pájaro víctordíaz, que anidaba entre sus hojas, quien fungía como el felino guardián del pijuayo, salvó con su pico cuando vio que los peces se llevaban el pijuayo de Pucunero. Y del cogollo salvado por el valeroso víctordíaz se propagó el pijuayo color amarillo, en honor al color del ave que lo salvó.

Cuando las esposas de Pucunero vieron que el pijuayo echaba frutos, por segunda vez, corrieron para informar a su padre sobre los nuevos retoños de pijuayo. Mientras tanto, Pucunero transformó el tallo de su pijuayo incrustándole las astas con que los peces intentaron lastimar su tobillo. Cuando los peces vinieron a llevar el pijuayo, mediante una nueva riada, no pudieron cargarlo, porque ahora estaba recubierto de peligrosas y puntiagudas espinas.

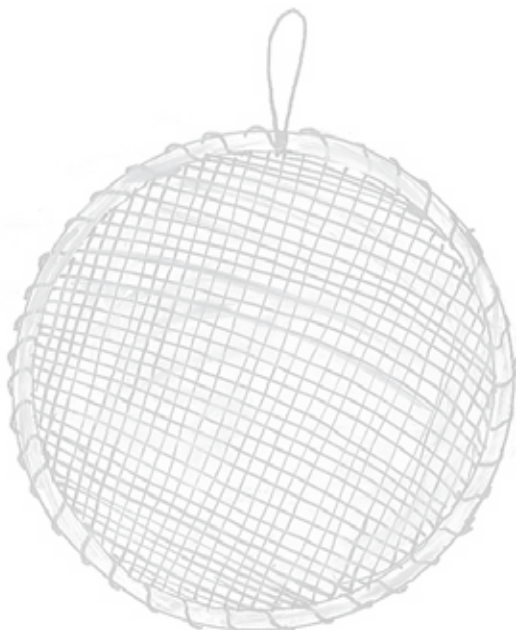
Antes de las variaciones hechas por Pucunero, el pijuayo no tenía espinos. Solo tuvo espinos desde que Pucunero hizo cambios al pijuayo que robó a la Anaconda de los Peces de las Aguas, el cual era su propio corazón.

Desde entonces el bora tiene por costumbre dejar el desecho del pijuayo en los recodos de los arroyos para alimentar al bujurqui que ayudó a Pucunero en el rescate y recuperación del pijuayo.



Llíchuríwáa mééméheke tóhjánútúné ihde tsá meeme téjtóhjíma íjkyatúne; ihdyúwáa Nújpakyóóné Dooráme Bóóá #búú meeméhé iñáníñe téjtohjí dibye píkyótsihvu botsíyái mémehééné tohjáwáhi.

Ahdu nétsihvu íkyoocápíi doojóbbaváa pátsaarátú Llíchuríké píáábóneri meeme māmúnáama íjkyáne áhdó múúne éébújehíjkyámé méméhó waahyénetu mújcóéébbá pañe íjkyáábeke, áánetu méémébá wañéhjiri múhdumé meeme óóvémeke kijtyúme.



• EPISODIO XI •


PUCUNERO CONSIGUE EL PIJUAYO DE LA  
ANACONDA DE LOS PECES





• EPISODIO XI •

**DÓÓRÁME BÓÓÁ MEEMÉHÉ LLÍJCHUR† ÚJCUNE**



Una tarde, mientras la lesión de Pucunero, causada por la Raya del Lobo Marini, iba sanando, los peces se pusieron a jugar fútbol en el patio de la maloca. Y para disfrutar del atractivo e inédito pasatiempo, Pucunero se arrastró con sumo cuidado hasta la puerta principal de la maloca y se sentó en un rincón para observar el juego.

Mientras jugaban, lanzando pelotazos de rodilla, los peces comenzaron a ironizar la lesión de Pucunero, diciendo: “¡Lancen la pelota hacia la rodilla de Sol del Medio Mundo! ¡Lancen la pelota hacia la rodilla de Sol del Medio Mundo!” (Este es el origen de las lesiones durante las prácticas del fútbol).

Cuando la Anaconda de los Peces de las Aguas vio aquella peligrosa escena, les regañó, diciendo: “Oigan, ¿qué hacen burlándose de aquel misterioso ser? ¡Paren, por favor! No vaya a ser que les haga algún daño”. No obstante, los empecinados peces siguieron jugando y fastidiando a Pucunero

Justo en ese instante florecía un frondoso pijuayo en el borde del patio de la maloca de Anaconda de los Peces, el cual era su mismo corazón, cuyos magníficos racimos estaban muy maduros. Y como los peces se empecinaban en su osadía, Pucunero comenzó a meditar en sus poderes mágicos, diciendo: “Cortará el racimo con la cabeza del lobo marino del sur; le cortará con el filo del hacha del sur”.

Como los peces continuaban ridiculizándolo, y lanzando la pelota hacia él, Pucunero tomó mucho coraje y pegó un fuerte rodillazo a la pelota, la cual se elevó y chocó fuertemente en los racimos del pijuayo, cuyos frutos se desgajaron y cayeron al suelo, quedando esparcidos por doquier, donde muchos frutos resultaron fragmentados hasta esparcir sus semillas por el suelo. Y de los frutos esparcidos una semilla, afortunadamente, cayó al alcance de Pucunero, el cual pisó para asegurar su consecución (dando origen a los abscesos que aparecerían en los tobillos de los seres humanos).

Cuando la Anaconda de los Peces vio que el fruto de su poderoso pijuayo yacía por los suelos, regañó a sus súbditos: “¿A quiénes dije que aquél era un ser misterioso, poseedor de poderes mágicos? ¡Procuren juntar rápido el pijuayo! ¡No vaya a ser que se lleve la semilla! Inmediatamente, los peces se pusieron a unir cada pijuayo con su respectiva semilla.

Aanéwáa dóórame Újco Bájima Llíchuríké núúone ihsútájuco bóhínáa tsájcúuwe dóórame ícújucóó ihjá llahtsiri íjpíhéuri. Aanéwáa imíwu ícúnéllí choocówu llééhowávú peebe diityéké ífteki, áanemávaa ácuúvetéébé llééhowá úniúvu.

Aanéwáa íjpíhéuri ícume mihmoméré tsúúca Llíchurídí uuhívatéjucóó, dílbyejcúbaváa ávyene iwáájácúnema. Aanéwáa: “íPíne Núhbá mímocóóváábé tujkévetu mé mihmócu! íPíne Núhbá mímocóóváábé tujkévetu mé mihmócu!” –néémere dílbyé tujkévetu tsáijyútsáhjí mihmócu híjkyá íjpíhe (íchihdy teene íjpíhéuri ícume wáíháávyehíjkyáííé déjucu).


Aanéwáa Dóórame Bóóá iáptyúmíne diityéké uhbáhi: “íMuhdúami íváábedi ámuha mé uuhívate! íÁmúhakye tsíeméné méénúdílbye!” Áronáacávaa dóórame dílbyeke lléébotúmé ícuméré pátsárijkyó Llíchuríke.

Áanáacávaa téijyu llahtsí njcáutu Dóórame Bóóá meeméhé, dílbyé ííbuúvaa íjkyane, ávyeta néevahe tújpáñecoba naaméhi. Aanéwáa dóórame íjpíhéuri ícume dílbyedi tsúúráméííéllí Llíchuri: “Ááméju újcó níwáuri dítsahjyúcúlléílbye; ááméjú uwáájí ihjyúrí wátsahjyúcúlléílbye” –mamávýejucóó dóóramé meeméhe néévá iwátsahjyúcuki.

Aanéwáa amómé tsiíne dílbyedi úuhívatéméré íjpíhe dílbyé tujkévetu mihmócuu íjkyátsívyéne mihmócuube méméhé íjkyónetu baavújucu páneere waacawaca; tsúúca Nújpakyóóné Dooráme Bóóá méeme wátsahjyucuúbe. Aanéwáa meeme áákityéné wáchájáávénetu tsáne pañévu Llíchuri líííéwú cahcújtsó áákityéú ícúí túvaábe (tétsihdy teene ooríba mímúnáa booráyú déjucotu íjkyaiíne).

Aanéwáa ímyeeméhe néévá baari wájuryatúné wáchájaavéne iáptyúmíne Dóórame Bóóá íkyuwáábeke uhbájucóóhi: “íMuuráhané muutékerá amúhakye: ‘pañécóvaábe’, ó neeráhi! íívéébeke íhdíkyáábekéjí ámuha me pátsárijkyoobe tsáma támyeeméhé pañévu újcudííne! ííícuí mé píhkyuco!”

Áánéllíihyévaa amómé ícúí ípíhkyune úmuhcójucóó páneere meeme ípañévuúnemájucu, áronáacávaa tsau tsá ípañévauma íjkyatúne. Aanéwáa: “Ámuúha, ¿kiá íu pañévu? Étsíhjí ícúí me néhco” –ídlíócatsííne Llíchuri tujkévetu péeme dílbyeke díllotéhi: “Úubá, líjchu, ú ujcúhi”.



Sin embargo, les faltó hallar una semilla. Entonces, se dijeron: “Hermanos, ¿dónde estará la semilla de este pijuayo? Busquen por ahí, por favor”.

Mientras dialogaba con el suegro la semilla comenzó a quemarle el tobillo, por lo que la escondió bajo su rodilla. Sin embargo, la semilla siguió quemándole; entonces, la escondió en el anca (dando origen a los dolores de la cadera). Como la semilla siguió quemándolo, la subió a una de sus axilas (dando origen a la neuropatía axilar en los seres humanos). Como la semilla continuó causándole quemaduras, la escondió en su cuello (dando origen al cáncer a los ganglios).

Como no hallaban la semilla, los peces se dirigieron hasta Pucunero, inculpándolo por el robo, a quien atraparon y rebuscaron en todo su cuerpo, sin éxito, mientras éste se tragaba la semilla de pijuayo. Desde entonces el recompuesto fruto de pijuayo, que los peces unieron sin semilla, se le conoce con el nombre pijuayo capón.

Cuando la semilla atragantada por Pucunero hizo estragos en su estómago, causándole gran disentería (lo cual es el origen del cáncer estomacal en los seres humanos), salió a su casa, a tierra firme, donde enfermó con gran infección estomacal, lo cual le obligaba defecar a cada instante dentro su chacra. Y viendo que los manacaracos se comían sus heces, los instruyó acerca de la semilla, diciendo: “Amigos míos, haré mi necesidad en este lugar. Y mientras van comiendo mis heces encontrarán la semilla de Pijuayo, que es el corazón de la Anaconda de los Peces, la que dejarán ahí mismo. Cuando germine, y vean brotar sus hojas, me harán saber inmediatamente”. Como convinieron, las chachalacas comieron las heces de Pucunero y abandonaron allí mismo la semilla de pijuayo. Cuando germinó la plántula de la semilla los pájaros alertaron el brote a Pucunero, silbando: “Fiuu, fiuu”. Y cuando vieron que el pijuayo echaba sus primeras hojas revelaron el desarrollo, cantando: “¡El brote del pijuayo echó hojas, echó hojas! ¡El brote del pijuayo echó hojas, echó hojas!”

Escuchada la alerta, Pucunero se dirigió a su chacra y vio que la semilla de pijuayo que sustrajo a los peces crecía espléndida, lo cual llenó de mucho orgullo su corazón, pensando que hizo bien para el beneficio de toda la humanidad. Cansadas de tanto esperar, sus esposas fueron a tierra para encontrarse con Pucunero, con quien estuvieron viviendo en su casa por largo tiempo, en tanto el pijuayo crecía y echaba sus primeros frutos.



Aabévaa íbáábema íhgyúvánaa tsúuca teeu pañévau dííbyé booráyú áíúcúnéllíí píkoyoobe ímímócó lliiñévu. Aaúvaa tétsii dííbyeke áíúcúnéllíí ícuhtsúú pañévú píkoyoóbe (tétsihdyu píñeju míamúnáake íjkyaiñe). Aaúvaa tétsii dííbyeke áíúcúnéllíí ícápihyéjú pañévú píkoyoóbe (tétsihdyu pábeeho míamúnáake íjkyaiñe). Aaúvaa tétsii dííbyeke áíúcúnéllíí íkyéjtúhí pañévú píkoyoóbe (tétsihdyu míamúnáá kéjtuhi óórivatéiñe).

Áánemávaa amómé dííbyeke pahúlleva iñéhcóróne dííbyé ihjyu néhcóíñéllíí téhulle íjkyau áádi mehdúcújucóóhií, áané boonévaa íhgyúhañe néhcorómé tsá ñná ájtyúmitúne. Aaúvá múúne méémeu ípañéváumávaa íjkyátuu amómé úmuhjácou óóñájju.

Ánéhjí boonévaa tsúuca méémeu Llíchuri kemájchóú pañe chócóóvéneri tsúuca námedíjkyoháñé dííbyeke tsájucóóhií (tétsihdyu míamúnáá íhbámú óórivatéiñe). Áánéllíihyévaa péjucóobe áachívu íhgyáwá allúvu. Aabévaa tsúuca námedíjkyori chémeebe íúmíhépíñévu náméjehíjkyáhi. Aanévaa dííbye námé daahínémú íhdéejte wahtyáramú dóónéllíí neébe: “Ámuúha, íchíhvu ó námeéhi, aane tañámé ámuha me dóóné pañe dóórámé ñbúú meemehe neévá pañévau maájtyúmíhi, aaú tétsihvúré mé píkoyoiñuco. Aaú tsúuca ííñécooca, téhaamíjí wátsáraavéné ámuha maájtyúmícooca oke mé úúballeéhi”.

Ahdújucóvaa wahtyáramú Llíchuri námé idyóóne tétsihvúré píkoyoiñú mééméhé pañévau. Aamévaa pañévau cávuíivyné íájtyúmíne: “vóíí, vóíí”, dííbyeke úúballéhi; átsihdyúvaa kéémehe téhaamíjí wátsáraavéné íájtyúmíne májtsívaméré Llíchuriké úúballéhi: “¡Meemehe neéváné wátsaráco, wátsaráco! ¡Meemehe neéváné wátsaráco, wátsaráco!”

Aanévaa wahtyáramú májtsívané Llíchuri illéébóne úújetéébé ájtyúmíté tsúuca dóórámekée méémehe íñáñihye ñné imíjyaú ííñéjucóóne, áánerívaa mítyane ímíjyúúveebe tsúuca míamúnáama meeme íjkyáneri. Áábekévaa méwamyúpi téhí déjúcotu ityéhmeíjkyároné tsájucóó dííbye éllevu áachívu. Aamévaa íhgyári tsúúcajájuco íkyahíjkyánáa méémehe kéémévehe neevájucóóhií.

Aanévaa imíwu imyéémé íjkyane íájtyúmíne tsájcuuve diityépi wáánikye dódíjkyoobéré: “A íhdyúhacápe éhne tsúúcajájuco; a íhdyúhacápe éhne tsúúcajájuco” –nehíjkyáhi. Ehdúvaa Llíchuri mítyájkímeyíbyéré íhgyúvákímeyíhíjkyánéllíí tsáápille: “Aca ñná áánu, ‘A íhdyúhacápe éhne tsúúcajájuco’, nehíjkyáhi” –nééllere tééneri íjtsámeílléré cáámevu ítécunúllé ájtyumí méémehe ávyeta neévahe imíwu tújpañe.

## • EPISODIO XII •

### VENGANZA DE PUCUNERO CONTRA LOS PECES

Muy a pesar de aquellos acontecimientos Pucunero tuvo la intención de devolver a la Anaconda de los Peces el pijuayo con espinos que una vez obtuvo furtivamente en favor de los seres humanos. Sin embargo, el ofidio rechazó el nuevo pijuayo y lo dejó en la orilla, transformándolo en chontilla, cuya población siempre está sobre los lagos.

Viendo que la Anaconda de los Peces de las Aguas había rechazado su propio pijuayo, Pucunero celebró una fiesta, para ablandar su corazón; pero, una vez más, la boa rechazó su propuesta, enviando a la fiesta de la Chicha de Pijuayo enmascarados de todo animal que se alimenta del pijuayo, esquivando las intenciones de Pucunero.

Fracasado el primer plan de venganza, Pucunero se puso a urdir otro plan contra los peces que le habían causado tanto sufrimiento. Y estando con sus suegros, en las profundidades del lago, iba tejiendo una red de pesca, ante quien se presentó la Raya del Lobo Marino, pez cuya picadura lo enfermó mucho, quien le dijo: “Pucunero, ¿qué es aquella cosa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la bocana de los arroyos?”

“Es la trampa tapaje” –contestó, fingidamente, Pucunero.

“No, Pucunero –contradijo la raya–. Pues, no me cuesta eludirla. Te pregunto acerca de aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos”.

“Es la trampa de cangrejos” –volvía a esquivar Pucunero.

“Esa no es, Pucunero –otra vez decía–. Pues, no me cuesta esquivarla. Me refiero a aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos”.

“Será la nasa” –contestaba nuevamente.

“Pues, no, señor. Porque la puedo evadir fácilmente. Me refiero a aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos” –siguió preguntando la raya.

Al no tener más argumentos para seguir eludiéndolo, Pucunero, finalmente, le confesó:

“Quizá sea la trampa red de cortina”.

“¡Esa es, Pucunero! –confesó la vehemente la raya – ¡Esa trampa sí me causa mucho temor!”

Descubierto el temor de aquel pez contra quien quería tomar represalias, Pucunero,



## • EPISODIO XII •

### LLÍJCHURÍ DÓÓRÁMEKE MÚNÁAJTSÓNE

Áronáacávaa, ihdyu, Dóóráme Bóóake Llíjchurí óómíchorá ímyeeméhevu, téjtóhjiima íjkyahévu, míamúnáá wáabyutávaa tsájcooji iújcuhe. Aahévaa téjtóhjiima íjkyahé icátúhtsóné íjchivu dibye wááohé píívyeté pétsoméémévu, únemúúné allúrí íjkyanévu.

Ehdúvaa Nújpakyóóné Dooráme Bóóá Llíjchurí méémé cátútsónéllíí dííbyedíú tsiíñe bañéjúúvaabe dííbyeke óvíjyuco ímyeeméhevu ióómíchóroki, áanéllíihyévaa páábé iáábé meeme óóvémeke míñútsóobe ditye teene ióóvetéki. Áromévané Llíjchurí meméhe néévá áwáñéllíí méémébá wañéhjivu Nújpakyóóné Dooráme Bóóá uubámyénutsó mahnímuke, diityéjucu íame, Llíjchurívaa iñééroki.

Aanévaa amómé Llíjchurí bañéjú cátúhtsónéllíí íjtsámeííbyé muhdú diityéké ióómíchoíñé dííbyekévaa ichémétsóné ditye ícúbáhrané allútu. Áanáacávaa íbáábémuma nújpákýó pañe íjkyabe tsínu núhíjkyáábé úníuvu, dííbyekévaa chémétsoobe, bají itsááne dillóhi: “Llíjchu, ¿aca ñná éhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone ñnáhaja?”

“Mu, pákyeeju” –añújuubévaa wáájácúroobe.

“Tsáha, Llíjchu –nehíjkyaabévapeé–. Ároné úníutu múúne ó nócoríwaavéhi. ¿Éhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone ñnáhaja?”

“Íhya, ááruco” –añújuubévaa tsiíñe.


“Tsáha, Llíjchu –nehíjkyaabévapeé–. Ároné úníutu múúne ó nócoríwaavéhi. ¿Éhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone ñnáhaja?”

“Íhya, ááruba” –tsiíñévaa añújuúbe.

“Tsáha. Ároné úníutu múúne ó nócoríwaavéhi. ¿Éhne téhí aaméjutu páyaahówuújí, áyáyááhówuújí ditye píkyoone ñnáhaja?” –tsiíñévaa díllóhíjkyáabe. Ehdúvaa Llíjchurí wáájácúroobe panévare amóme dáhpé évédójcóné njícauvu neébe: “Íhya, ¿cáji”.

“¡Éée, Llíjchu! –neebévapeé– ¡Teene, ihdyu, lliyáané o íllíñe!”

Aanévaa iwáájácúne, ímichi dííbyeke illííhyánuíñé íjtsóné, ¿cúi tsáné ¿cáji nuúbe. Áánemávaa tsahi íayáhí njikétú ióóvetá niimúhé néévátsoóbe, aahévaa téhí allúturé náámene dojco nújpákýó pañévu. Áánemávaa tsiíñe íbáábe éllevu manúbáávaabe tsííñé améjca. Aanévané niimu amómé chihjúí íjkyanévú Nújpakyóóné Dooráme Bóóá wallójucóó páábé amóóbeke, dityévané teene ióóveki: “Wa me péene Llíjchurí ¿cúvé niimúhe néévatu mééma mé ujcúte” –néébere.



inmediatamente, tejó una trampa de cortinas e hizo fructificar el umarí de sus alimentos en el nacimiento de un pequeño arroyo, cuyos frutos comenzaron a madurar y caer dentro del agua. A continuación, le envió a su suegro un nuevo ampiri de invitación a una nueva fiesta. Como el umarí era el alimento predilecto de los peces, la Anaconda de los Peces de las Aguas vomitó una nueva creciente de aguas de su corazón y envió a todo pez a alimentarse del umarí, a quienes encomendó, diciendo: “Vayan y traigan el umarí de los alimentos de Pucunero”. Para estar seguro de que todos los peces hayan entrado a disfrutar el umarí, Pucunero puso como vigía al pez shitari, a quien encargó, diciendo: “Amigo, cuando veas que todos los peces hayan entrado, junto a la raya, me harás saber golpeando el agua para tender mi red en la bocana del riachuelo”.

Concertado el acuerdo, el pez shitari se dispuso vigilante debajo de un palo incrustado en la bocana de la quebrada. Cuando el vigía vio que todos los peces entraron al arroyo, junto a la raya, a disfrutar los frutos del umarí de los alimentos de Pucunero, alertó el hecho golpeando el agua con la cola. Cuando los peces oyeron el estridente sonido, preguntaron al shitari: “Amigo, ¿qué significa ese sonido?” Entonces, el vigía, contestó: “No es nada, amigos. Solo golpeo mi pecho para confirmar mi valentía”.

Escuchada la alerta del shitari, Pucunero fue y tendió la trampa en la misma entrada de la quebrada, para impedir la fuga de algún pez. En seguida, dio órdenes a su sol veraniego para que en un instante secara el arroyo. Entonces, por mandato del sol, el arroyo comenzó a decrecer, cuyas aguas envenenó con barbasco, matando a todos los peces que allí se hallaban. Sin embargo, no vio morir a la raya, quien era la principal meta de venganza.

Muy aparte, un pequeño bagrecito viendo que Pucunero disponía su trampa, trató de eludir la trampa, pero no pudo conseguirlo. Entonces, suplicó por ayuda al pez lucio, diciendo: “Señor cachorro, te ofrezco casarte con mamá si me salvas de esta trampa”. Deslumbrado con el excéntrico ofrecimiento, el pez lucio lo dispuso sobre sus hombros y juntos saltaron la trampa alcanzando el lado opuesto. Una vez en libertad el bagrecito se mofó de la insensatez del pez lucio, diciendo: “Lo del matrimonio con mi mamá era solo una mentira, amigo, jajaja...” Cuando Pucunero terminó de comer a todos los peces que mató con el barbasco, comenzó a reconstruirlos usando la corteza de la topa de sus alimentos. Una vez rehechos,

Aanévané tsiíñe Dóórame Bóóá íííbúú nujpákýó íllímútuuhjácóneri nújpabya íjkyáneri amómé níímu lléénevu úcaavéjucóó tééhiyi.

Aanéváa pámeere amómé bajímájuco téhí aaméjutu úcaavéné iwáájácu Llíchuri baacóhéikye nééhií: “Muúbe, pámeeréjuco dóórame úcaavéné u ájtyúmícooca oke ú úúbálleé nújpakyo u wádóójcóneri, táíicájí o tállúriáco ááméjutu”. Ahdújucóváa baacóhei pílluuvéné úménébá lliiñévu téhí aaméjutu. Aabévaa pámeeréjuco amómé bajímájuco Llíchuri óóvetá niimúhe nééva óóveu úcaavéné iájtyúmíne úúballéjucóó nújpakyo ílbówari iwádóójcóneri. Aanéváa illéébóne amómé baacóhéikye dillóhi: “¿Aca íiná, muube, ihjyúváhi?” Áánélliihyévaa diityéké neébe: “Tsáhaá. Tájpíujíré ó íllaáyó íhtsútuube o íjkyane o úújétsoki”.


Ahdújucóváa Llíchuri baacóhei úúballéné illéébóne íicájí téhí aaméjutu tállúriácojéné múúbéubará iúmívátuki. Áánemávaa ípijkyáne núhbake dibye níwááveebe ícúi teehi áraúcúhi. Ahdújucóvané nuhba teehi ícúiye áraúcúhi mújcuri iújcúneri wakyújucoóbe, áánerivané páábé amóóbé dsíjivéhi; áronáacávaa tsá bají dsíjivetú, ímichívaa dííbyeke illííhyanúné dibye imílleébe.

Aanéváa Llíchuri mííllene iájtyúmíne tyuupíú úmívároobe tsá píívyetétú mihlléwá ipájtyene. Áánélliihyévaa núúnuke neébe: “Oke, nunu, pajtyéchóo, waháyokévá u tyábávaki”. Ahdújucóváa nuunu dííbyéjtsíijúké ityáábávaíñé dibye nééne ícáhcújtsóne íhyallúvú ipíkyóóbema ícaji cátsííniivyé éhnéjcuuvújuco. Aabévaa dibye pájtyétsoobe, ínéubará dííbyeke pállojcóné iájtyúmíne, núúnuke nééhií: “Ílluyévané, ihdyu, uke o állíñéyáa”.

Aamévaa amómeke íwakyújpári illííhyánúmeke Llíchuri idyóóne béhnétu kijtyú ihñé mājchotá íñújúíkyotu. Áánemávaa pámeekéré ícápáyoácóne catúnúííhyori oonóvaabe caatúnúwá allúvú, méwamyúpí ullébá úníutu. Áanéváa amómeke ikíjtyúné níjcauvu ácádsíjcaáyoobe diityéké nújpákýó pañévu tsiíñe óuuvératu. Aabévaa íwákimyéí íñíjkevádú wááoobe ícaatúnuwa amóóberéjuco, caatúnuwa némeííbye. Téhdurévaa ícaatúnuiíhyó wááoobe amóóberéjuco, chóómárikyo némeííbye.

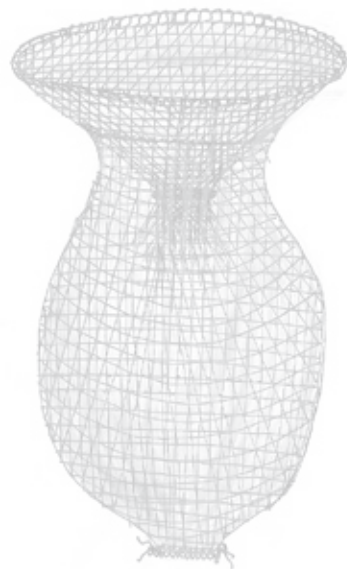
Ehdúvá nétsihvu íkyooca ánomu, cuhrímú, mácaamu, nijtya, téhdure tsíjtyehji amómé míamúnáake núúoróné tsáhájuco llííhyánutúne.

Aanéváa amómeke Llíchuri imúnáájtsóné pañe tsá Újco Bájiike llííhyánutú, ímichívaa dííbyeke ícúbáhráábeke.



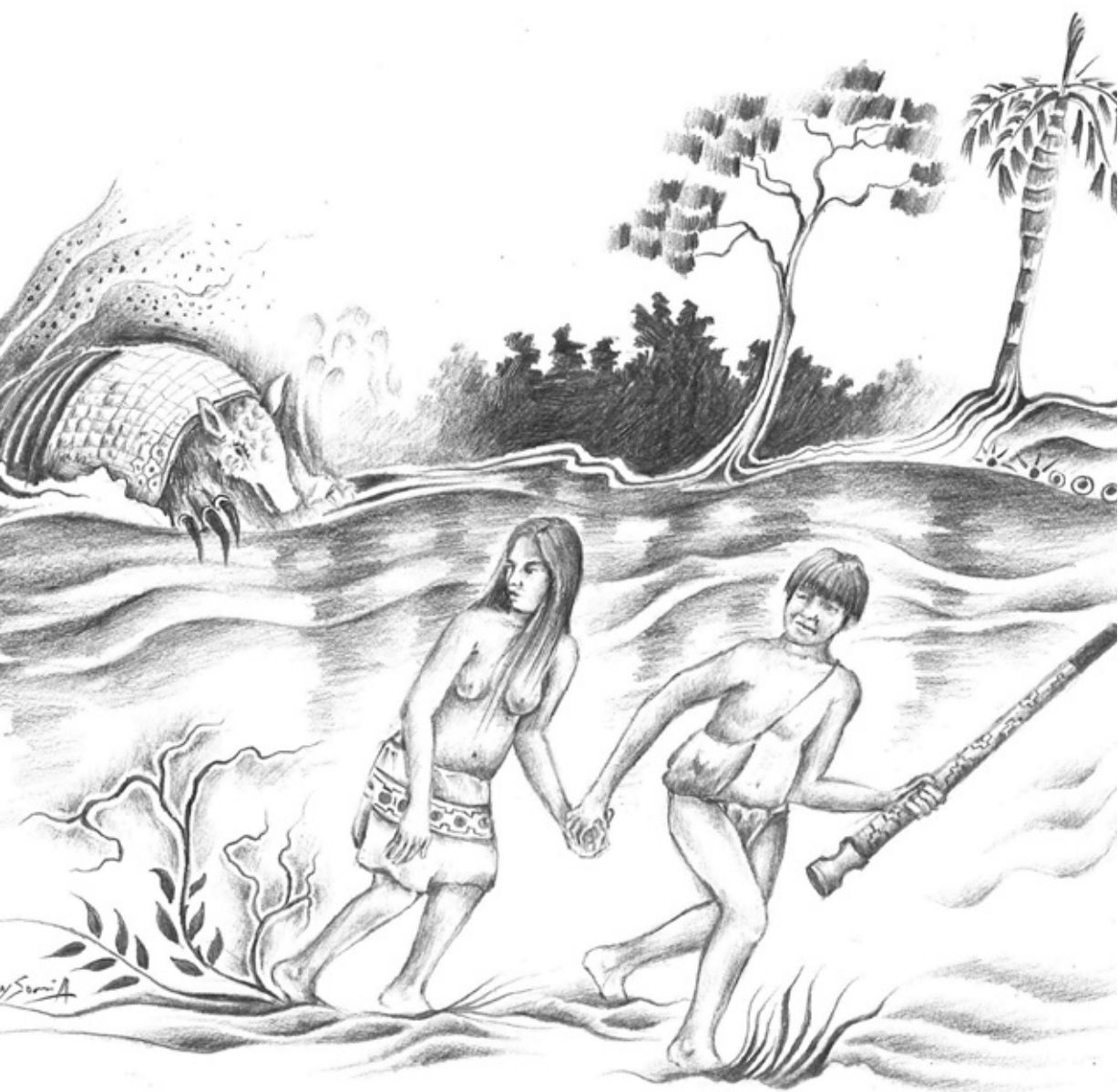
los dispuso sobre una pieza de madera, a manera de pizarra, y los coloreó con un pequeño palito con el carbón del tiesto de sus esposas. En seguida, los soltó en las aguas como un nuevo cardumen incesante. Concluida la obra echó su pizarra en las aguas, la cual se transformó en el pez leguía. También echó su delineador en las aguas, el cual se transformó en pez lapicero. Desde entonces las punzadas de los bagres, zúngaros, cunchimamas, y las mordeduras de pirañas, y otros peces con dientes filudos, nunca más volvieron a ser letales para el ser humano. A pesar de la venganza ejecutada contra todos los peces, Pucunero quedó insatisfecho al no conseguir tomar venganza contra su mayor verdugo, la Raya del Lobo Marino. No obstante, mientras iba revisando la cabecera del arroyo, cavilando sobre su posible huida, escuchó los pedidos de auxilio de alguna errabunda alma en medio de aquellos subrepticios mundos. Entonces, caminó cauteloso en dirección de los gritos y cruzó el arroyo a través de un montículo de arena y siguió buscando a su más vil oponente más allá del riachuelo. Mientras se empeñaba en la búsqueda oyó los gritos a su retaguardia, por lo que regresó y halló a la ufana raya que había quedado varada en una pequeña poza del arroyo, expirando los últimos hálitos de su vida, la misma que dejó pisoteando en la arena. “¡Excelente hallazgo! –Se reconfortó Pucunero– ¡Ahora sí tendré la oportunidad de vengarme contra mi escurridizo enemigo!” A continuación, habló con él, diciendo: “Infeliz, ¿por qué te empecinaste a luchar conmigo? Ahora dime, ¿dónde está tu corazón?” “Aquí lo tienes –contestó con desparpajo la ufana raya–. Pues, no es costumbre mía ser embaucador como tú” Entonces, Pucunero improvisó una aguda saeta con el tallo de palmiche y la clavó en el mismo corazón de la raya, lo cual sonó, ‘cheñe’. Muerto el adversario, lo desmembró con su puñal, lo cual sonó ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Luego, apareándolo en un capillejo, lo cargó a los hombros y caminó ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Una vez en casa cogió su nongo y lo cocinó, cuyo hervor sonó, ‘cheñeñeñe...’ Cocida la carne procedió a comérsela, cuya masticada sonó, ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Digerida la carne en sus intestinos procedió a defecarlo, lo cual sonó, ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Secretado el caldo por los riñones, lo orinó, ‘cheñeñeñe...’ Es decir, todo lo que hacía Pucunero chillaba, ‘cheñecheñe’, mientras su cuerpo realizaba el metabolismo de las carnes de la raya. Consumada la verdadera venganza Pucunero retomó su desenfrenado éxodo por los inverosímiles bosques.

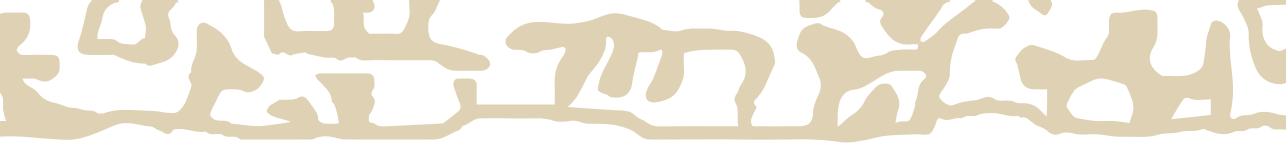
Ááneríváa mítyane íjtsámeííbyéré tééhí níjkéné cániójcoobéré péhíjkyánáa lleeúbucunuté tsaate: “Óóo, óóo”, –íhjúcunúhíjkyáne tétsíhíj váhrábááneri. Áánéllíihyéváa: “¿Aca múha íille íhjúcunúhíjkyáhi?” –íñééne chooco téhullévú péébe tééhíwu pajtyéíñú ímíwuúváa néwayúúhá íjkyátsihdyu. Aabéváa éhniíñehjì néhcórónáa idyējutérujo ditye: “Óóo, óóo”, íhjúcunúne. Áánéllíihyéváa tsiiñe téhullévú óómiibye ímíñeúvú néwayúúhané ityúvaíñúné ñteebe ájtyumí diibyējúcooróváhjáa néwáyuuhádu tééhíwúú pañe rapáhrápá áraavéne. “¡Áyu! ¡íchihvu, ihdyu, botsíi áánúke úmeco ó méénuúhi!” –némeííbyevápeécu. Áánemáváa neebe bajíke: “¿íveekíhyané úmeco oke ú méénuhíjkyáhi, muúbe? ¿Keeú dñíbuu?” “Mu, íu. Ujñíva ó tóónuúhi” –áñújcuubéváa dííbyeke íllítyuúbe. Áánemáváa cátújico íñáátsóneri ñbúutu Líjchurì aamú, ‘chéñe’. Aabéváa dsíjvéébeke kíhdyáhínuube, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Átsihdyúváa iwááhímúnúúbeke píchúcuíñuube ullé ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Ááhívu iwájtsítsóóbeke díbye túúne waané, ‘cheñeñeñe...’ Aabe tsúúca báábáábeke dóóbe dímajcóné íhjúvú, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Dííbyé ñbúwá pañévú áráávéebeke námeebe, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Téhduréváa tejpa díbye níhcone níjpaabye, ‘cheñeñeñe...’ Páneeréváa ñná díbye méénune bají tsíjpá dííbyéjpi pañe íjkyáné ajchótá íhjúvú cheñéchéñe. Ánéhíj boonéváa tsiiñe péjúcoobe, iúúpíyívyehíjkyádú, bájúháñe pañévu.



• EPISODIO XIII •


CREACIÓN DE RÍOS Y MARES A PARTIR DE UN  
GIGANTE MALIGNO





• EPISODIO XIII •

CHÍHTYAWÁYUDÍTYÚ LLÍJCHUR† MÓAÑE ÍPÍVYEJTSÓNE



Viajero errante por los montes, al borde de la inanición, un día Pucunero oyó que alguien arreglaba sachapapas tras lo enmarañado de la selva, vociferando: “¡Mi sachapapa, shack, shack, shack!” Muy entusiasmado con la presencia humana, se dijo: “¡Estupendo! Iré a él para que me invite su sachapapa; pues, ni se imagina que el hambre me mata”.

En seguida, caminó presuroso en esa dirección y halló allí un oso hormiguero, sentado sobre un enorme trozo de palo, quien limaba los callos de sus enormes patas al lado de una hoguera de palma para extraer sal silvestre. Acercándose, lo amonestó, diciendo: “Amigo, Oso, ¿qué haces acicalando tus patas mientras el hambre me mata? Atraído por tus ofrecimientos he venido hasta aquí para que me invites de tus viandas”.

“¡Caramba, amigo! –contestó riéndose el oso hormiguero–. Solo estoy acicalando los callos de mis patas”.

“Vamos, mentiroso, sigue acicalando tus patas que parecen sachapapas”–protestó el famélico Pucunero.

Entonces, el oso hormiguero, dijo: “¿Pucunero, en realidad quieres comer, acaso?”

“Claro que sí, amigo –contestó Pucunero–. Sería genial saborearme un riquísimo potaje; pues, el hambre no es aliado de nadie”.

“Entonces, apreciado Pucunero, vayamos a mi casa para que comas los ajíes de termitas de mis esposas” –vindicándose, el oso lo condujo hacia algún lugar de la selva.

Muy pronto, llegaron a la casa de su primera esposa, doña Lechecaspi (el árbol de lechecaspi era su esposa), a quien el oso ordenó, diciendo: “Señora Lechecaspi, Pucunero se muere de hambre. Disponga tus ajíes de termitas para que sacie su hambre”. Inmediatamente doña Lechecaspi sirvió su ají de termitas, el cual Pucunero se puso a comer con abundante casabe, cual bestia insaciable.

Concluido el almuerzo, retomaron la caminata hacia la casa de doña Copaiba (el árbol de copaiba también era su esposa). Entrando en ella, también ordenó: “Señora Copaiba, Pucunero se muere de hambre. Disponga tus ajíes de termitas para que sacie su hambre”. En seguida, doña Copaiba sirvió sus riquísimos ajíes de termitas, las que Pucunero se puso a comer con más calma.

Prosiguiendo la invitación, esta vez llegaron a casa de sus esposas doña Shiringa



Ihdyúvára tsiiñe bájuháñeri ájyábaúvuma Llíchuri péhíjkaabe tsáijyu llééboté tsaate tétsíhji pañe: “¡Tácutíuu, tsóri, tsóri, tsóri!”; cúniiu bótsórohcohíjkyáne. Aanévaa illéébóne: “¡íkyaj! –némeíbye–. Áadí éllétúha cúnítyu ó májchóteéhi; ávyeta ó ajyábáávatéhi”.

Ehdúvaa néébere diityé tujkévetu péjucóohíi, aabévaa úújeté ñjudívu, úménébácóbá allúrivaa ume iáñúne únuri íjkaabe íjtyúhaañe bótsórohcohíjkyáábedívu. Áábekévaa neébe: “¡ju, ájyábaúvuma o íjkyánáa cúniiu ú bótsórohcohíjkyáhi, bóho? Áánéllií o tsáa diélletu o májchoki; muurá ávyeta ó ajyábáávatéhi”.

“¡Tsáha, muúbe! –añújcubévaa goócoobéré ñju–. Tájtyúhaañéré, ihdyu, ó bótsórohcohíjkyáhi”.

Áánélliihyévaa Llíchuri néehíi: “Allímúnáajpi ñná díjtyúhaañe ú bótsórohcohíjkyáhi”.

“¿Aca, Llíchui, ú májchóiyáhi?” – dílloobévaa ñju.

“Muhdú, éé –añújcubévaa Llíchuri –. Ihdyu, ó májchóiyáhi; ávyeta ó ajyábáávatéhi”.

“Ané, Llíchui, májo íllevu átyáábámú úwaajímubáánetu u májchoki” –iñéénemávaa ñju tsajtyéjucóo dííbyeke bájuháñeri.


Aamútsivaa péémutsi tujkénú úújeté Mutsújídívu (múútsuhévaa dííbye taába). Áállekévaa ñju néehíi: “Mútsu, Llíchurívá ajyábáávatéhi. Díúwaajímubááané paaro díbye imájchoki”. Ahdújucóvaa Mutsúji úwaajímubááané páarone Llíchuri íijkyátútsíhji mááhóri ñró, ájyábaúvuma íjkaábe.

Aanévaa Llíchuri imájchone níjkevádú péémutsi úújeté tsíjpille ñjú taaba Utsójidívu (úútsó uumúhevaa dííbye taába), áállekévaa idyé neébe: “Útso, Utsóji, Llíchurívá ajyábáávatéhi. Díúwaajímubááané paaro díbye imájchoki”. Ahdújucóvaa idyé Utsóji úwaajímubááané páarone Llíchuri choocóréjucu ñrone.

Átsihdyúvaa péémutsi úújeté méwamyupí Makíji, Tsawáji íjkyámupídívu (máákíñikyóvaa tsáwamyujkémá dííbye táábamupí), áámúpikévaa téhdure neébe: “Máki, Tsáwa, Llíchurívá ajyábáávatéhi. Ámúhpi úwaajímubááané me páaro díbye imájchoki”.

Aanévaa díbye májchónéhi boone, tsúúca tene íjyunúnéllií, ñju dííbyeke néehíi: “Llíchui, ílluréjucu íllevu tavíhyejúvú dicha táníjuréjucu me píhaki, ááne mé ihjyúvájcatsíhi”.

Áronáacávaa Llíchuri áñujcúhi: “Tsáhaá, tsá o ímíllétúne. Néhníhívane ñná ñjú níjú ó píhjaá, tsanééré úwaajímú namécóóné íjkyane”.



y doña Estoraque (los árboles de estoraque y shiringa eran sus esposas). A ellas, también, ordenó: “Señora Shiringa, señora Estoraque, mi amigo Pucunero se muere de hambre; dispongan sus ajíes de termitas para que sacie su hambre”.

Concluida la cena, y entrada la noche, el oso hormiguero dijo a su invitado: “Estimado Pucunero, ahora te invito a probar mi ampiri, mientras dialogamos algunos asuntos”.

Sin embargo, Pucunero rechazó la invitación, diciendo: “No quiero, amigo. ¿Cómo crees que voy a lamer el ampiri del oso hormiguero hecho en base de heces de termitas?”

“No digas eso, Pucunero –insistió el oso–. Pruébalo un poquito siquiera con la punta roma de tu lengua y lo sabrás”.

“De ninguna manera –volvió a negarle Pucunero–. No quiero probar el ampiri del oso hormiguero lleno de heces de termitas”.

De tanta insistencia, Pucunero se acercó paulatinamente a la cocamera del oso hormiguero y probó el ampiri con la papila de su lengua, y comprobó lo sabroso e irresistible que era su sabor. Entonces, exclamó: “¡Qué exquisito está tu ampiri, amigo! ¡Permíteme comérmelo con todo su envase!”

Absorto con tamaña irresolución el oso hormiguero estalló de risa, y dijo: “El mismo engullir de aquel precavido finado. Lo probarás mejor cuando esta noche abracés un tronco de huicungo”.

Llegada la noche los nuevos amigos se dispusieron a pernoctar allí. Y a la hora de acostarse el imprudente Pucunero preguntó al Oso hormiguero: “Oso, ¿dónde me acostaré esta noche?” Entonces el oso le propuso: “Duérmete en cualquier rincón, amigo”.

“Imposible, amigo –se enfadó Pucunero–. No es justo que me duerma solo, mientras la noche se torna fría”.

“Entonces, duérmete en el regazo de nuestra esposa Shiringa” –propuso la intrigante fiera.

“Por supuesto que sí, amigo. No es posible que me duerma solo, porque la noche es muy fría” –se alegró Pucunero y recostó a la señora Shiringa sobre sus brazos, mientras el oso hormiguero durmió con su esposa Estoraque. Como a medianoche, aprovechando la oscuridad, el oso hormiguero dispuso un tronco de huicungo sobre los brazos de Pucunero, y tomando a sus esposas huyó con rumbo desconocido.

“Tsáha, Llíchchu –áñújcuubévaa íju–. Óvíjyuco áyánéwuúré cáníníhjúcú díníhíwá nohcóróú nájcauri”.

“Tsáhaá –tsiíñévaa neébe–. Tsá o ímilletú o pihjane íjú nájú tsanééré úwaajímú namécóóné íjkyane”.

Ehdúvaa íju néhíjkyánéllíí tsúúcajátú chooco ipyééne íhníwá nájcauri áyánéwu pihjácuube ávyeta íné imyéjáú íjú nájú, áánemávaa neébe: “íAyáju ímyéami, tju, díníhcóúú! íCá, ílllevu oke daacu páuure o dítsohcáokí!”

Ááneréjucónvaa íju góócone: “íjijijí. Éhnéwuúvú dítsohcáo. Níhñécunu dsuhdsábácoba íámabúcuíñé dítsohcáo, íjijí...”

Aanévvaa tsúúca tene íjyunúnéllíí íjkyátsívyémé tétsihvu íkýúwaki. Áánéllíhyévaa Llíchchurí íjjuke dillóhi: “íju, ¿aca kíá íñe ó cúwaáhi?”

Áábekévaa áñújcuúbe: “Mu, étsíhíwú, ihdyu, covíívye”.

“Tsáhaá, muúbe –neebévapéé–. Tsá o ímilletú oore o cúwane”.

“Ané, áállema mé táábama Makíjima cuwa” –neebévapéecu.


“Juúju. Tehdújucu, muúbe. Muhdú ívane, tsúcó pejco néénáa, oore ó cúwaáhi” – íñéénemávaa tsúúca cuwájúcoobe íñéjúwá allúvú Makíjike ipíkyóóllema, áánetúvaa íju cuwá Tsawájima.

Aanévvaa pécójpíne cúúvétsihdyu íju méwamyúpike iújcúne dsuhdsábácobaréjuco Llíchchurí néjúwá allúvú páárone, áánemávaa tsúúca úmívájucóóme.

Áané boonévaa Llíchchurí néjuwa óóreténéllíí: “íñejcúvuréjuco, muulle, pajtye” –néébere Makíjike íámabúcué tsíñejcúvú pájtyétsórónáa dsuhdsábá anétóóné dííbyeke péé páneere íñéjuwa. Aanévvaa ícúí iwááóne tsííñe tétsihvu kímoóvémeííbye: “íOoréhdéné wáhááke o dóóne úpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehí oke patyéhíjkyáhi...!”

Aanévvaa tsíjkyoojé íjú taabámuvaa íúwaajímubáánetu dííbyeke májchotsóné áraavéné tsúúca imíllebe íñámene, áánéllíhyévaa imíwu nééné úméhécoba tébajkyéjéí állúháñeri nééhé déjucónvú námeébe, áánemávaa tébajkyéjéíryé cáđíhínúmeííbye, áánemávaa péjúcoóbe.

Aabévaa wahájchotaréí úllénáa tsúúca íñámehéjú ajívájucóóhií, áánéllíhyévaa dójóríjcómeíyoóbe, árónáacávaa éhniíñevúré ajíváné dííbyeke.



Cuando Pucunero quiso recostar a la mujer al lado opuesto, porque su brazo comenzaba a entumecerse, sintió los pinchazos de las espinas del huicungo que penetraban las pocas carnes de su enjuto brazo. Entonces, otra vez se puso a lamentar su suerte, diciendo: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad...!”

Realizado el metabolismo de la comida que las esposas del oso hormiguero le habían convidado, Pucunero sintió la necesidad de defecar sus desechos. Entonces, se dispuso a excretar debajo de un enorme árbol. Terminada la excreción frotó su trasero en una raíz de aquel árbol y se marchó.

Minutos más tarde sintió un leve escozor en el trasero, por lo que se frotó con la mano para aplacarlo; sin embargo, esto le provocó mayor irritación. Sorprendido con el extraño suceso, se dijo: “¿En qué me froté para tener esta comezón?” Y para descubrir la causa de la irritación regresó a investigar el árbol que le sirvió de papel de aseo y vio un gigante ser que, extendidos brazos, sostenía el cielo desde la tierra y sonreía alegremente con él; era el gigante atlas.

“¿Eres tú aquel que me causó este escozor, acaso?” —reclamándolo, tomó su cerbatana y le picó varios dardos letales. Como los dardos inmediatamente hicieron efecto letal en el gigante, éste amenazaba en desplomarse hacia el camino de repliegue que Pucunero quería tomar.

Imposibilitado de eludir al agonizante titán, Pucunero se armó de mucho aliento y valor, y tomó una audaz escapatoria en un solo sentido. Entonces, el gigante se inclinó peligrosamente hacia él para luego desplomarse sobre la tierra, que por poquito logra aplastarlo.

Cuando el atlas se desplomó sobre la tierra su enorme corpulencia se transformó en mares y ríos hoy existentes: mientras el tronco se convirtió en el mar, sus extremidades se convirtieron en los ríos Amazonas, Caquetá, Putumayo y el Igaraparaná. Esta es la historia de la creación de los mares y ríos a partir del gigante titán que Pucunero mató con su pucuna.

Áánéllíihyéváa: “¿Acáne íínerí o cáđíhínúmeíñé íñe oke ajíváwu?” –néébere ióómíñe ímíñeúvú úmehe ítécunúúbé ájtyumí nįkyėjitu íhyójtścoba įjkaabe dííbyema góhńįkyunúne; ihdyváhacáa Chįhtyawáyu.

“Úhaaca, eene, íveekí oke ú ajínúhí” –íñéénemávaa ítyollíįyuri llijchújúcoobe pívaiįyúvą dííbyeke, áánemávaa tsáhullévú dííbyeke pállójcoobe dsńńérónaa téhullévújuco díbyécoba ‘dúju’ péhįjkyáne. Tsáhavaa kiávú dibye pívıyetétú ipyééneé.

Aanévaa ehdu Chįhtyawáyu dííbyeke mávárįjchónéllí: “Íkyooca o dsńńeebe tsá o įjyócúúvéityúne” –íñééne dsńńeebe įtsįpaháñema tsáhullévu, áábe déjutúvaa dujúdúju tsáábe tsúúca áákityéjucóó ííńujį allúvu; íllúhwuúvaa dííbyeke áámúroóbe.

Áábécobávaa Chįhtyawáyu ííńujį allúvú áákityéébécoba ípívıyeevé téhińéréjuco móáñema: ipáábevaa įjkyatsííba ípívıyeevé íńvámú docójpakyóvu, áánetúvaa tsájcube ípívıyeevé Tsítsıńmóvu, tsįjkyubávaa ípívıyeevé Ócájimóvu. Íńéjuwááñevaa ípívıyeevé Mıńéhima tsíhįhįvu. Ehdúvaa Llijchuri Chįhtyawáyuke ítyollíįyuri llijhıyánúúbedıtyú móañe ípívıejtsóhi.



## • EPISODIO XIV •

### PUCUNERO Y LAS MALOCAS DESAMPARADAS

Una tarde, mientras proseguía su viaje errante por las montañas, Pucunero llegó a una maloca abandonada hacía mucho tiempo. Exhausto por el viaje, se dijo: “Me quedaré a dormir aquí, pues estoy sumamente cansado”. En seguida, juntó algunas viejas criznejas e improvisó una tarima bajo la maloca y se quedó dormido, boca abajo.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se sintió tan débil que no podía sostenerse sobre los pies. Y sobrecogido con su situación, se lamentó: “¿Qué ocurre conmigo? ¿Por qué no puedo sostenerme sobre los pies? ¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

Después de lamentar su mala suerte, Pucunero palpó todo su cuerpo y halló un vulgar orificio en la región lumbar. Y alzando los ojos hacia el techo de la maloca vio un espantoso ser que, colgado en la cumbrera, descansaba feliz con la panza llena de sangre del huésped; era la hematófaga vinchuca, anfitriona de la maloca, que, aprovechando la oscuridad de la noche, bajó del techo y succionó toda la sangre del errante viajero mientras éste dormía.

Entonces, Pucunero tomó su pucuna y la hirió con un dardo, causándole un letal orificio en la misma espalda, de donde emanó abundante sangre que el errante aprovechó para reponer las fuerzas perdidas a través del orificio causado por el singular atacante. Despojada la sangre, la vinchuca cayó muerta en media sala de la maloca.

Reanudando su perpetuo caminar, al otro día oyó unos golpes de manguaré entre lo enmarañado de la selva, que eran secundados por un cántico que decía: “Ustedes tienen pómulos semejantes a frutos de tutumo”. En tanto los golpes de manguaré, y los canticos, otro grupo danzaba haciendo sonar sus shacapas.

Muy feliz con el hallazgo, Pucunero, dijo: “¡Genial! Iré a la fiesta y les pediré que me inviten de su exquisita cahuana”.

En seguida, imaginando satisfacer el hambre que lo agobiaba, caminó presuroso hacia la algarabía y llegó a otra deshabitada maloca, en la que tampoco halló a nadie. “¿Y quiénes habrían estado cantando aquí?” –murmurando, buscó a los huéspedes de la maloca, logrando descubrir algunas viejas hamacas que pendían sobre los añejos vestigios de fogata que también estaban por desaparecer.

Mientras retomaba su camino otra vez oyó los golpes de manguaré entre lo enmarañado

## • EPISODIO XIV •

### LLÍJCHURÍKÉ JÁÁHAÑE MÁVÁRIJCHÓNE

Tsájcuuvévaa bájúháñeri úúpíyívyeebéré úllehíjkyaaabe cábuúveté tsájáhcoba íavaja íjkyájacobávu. Aabévaa tétsihvu ííjyunúnéllíi: “Mítiane o pávyeenúúbéi óví íchihíyé ó cuwáhi” –íñééne tééjavu iúcaávéne ájijíñeúvú tsátsihvu iwájínúné allúvú ñvóhóóvéne tsúúca cuwáhi.

Aabévaa tsítsíveu ájkyeebe pápihra íjkyaaabe tsá tsíjpatúne. Íjyócuúvéroobévaa áákityéhíjkyáhi. Áánéllíihyévaa némeíbye: “¿Aca muhdú íñe ó íjkyáhi? ¿Íveekí tsá o píívyetétú o íjyócuuvéne? ¡Ooréhdene wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!”


Ehdúvaa ikímóóvémeíñe íjpi dómaákíñuube dólloúcunú páheju íbájúityu íjkyane, áánéllíihyévaa cárúúveebe ájtyumí tsáné iáábécoba, tsanééré tújpakyo óóveebe, níhbáhotu óhbákyunúne. Ihdyúvácacáa díbye cúwáné allúrí tééja múnáajpi útáacají níhbáhotu íñíityéne dííbyeke ítyujpákyó adóhi, áánemávaa tsiiñe óhbáávyeebe níhbáhotu.

Ááneréjucóvaa Llíchuri ítyollíjyú iékéévéne dííbyeke llíjchucúne. Aanévaa díbye llíjchúcúhéjutu tújpakyo wáápéne élleu díbye bájúíívyéneri tsiiñe tújpakyo úcaavé dííbyéjpi pañévu, áánerívaa tsúúca tsíjpanúúbe. Áané boonévaa útáacají tééjájpiñévu áákityé váho, tsúúca dsíjveébe. Átsihdyúvaa tsiiñe péhíjkyaaabe tsíijyu lleebúcunuté tsaate tétsíí pañe: ‘Tatítajtíta, tatítajtíta, tatítajtíta; tatítatítatí, cóu, tatícóu’ –cuumu áámuhíjkyáne; áané allúrivaa chijchúwá, ‘chi, chi, chi’ –íhjúvánáa: ‘Tsehkébatu wabíwóóho, buuúmujaaií, búumújaaíí, búmúhjáikyá íjííaa’ –kíjkyówá májtsívahíjkyáhi.

Áánerívaa íimíjyúúvéne némeíbye: “¡Íkyaj! Áátyéha wáñehjívatehi. Ói diityé cahgúnutu ó ádotéhi”.

Áánemávaa ájyábaúvuma íjkyaaabe diityé tujkévetu péébe úújeté téhdure tsííjyavu íévejávu; tsá múubará íjkyatúne. Aabévaa: “¿Aca muurá íñe mátsívahíjkyáhi?” –idíllómeíñe tétsihjí diityéké néhcoráhi. Tsúúcaájucóvácacáa míamúnaa pééne boone íwabyáúuhóneúvú íjkyujúwááneúvuma dáíhcoténeréjucó díbye ítehíjkyáne.

Árónemávaa tsiiñe péjúcoobe iivaa itsááneri. Aabévaa wahájchotaréi íjkyánáa tsiiñe cuumu áámúmeíjyocóó: ‘Tatítajtíta, tatítajtíta, tatítajtíta; tatítatítatí, cóu, tatícóu’; áané allúrivaa chijchúwá, ‘chi, chi, chi’ –íhjúvánáa: ‘Tsehkébatu wabíwóóho, buuúñujaaií, búuñújaaíí, búñúhjáikyá íjííaa’ –kíjkyówá májtsívahíjkyáhi.



de la selva, que eran secundados por un cántico que decía: “Ustedes tienen pómulos semejantes a frutos de tutumo”. En tanto los golpes de manguaré, y los canticos, otro grupo danzaba haciendo sonar sus shacapas.

“Ahí están cantando otra vez” –renegando, regresó raudo a la misteriosa maloca y no encontró a nadie como la primera vez. Y hurgando minuciosamente por toda la maloca halló unas cigarras que descansaban sobre un viejo trípode exprimidor de yuca, a las que mató con la punta de su pucuna. A continuación, halló unas libélulas que descansaban sosegadamente sobre un viejo tendedero, quienes corrieron la misma suerte que las cigarras. Finalmente, husmeando dentro del manguaré, halló en el polvo un gusano de alambre, al que también mató. Cuando Pucunero retomó su pérfido camino nunca más volvió a escuchar aquella algarabía a manera de fiesta.

Mientras el gusano de alambre tocaba el manguaré, las libélulas coreaban las canciones al lado de las cigarras que emitían sonidos que parecían danzantes con shacapas.

Embelesado con estos desaires, Pucunero otra vez lamentaba su suerte y se ponía a llorar: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”



“Áánerá áátye tsiiñe májtsivájucóóhíí” –íñéénemáváa tsiiñe ióómíñe íttéroobe tsá muucá ájtyúmitúne. Aabéváa tééjá lliiñe chooco íttéhulle ájtyumíibe mámúíhkyuúvú níjcáuri chiihyémú pílluhjúcunúmeke. Áámekéváa: “Íjtyéubá, muurá, oke wajyámúnuhíjkyáhi”, –néébere wátsohcáo ítyollíjyuri. Átsihdyúváa íttécunúúbé móóhóri mñumu píttohjúcunúmeke, áámekéváa idyé lliihyánuúbe. Áánemáváa cúumú páájí pañe néhcoobe íttécunú óóñoba téémú ballíjyú pañe íjkyáábeke, áábekéváa idyé lliihyánuúbe, ááné boonéváa péjúcoobe tsáhájucó múúbaké lléébójúcootúne.

lhdyúvácáa óóñoba cuumu áámuhíjkyáhi, áánetúváa mñumu mátsívahíjkyáhi, áánácáváa chiihyémú chijchúwá wahdáhiñédú ‘chi, chi’, nehíjkyáhi.

Ehdúváa íámé dííbyeke wájyámúnuhíjkyáneri tsiiñe kímóóvémeííbye: “íOoréhdené wáhááke o dóóne úupíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhiíjkyáhi!”



• EPISODIO XV •


PUCUNERO Y LA ESPOSA DE SOL DE LOS ALIMENTOS  
DE LA TIERRA





• EPISODIO XV •

LLÍJCHUR† NÚHBÁ TÁÁBAKE PÁÁRÁNURÓNE



Después de los aciagos sucesos en las malocas desocupadas, cierto día Pucunero llegó a la maloca de Sol de los Alimentos de la Tierra. Entrando en ella halló abundantes provisiones como el ají negro, el casabe de almidón, la fresca cahuana, entre otras viandas; las que se puso a comer, aprovechando la ausencia de sus dueños.

Finalizado el improvisado almuerzo, tomó una breve siesta. Luego, se dirigió a la cocamera y saboreó el ampiri, y después de mambear un poco de coca tomó el camino de retirada. Y cuando aun estaba a unos escasos metros, escuchó los gritos de la ocarina, quien le acusaba ante su amo Sol de los Alimentos de la Tierra: “Sol, Sol, Sol humilde; Pucunero está huyendo después de comer tus viandas y mambear tu sagrada coca, Sol, Sol, Sol humilde”.

Mientras la Ocarina de Frutos de Chambira era el centinela y comunicador de la maloca, Sol de los Alimentos de la Tierra era una colonia de hormigas del campo.


Escuchada la alarma lanzada por la vocinglera ocarina, la esposa de Sol de los Alimentos de la Tierra corrió a ver lo que acontecía en su casa, mientras su marido regresaba despacio, por tratarse de una colonia de hormigas. Cuando Pucunero la vio llegar, la enamoró de inmediato y se acostó con ella.

Viendo aquel comportamiento desleal, en detrimento de la esposa de su amo, la ocarina dio parte a aquél, gritando: “Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero se acostó con tu esposa, después de seducirla sagazmente, Sol, Sol, Sol humilde”.

Fastidiado con los inoportunos mensajes que emitía, Pucunero tomó a la ocarina y la arrojó fuera de la casa, entre un matorral de ortigas. Y desde allí la ocarina otra vez gritó: “Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero me botó entre un matorral de ortigas porque te dije que se acostó con tu esposa después de enamorarla, Sol, Sol, Sol humilde”.

Como no conseguía callar a la inoportuna mensajera, Pucunero la recogió de entre el matorral de ortigas y procedió a triturarla usando el batán de los avíos de los sacrificios de Sol de los alimentos de la Tierra. Muy a pesar de ello, la ocarina, convertida en polvo, siguió vociferando: “Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero me machacó en el batán de tus avíos, Sol, Sol, Sol humilde”.

Convencido de que no podía acallar los gritos de la inmortal ocarina, muy asustado, Pucunero se dio por vencido y huyó del lugar.



Aanéváa Llíjchuríké jáhañe mávárichohíjkyánetu péébe tsáijyu úújeté tsiiyya jaávu, ihdyúváhcáa Májchotá Núhba ja teéja. Aabéváa pímihtsónema, mááhóhañe, cáhgúnuma tééjari íjkyane iájtyúmíne majchójucóó, múubará tééja múnáa íjkyátúnéllíihye.

Aanéváa imájchone iímivyédu iwáyéévénehji tavíhvejúvú peébe, áanemáváa tééja múnáa máániháñe ipíhjáne diityé iibíí déjkyuúbe, áanemáváa ellévújuco dibye pééneé. Aabéváa péérónáa rooúwá: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áanu Llíjchuri dimájchoma díibíí idyéíjkyúne péjucóóhi Núhba, Núhba, Núhbaúvu” —núhbake úúballéjucóóhií. Ihdyúváhcáa Májchotá Núhba píimyemí, ílliyáané píimyemí íjkyane; áánetúváa dííbyé nijhéhé waajácú rooúwá dííbyé já tehmeéwá íjkyawa dííbyé uubállemúnáajpi.

Aanéváa rooúwá úúballéné illéébóne Májchotáwa Núhba ñcúve wállé tsájucóó ítyájí ííñújí allúrí tsáváhréi óómíñáaaca. Aalléváa wájtsílleke Llíjchuri iímílléne cábíllanújucóóhií.

Aanéváa rooúwá iájtyúmíne idyé úúballéjucóó Núhbake: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áanu Llíjchuri dítyábake iímílléne díílleke cábíllanúhi Núhba, Núhba, Núhbaúvu”.

Áanéllíihyéváa Llíjchuri rooúwake iékéévéne waaó áátájí pañévu, áanemáváa dibye úmívárónáa tsiiñe rooúwá ihjyúcunúhi: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu, áanu Llíjchuri dítyábake dibye cábíllanúné uke o úúballéné allútú oke áátájí pañévú waagóójucóóhi, Núhba, Núhba, Núhbaúvu”.

Áanéllíihyéváa Llíjchuri ióómíñe áátájí pañétú rouwake iújcújéne núhba májchotá ñcúvé caanúcori tééwake caanújucóóhií, árollíjyuváa tsiiñe ihjyúcunúhi: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áanu Llíjchuri díimájchotá caanúcori oke caanújucóóhi, Núhba, Núhba, Núhbaúvu”.

Aanéváa Llíjchuri rooúwake muhdú dáíívyétsótúneri iíllityéne úmívájucóó tétsihdyu.

## • EPISODIO XVI •

### PUCUNERO Y LAS MALOCAS DESAMPARADAS

Cierto día, mientras caminaba sin rumbo, Pucunero escuchó una algarabía femenina en aquellos exóticos bajiales. Y acercándose sigiloso hacia las carcajadas vio a las jóvenes Tamizadoras que, muy alegres, pescaban crustáceos en la quebrada usando un cedazo.

Al notar que las doncellas venían hacia él, se arrimó sobre un palo caído, que atravesaba el riachuelo, para tratar de pasar desapercibido; pero una de ellas lo advirtió y, muy alegre con el hallazgo, dijo a su hermana: “¡Hermana mía, mira esta iguana!” Dicho esto, lo atrapó y lo mordió en la nuca. Luego, cogió una hoja de panga y lo envolvió para asegurar la inusual cacería. Y dejándolo allí prosiguieron la pesca para recogerlo al volver.

Mientras las féminas iban tamizando crustáceos por los recovecos del riachuelo, Pucunero salió del embalaje y se irguió tras un árbol, dado que cuando las cazadoras retornaban notaron que el envoltijo de su caza estaba vacío. Entonces, una dijo a la otra: “Hermana, se nos escapó nuestra presa”. En seguida, husmearon el lugar en busca de la presa y hallaron a Pucunero erguido detrás de un árbol. Absortas con el descubrimiento, se dijeron: “Hermana, ¿qué hace aquí Sol del Medio Mundo?” Dicho esto, reclamaron a Pucunero, diciendo: “Oye, Pucunero, seguro que te llevaste nuestra caza para comertela. ¡Atrevido! qué no te vas a comer nuestra presa si te comiste a tu propia madre para convertirte en el amo de la futilidad”. Entonces, Pucunero les dijo: “¿Cómo creen que pudiera haberme comido vuestra caza si fui yo a quien ustedes mordieron en la nuca? Eso aún me duele”.

Entonces rompieron en risa, y le dijeron: “¡Cómo pudimos haberte mordido, jajajaja...! ¡Por qué no dijiste: “Soy yo”, para no morderte, querido Pucunero, ijajajaja...!”

Después de estar ridiculizando al estólido visitante se amistaron con él y lo invitaron a que las acompañe a casa. Una vez en casa, una de ellas dijo a Pucunero: “Querido Pucunero, descansa aun, mientras cocinamos nuestros camarones”. En seguida, una de ellas dijo a la otra: “Hermana, voy, pues, a traer de nuestro caldo de hojas de yuca para cocinar nuestra pesca”. En seguida, una de ellas corrió tras el camino del arroyo, con el cántaro en mano, para luego regresar con el caldo de hojas de yuca en el que coció a los camarones y almorzaron juntos. Y entre la pesca de camarones y el comerlos cocidos en el caldo de hojas de yuca recogido por el camino del arroyo, las féminas pasaban sus incesantes y solariegos días. Al cabo de permanecer por algún tiempo con las tamizadoras, Pucunero se percató de que



## • EPISODIO XVI •

### LLÍJCHURĪ MÍHÉÉRÁJIMÉÉWAMÚPĪ IITYÁÁLLEKE DÓÓNEÉ

Tsíjkyoojíváa Llíjchurĭ bájúháñeri ipyéhiikyádú péhíjkyaaabe lleebúcunuté tsaate: “íjĭjĭjĭ, íjĭjĭjĭ” –tétshĭjĭ cajáneri góócohíjkyáne. Áané tujkévetúváa choocówu péébe ĩtécunuté Míhéérájimééwamúpĭ teeĭi nahcómuke míhehíjkyáne.

Aamúpiváa dííbyé tujkévetu téehiyi tsáánéllíí cáwáávyeebe úméneba téhí allútú wátyuúcunúhba allúvu, áábekévaa tsáápille íájtyúmíne íñáálleke: “Éje, muúlle, áánúha ííñiba” –íñééne iékéévéébeke ítyookéutu ĩhdóne bíjĭjĭnú llááhá áámĭri, áábekévaa páároíñumúpĭ ióómídyu itsájtyeki.

Aamúpiváa míhéerĭ íjkyané allúrí téhajĭ pañétú ĩjchívyéne íjyóóúveebe úméhé úníúvu. Aanévaa ĩmíhehíjkyátsĭhĭjĭdú tsáámupĭ téhajĭ ékéévéronáa pevéháĭrĭjucu. Áanéllĭihyévaa tsáápille: “Muúlle, kiávúhjáubá mejtáává pééhíí” –íñáálleke nééllere tétshĭjĭ ĩtelle ájtyumĭ Llíjchurĭke. Áábekévaa iúvanúne neélle: “Muúlle, ¿aca ĩnerĭ íchĭi Pĭne Núhba?”

Áánemávaa neelle dííbyeke: “¿Úubáhjané, mía, múhpi ájkikye u dóóhíí? ¿Dĭtsĭjjuúvukévaa íjkyárólle u dóóbe awáá múhpi ájkikye tsá u dóóityúne!”

“ĭnáami kiávú ámúhpijtáává ó píkyoóhi –neebévaa diityépĭke –. Ookérené ámuhpi me ĩhdone íñe tátyookéú ávyénécoba”.


Áánerĭjucónvaa góócomúpĭré nééneé: “ĭMuhdúami uukéré muhpi mé ĩhdóó, íjĭjĭjĭjĭ...! ĭ“Oóre”, néétúúbeke uke muhpi mé ĩhdóhíí, íjĭjĭjĭjĭ...!”

Aamúpiváa dííbyeke ĩhdóneri igróócohíjkyáróne dsĭtsójucóó ihjávú. Aamévaa ihjávú wájtsínáa tsáápille dííbyeke nééhíí: “Étsĭhĭjĭrĭyĕí, Llĭjchu, wáyeééve. Muhpi nahcómuke me túú me dóókĭí”. Átsĭhdyúváa tsáápille íñáálleke: “Ói, muulle, mé piyácotu ó újcuté mejtáává me cátabhoki” –nééllere ídotówáhyó iékééveíñúne dsĭné mújcojúvu. Áhullétuváa píyajpa iújcújĕnerĭ cátabhójúcoomúpĭ nahcómú tutáco, aamévaa báábámeke tsúúca dóómeé.

Ehdúvaa pajcóójivaré pehíjkyamúpĭ nahcómu míheévu, áámekévaa mújcójú nííñétú píyajpa iújcújĕjparĭ dityépĭ túúmeke dohíjkyámé tsúúcaja.

Aanévaa tsúúcajájucu Llíjchurĭ míhéérájimééwamúpĭma íjkyaaabe tsájcoojĭ ĩtémeí teetévájtsúúhoúvú dúhcúvatéébé íjkyane. Áanéllĭihyévaa némeííbye: “¿Aca muhdú íñe ó íjkyáhi? Muurá ímí ó májchorá aatyépĭ táávanéhĭjĭ. ¿Mitya muhdúhjáubá imyéénunévu oke máchótsohíjkyamúpĭ? Íkyooca ó ĩtéé muhdú dityépĭ majcho méénuhíjkyáne”.

Ehdúvaa ĩhdityu ĩjtsámeíñe tsájcoojĭ diityépĭke neébe: “Ámuhpi, ĩhyajchĭí tsĭhyulle ó



estaba perdiendo peso y empalideciendo. Entonces, dijo: “¿Qué ocurre conmigo? Sin duda, los potajes en base a la pesca de las féminas son muy buenos. ¿O tal vez los platos que preparan tienen algún secreto? Esta vez tendré cuidado de su forma de preparar la comida”. Reflexionando así sobre sí mismo, una mañana les dijo: “Amigas mías, hoy iré muy lejos a cazar animales para comer”.

“¡Qué bien, amigo! –Se alegraron las mujeres–. Anda a cazar algún animal para comer”.

Y aparentando que iba de cacería, Pucunero se escondió cerca del lugar donde las mujeres acostumbraban recoger el caldo de hojas de yuca. En tanto permanecía en su escondite, vio a una de ellas acercarse al lugar e invocar por el caldo, diciendo: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! De pronto, tras el sonido de un gran ventarrón, vio aparecer la corpulencia de una enorme anciana, quien se puso a orinar dentro del pate de la señorita. Recogido el orín la mujer regresó feliz a casa para cocinar los camarones en él. Este tipo de preparados eran la causa de la anemia de Pucunero, quien cuando vio aquella escena se asombró sobremanera. Entonces, concluyó: “¡No puedo creer que las señoritas estén usando la orina de aquella anciana para cocinar sus camarones, lo cual está causándome esta severa anemia!”

Cerciorándose de la causa de su estado de salud, Pucunero deambuló por las inmediaciones hasta que se puso el sol. Cuando llegó a casa las mujeres le llamaron a cenar, pero éste se negó. Y después de permanecer taciturno por largo rato, les dijo: “Amigas, mañana iré a cazar muy lejos. Por lo tanto, preparen suficiente casabe para acompañar el producto de mi cacería”. Cuando amaneció las chicas asaron bastante casabe y se marcharon a pescar camarones, como solían hacer, en tanto Pucunero, fingiendo ir de cacería, tomó el camino hacia la montaña; sin embargo, regresó desde una distancia prudente para provocar a la misteriosa anciana, a la manera de sus nietas, diciendo: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca!”

Cuando la anciana apareció a través de un viento recio, inmediatamente se puso a orinar ante la mirada atónita de Pucunero.

Y éste, sin mediar consecuencias, la aplicó varios dardos de cerbatana, provocándola una muerte instantánea. Muerta la anciana, la llevó a casa y la cocinó en el nongo de sus nietas.



Ilíjchúteé me dóókíí’.

“Juúju, muúbe –áñújcumúpivápeé –. Wa Ilíjchuté iáábe éhné me dóókíí’.

Ahdújucóvaaa péébe eenévaa tsáápille píiyaco úcújehíjkyáhullévú páátánúmeítyéhi, aabévaa tétsii íjyácunúhíjkyánáa imyéenuhíjkyádú tsáápille itsááne neeváhi: “¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! ¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!”

Ááneréjucóvaaa tsájkeeméllécoba, mítyalle íjkyállécoba, ‘jooo’, itsááne níjpákyunúváne dótówáhyó pañévu, aanévaa iwáátsóne tsúuca oomíjyúcoolle ihjávú; áánerívaa cátahbójúcoomúpi íñahcómukey idyóókíí, aanévahacáa imájchóne eene Ilíjchuri duhcúvatéhi. Aanévaa iájtýmíne neébe: “¡Ehdúhaaca aatyépi áálle níjpatyu iújcúyéne nahcómukey cátahbóné o májchónetu íñe ó duhcúvatéhi!”


Aanévaa iwáájaíñúne botsii báju pañévú péébe éhtsíhjire iúlléne oomíjyucóó cuuvé pañe, aabévaa wájtstíbeke dityépi kéévaróné tsáhájuco díbye ímíletú imájchone. Aanévaa iwáyéévehíjkyátsíhjídú diityépike neébe: “Ámuhpí, péjcore tsíhyulle ó Ilíjchutéehi. Ahdíkyane, mítyane mé bújcájaaco o táávane me lléhdokí’.

Ahdújucóvaaa tsíjkyooji tsítsíveu dityépi mítyane íbújcájaáne mñhéévú péené allúri téhdure múu lliiñájaavu péhdu Ilíjchuri péébe éhlléture ióomíñe iijéjucu, iivaa iájtýmídú, kééméllécóbake díllotéhi: “¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! ¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!”

Aallévaa imyéenuhíjkyádú, ‘joo’, tsáálle níjpákyunúvárótsihyu Ilíjchuri Ilíjchúcújucóó píváijyúva, áállekévaa tsúuca lliihyánuúbe. Áánemávaa ááhívu itsájtýélleke ícúí diityépi caráájiri tújúcoóbe, aanévaa tútaco báábane wáheyeju itséhdíhyéjú pañévú píkyoobe mááhómaá. Aanévaa iwátájcóne coévaabe páhejúwu, téhejúrivaa iúcháaveki, áánemávaa botsii peebe báju pañévu.

Áánacávaa tsúuca diityépi wájtstínáa tsáápille péjucóó ítyáálleke píiyaco ityáúmeíki, aallévaa píúvará ípíúvahíjkyádu: “¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! ¡Taálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!” Áronácávaa ‘joo’, itsáároné ‘dái’ pehíjkyáne. Ehdúvaa píváijyúvva ípíúvahíjkyároné óómille ááhívu, áánemávaa neetéllé íñáálleke: “Muúlle, kiávúhjáubá méetáálle péehíí. Cáhawáa majo me úújetéki’.

Áánéllíihyévaa péémupi tsiiñe píúvaráhi.



Cuando el cocido estuvo listo cavó un profundo hoyo en la tierra y depositó allí toda la carne juntamente con los casabes. Luego, recubrió el hoyo cuidadosamente e hizo una pequeña abertura que le sirviera de respiradero. Consumado el acto, Pucunero se dirigió montaña adentro, para no levantar sospecha.

Cuando las chicas regresaron de su rutina diaria de pesca, una de ellas corrió camino de su abuela para reclamar su caldo favorito con su frase predilecta: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca!”

Pero la nana jamás asomó. Solo escuchó un leve rumor que venía a esfumarse muy cerca. Y después de varios intentos fallidos la mujer regresó a casa y dio aviso a su hermana, diciendo: “Hermana, la abuela desapareció. Ven, vayamos a ver”.

Cuando llegaron al lugar invocaron su presencia en reiteradas ocasiones, sin éxito. Y después de comprobar que la abuela había desaparecido, se dijeron: “Estamos seguras que el inescrupuloso Pucunero se comió a nuestra abuela, así como no tuvo reparos en comerse a su propia madre”. Mientras permanecían en casa, cavilando sobre la desaparición de su abuela, Pucunero regresaba de cacería, a quien inmediatamente encararon el hecho, diciendo: “Pucunero, estamos seguras de que te acabas de devorar a nuestra abuela, así como te comiste a tu propia madre”. Negando la fechoría, Pucunero, contestó: “Eso no es verdad. ¿Dónde la hubiera hallado para comérmela si acabo de llegar de cacería?”

Pero, incriminándolo aún más, le propusieron: “A ver, ven acá para revisarte las ranuras de tus dientes”.

“De ninguna manera, amigas –insistió, Pucunero—. Cómo se les ocurre pensar que me comería a vuestra abuela”. Muy a pesar de su negación las mujeres atraparon al sedicioso e intentaron revisarle los dientes, pero éste cerró firmemente la boca. Entonces, tomaron un tizón de su fogón y quemaron su barbilla a fin de que enseñase sus fauces. Y mientras estaban afanados en la controversial investigación observaron una hormiga salir de un hoyo, cargando una partícula de carne, por lo que exclamaron: “¡Lo dijimos! Tú te devoraste a nuestra abuela, maldito. Porque la carne que lleva esa hormiga es la de ella”.

Mientras tomaban sus mazas para matar a Pucunero, éste se escurrió de entre sus manos y se escabulló en el orificio que preparó, huyendo ante ellas.

Aamúpiwáa ihjávú ióomíñe íityáállé íjtsaméiyi íjyácunúhíjkyánáa Llíchuri wajtsijucóó Iliiñáaatu, áabekévaa uhbájúcoomúpi: “Llíchuri, úhaca íveekí múhpi ityáálleke u dójucóó, dítsíjuvaa íjkyárolleke u dóóbeé”.

Aanéwaa toónuube néehíi: “Tsáhaá. Muhdú, kiá íjkyálleke ó doó ámúhpi ityáálleke, Iliiñáaatu o wájsííbe”.

Áronáacávaa éhniíñevúré iúhbáne neemúpi: “Áyu, cána íllevu dicha uke muhpi díhwáñe me íteki”.

“Tsáhaá –neebévaa tsííñe –. Muhdú íjkyálleke ámúhpi ityáálleke o dóone ámuhpi oke mé waabyúhi”.

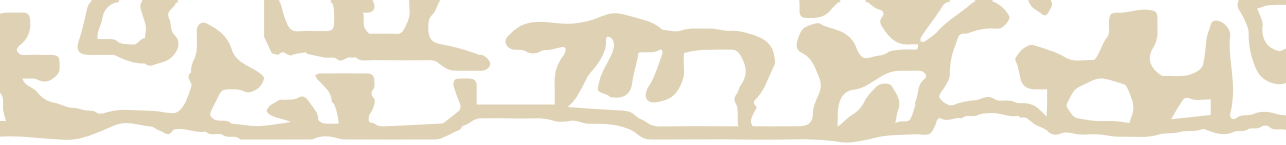
Áronáacávaa iékéévéne dityépi dííbyé ihjyu ítéronáa cohpewu úmúúveébe. Áanéllihyévaa cújúwayu iújcúne dííbyé kéjtuhi áñóyóhcomúpi. Aamévaa téeneri choíhchóí íjkyánáa miiñíují éécówúuma páhejútú íjchíveyeíñú turútúru, áabekévaa iájtyúmíne wáníjkyámeimúpi: “¡Teenéjuco muurá áanu taalléro éécó tsájtyene! ¡Muurá idyé muhpi me néé u dóoneé!”

Ehdúvaa iñéene ícanúbáooúcuri illííhyánu Llíchuríké dityépi ékéévéronáa iivaa páheju icóévahéjuri úcááveíñuube ííñújí pañévújuco, tsúuca waábe.

• EPISODIO XVII •


PUCUNERO ATRAVIESA EL PIÑAL HECHIZADO





• EPISODIO XVII •

LLÍJCHURĪ CÚDSĪBAJĪ PÁJTYENE



Imposibilitadas de vengar la muerte de su nana a manos de Pucunero, las jóvenes tamizadoras conjuraron un hechizo, bailando: “Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre. Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre”. De rato en rato, llamaban, diciendo: “Pucunero, ¿está ahí?”. Y él, aun con voz firme, contestaba desde su escondite: “Aquí estoy”.

Entonces, reanudaban su cántico esotérico: “Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre. Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre”.

Así fueron danzando y preguntando en reiteradas ocasiones para comprobar si el necio Pucunero había sucumbido ante el conjuro, pero el majadero contestaba tantas veces era preguntado disminuyendo la fuerza de voz.

Al cabo de unos minutos quedó callado, fingiendo estar muerto. Entonces las chicas festejaron el supuesto deceso de su contrincante, vociferando: “¡Qué bien que te hayas muerto, estúpido! ¡Mereces la muerte y algo más por haberte comido a nuestra abuela!”

Para constatar que realmente murió metieron una varilla al orificio por el que huyó, el cual este travieso ser untó con sus heces, dado que cuando las féminas la retiraron y husmearon el extremo había allí un olor nauseabundo que evidenciaba su muerte. Entonces se alegraron, diciendo: “¡Bien hecho, maldito! ¡Mereces morir por haberte devorado a nuestra abuela, maldito!”

En seguida, las chicas cavaron el lugar que creían se hallaba el cadáver de Pucunero. Pero cuando retiraban la tierra perforaron el lugar donde se encontraban los restos del supuesto occiso, quien aprovechando sus distracciones escapó raudo, antes que lo atrapasen. Entonces una de ellas exclamó: “¡Ay, hermana mía, se nos escapó! ¡Este adefesio nos ha tenido como unas tontas!”

Uniendo sus poderes ambas hechizaron su derredor, diciendo: “Que todo lugar se convierta en piñal, piñal y más piñal”. Al instante todo el bosque en derredor de Pucunero se convirtió en un impenetrable piñal, lo cual dificultó la falaz huida del empedernido infeliz. Allí otra vez Pucunero se ponía a lamentar su suerte: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

Aanévaa míhéerájimééwamúpi iityáalleke Llíchuri dóóné allútú muhdú dííbyeke imyéenuityúrónéllíí illuréjuco ipítyuutsóné dityépi wáhtsine: “Llíchuiíhyó tálléke idyóóne toócúibye, tócuibye. Llíchuiíhyó tálléke idyóóne toócúibye, tócuibye”. Áanemávaa: “¿Llíchui?” –díllóhíkyamúpi. Áamúpikevaa: “Óo” –tsíjpánécoba áñújuube téhejú pañetu. Áanélliihyévaa tsiiñe wáhtsihíkyamúpi: “Llíchuiíhyó tálléke idyóóne toócúibye, tócuibye. Llíchuiíhyó tálléke idyóóne toócúibye, tócuibye”. Áanemávaa tsiiñe díllóhíkyamúpi. Ehdúvaa píváijyúvá iwáhtsineri ijtúcunúpi dííbyeke illíhyánuíñe, áanemávaa tsiiñe iwáhtsine idyé tsiiñe díllóhíkyamúpi. Aanévaa píváijyúvá iwáhtsihíkyané níjcáuvu dityépi díllone icyóhodu áyájkéwuri áñúcuhiíkyaaabe.

Áanéjpiñéuvaa tsáhájucó díbye áñújúcuotúne. Áanélliihyévaa: “iTéhdúwuújuco u dsíjivéné, múúbé nehníyaúhaja! iTaallérokéne u dóóbe tsúúca ú dsíjivéjucóóhií!” –iñééne ijtúcunúpi tsúúca díbye dsíjivéjucóóne, áanemávaa úméhéiyi nájcomúpi, aaívaa iñámeri dówáchuhjácoóbe, aanévaa iárahjúcúne ímíjyúúvemúpiré neéhií: “iTéhdúwuújuco u toócune, múúbé nehníyaú, taalléroke u dóóbeé!”

Aamúpiávaa Llíchuri ííñúji déjucónú dityépi pítyúútsóneri tsúúca dsíjiveebe toócune iwáábyúne tsehdíjyucóóhií. Aanévaa díbye íjkyahéjú tséhdímúpi tsátsii cáváriúcuñetu Llíchuri ícúu íjchívyéne tsúúca úmívájucóó dityépi tsáváhréi dííbyeke iékééve dsíñerónáaaca. Aanévaa tsáápille íñáálledi wáníjkyámeíhi: “iÁadíjuco, muúlle! iNéhníhívaabe íllure meke állííñúhi!”


Áanélliihyévaa tsamúpijuco: “Ahdíkyane cúdsíibaji, cúdsíibaji, cúdsíibaji” –pítyúútsóneri cúdsíibaji rááutúné Llíchuri úniu píívyetéhi, áanerívaa tsáhájucó díbye píívyetétú ícúu ídsíñene. Ílluréjucónvaa tsátsihvu íjyócuúvéne díbye tsiiñe támeíhíkyáne: “iOoréhdené wáháake o dóóne úupíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhiíkyáhi!

Aanévaa Míhéerájimééwamúpi: ‘cúdsíibaji, cúdsíibaji’ –pítyúútsóneri íhjaváa tsíhyulle páneere báju píívyeté cúdsíibajívu, áanerívaa tsáhájucó tsúhíjavahívaneri Llíchuri píívyetétú kiávú ipyééneé. Aabévaa ítyollíjyú icáwayácóneri pehíjkyá choocówu tééj pañe.

Tsájcoojívaa ehdu péhíjkyaaabe cábuúveté toónódivu, áábekévaa neébe: “Oke, ihdyu, muube, óvíjyucó íñe cúdsíibaji pajtyétso”.

Áábekévaa toóno neéhií: “Muúbe, muhdú múijyú cúdsíibaji u pátýéííbyejé eene ú pehíjkyáhi.





Cuando las Tamizadoras conjuraron el piñal toda aquella montaña se cubrió de un gigantesco piñal impenetrable que cubrió vastos y extensos territorios, lo cual impedía que Pucunero pueda moverse fácilmente. Entonces, acudió a su pucuna como único medio de transporte, cuyo orificio usaba como viaducto para moverse lentamente dentro el piñal.

Un día, mientras viajaba con dificultad, se encontró con la perdiz tinamú, a quien solicitó ayuda, diciendo: “Amigo, hazme cruzar este gran piñal, por favor”.

Muy sorprendida, el ave contestó: “Amigo mío, no te ilusiones en querer cruzar este extenso piñal, pues nunca podrías alcanzar el otro lado. Súbete sobre mí para ver si podría ayudarte. Pero te prohíbo abrir los ojos durante el viaje, amigo. Si desobedeces nos caeremos, al instante”.

“Está bien, amigo mío” –se alegró momentáneamente Pucunero. Acomodándose en la espalda, Pucunero y el tinamú alzaron vuelo hacia el horizonte. Pero, sintiendo vértigo no muy lejos de allí Pucunero abrió sus ojos, cayendo ambos a tierra.

“¿Por qué abriste los ojos? –Le amonestó el tinamú– Te advertí que no lo hicieras. Por tanto, hasta aquí te puedo ayudar, amigo”.

En recompensa de aquella ayuda, Pucunero extrajo de su morral el pito de su extinto padre y creó la cabeza del tinamú. Como el ave no sabía de qué se trataba el extraño regalo, preguntó: “Amigo, ¿y qué haré con esta cosa?”

Entonces, Pucunero le explicó, diciendo: “Pues, cuando veas germinar los sembríos soplarás el silbato para fecundizar la tierra en beneficio de ellos”.

Reanudando la lenta y azarosa travesía, usando su pucuna como único viaducto, un día se encontró con el pájaro carpintero imperial.

Cuando el pájaro lo vio, le confirmó sus preocupaciones: “Amigo mío, las probabilidades que logres llegar al otro lado son muy remotas”.

Entonces, Pucunero le rogó, diciendo: “Amigo, teniendo en cuenta que no tengo otras posibilidades, ayúdame a cruzar, por favor”.

“Creo poder ayudarte –le consoló el carpintero–. En ese sentido, súbete ahora mismo sobre mis hombros para cruzarlo; pero te sugiero que no advertirás el viaje. Si abres los ojos, caeremos. Durante el trayecto llegaremos a mi primer manguaré del sonido pausado;



Íllevu táhallúvú diikya uke o pájtyétsoki. Áronáa, ihdyu, me wááménécooca d̥ihtécunúdíñe. U ʔtécunúhajchíí máákítyeéhi”.

“Juúju, muúbe” –áñújcubévaa Llíjchuri ímíyúúveebére. Aabévaa tóónó allúvú néríívyéébema tsúúca wáámenéjúcoomútsi. Aamútsiváa wahájchotáréi wááménénáa Llíjchuri ʔtécunújucóóhií, áanemáyéjucóvaa tsúúca dityétsí áákityéné baavújucu.

“¿fveekí ú ʔtéhi, bádo? –úhbaabévaa tóono díbyeke –. Muuráhjané uke o née u ʔtétuki. Ahdíkyane óvíí íchihvuré uke ó píaabóhi”.

Ehdúvaa tóono Llíjchuríké píáábónéllíí ícahpáyú pañétú cááníúvú vojvóú iújcúne niwáúúnuube díbyeke. Aabévaa muhdú teeu imyééníútyúrónéllíí díbyeke dillóhi: “¿ñnáami, muube, íñeeri ó méenuúhi?” Áábekévaa Llíjchuri úwaabóhi: “Ihdyu, bajtsóhé úmíwáávécooca tééuri ííñuʔi ú naaméménúú ‘vóó, vóó’, áaneríjyucu bajtsóháñé imíwu ííñeíñe”.


Átsihdyúvaa tsiíñe idyé choocówu ítyollíjyú icáwayácóneri ʔhtsútúnetu cúdsʔbájíjpíine péhíjkyabe tsájcooʔi úújeté tóhmibádívu. Áábekévaa tóhmiba iájtyúmíñe nééhií: “Muhdú, ñama, mújyú éhnejcuvu u úújetéíbyejʔ eene ú pehíjkyáhi”.

Áánéllíihyévaa Llíjchuri nééhií: “Ané óvíjyucu oke, muube, pajtyétso”.

“Juúju –neebevaa tóhmiba –. Ané íllevu táhallúvú diikya me péekíí. Áronáa, ihdyu, d̥ihtécunúdíñe. U ʔtéhajchíí máákítyeéhi. Aamútsí me péémutsi tujkénú mé úújéteé tajcúúmú abájcúúmuvu, aamu ó áámúteé ‘wawawawa’; áronáa tsáhái u ʔtéityúne. Átsihdyu tsiíñe cáduúdáhori me péémutsi tsiimu tajcúúmú abájcúúmuvu mé úújéteéhi, aamu téhdure ó áámúteé ‘wawawawa’; áronáacái téhdure tsá u ʔtéityúne. Átsihdyu, ihdyu, tsiíñe cáduúdáhori me péémutsi nihñéré mé úújéteé tajcúúmú ímíáámuvu, aamu ó áámúteé ‘tocóróóróó’; áijyu botsíyéi ú ʔtécunuúhi. Álíkyóhrevu múúne u néébe, tsáma oke llééboco”.

“Juúju –áñújcubévaa Llíjchuri –. Tehdújucu, muúbe”.

Aabévaa dílbyé allúvú néríívyéébema tsúúca wáámenéjúcoomútsi. Aamútsiváa, dibyévaa néhdu, úújeté tujkénúemu ijcúúmú abájcúúmuvu, aamúvaa tóhmiba áámuté ‘wawawawa’; aanévaa Llíjchuri cahcújtsó tsá ʔtetúne. Átsihdyúvaa cáduúdáhori wááménemútsí úújeté tsiimu ijcúúmú abájcúúmuvu, aamúvaa idyé áámutéébé, ‘wawawawa’; tsá téhdure Llíjchuri ʔtetúne. Átsihdyúvaa tsúúca cáduúdáhori wááménemútsí úújeté nihñéemúvu, aamúvaa áámutéébé: ‘tocóróóróó’.



cuando lo entone, “toc, toc, toc”, aun no abrirás los ojos. Inmediatamente alzaremos vuelo en vaivén y llegaremos a mi segundo manguaré, del sonido pausado, el que también tocaré, “toc, toc, toc”; pero, aún no abrirás los ojos. Finalmente, después de un vuelo prolongado en vaivén, llegaremos a mi manguaré predilecto, el que entonaré, “tun, tun, tuunnn”; allí sí podrás abrir los ojos, amigo. Por lo pronto te ruego que obedezcas mis advertencias; pues, tienes fama de ser un necio empedernido”.

“Trato hecho —se alegró Pucunero—. Así lo haré, amigo”.

Acurrucando su enjuto cuerpo sobre la espalda del pájaro carpintero, los insólitos amigos alzaron vuelo con destino a lo porvenir. Y como lo había advertido llegaron a su primer manguaré del sonido áspero, el que el pájaro tocó, “toc, toc, toc”; pero Pucunero, muy obediente, no abrió los ojos. Alzando nuevamente el vuelo en vaivén, llegaron a su segundo manguaré del sonido áspero, el que también tocó, “toc, toc, toc”; y el Pucunero siguió sin abrir los ojos. Finalmente, después de un largo viaje en vaivén, llegaron al lugar de su manguaré favorito, el que entonó, “tun, tun, tuunnn”. Allí Pucunero abrió los ojos e inmediatamente ambos se precipitaron y cayeron a tierra. Con gran éxito cruzaron el piñal. En agradecimiento a la gran ayuda recibida del pájaro carpintero imperial, Pucunero le obsequió el hacha de su finado padre, no sin antes instruirlo: “Amigo mío, con esta hacha extraerás los suris y yuracsuris de los aguajes de la gente y te alimentarás con ellos”.

Además del hacha, también le obsequió la corona real de su difunto padre, la misma que se observa atractiva sobre la cabeza del carpintero imperial.

Con esta corona el pájaro reconoce y anuncia si una mujer embarazada dará a luz una niña; así mismo, reconoce y anuncia si la mujer alumbrará un hijo varón, modulando sus cánticos de acuerdo a cada hallazgo.

Átsihyúvára bótíyí Llíjchurí íttécunúnetu áákityémútsí baavújuco, tsúuca cúdsí#bají pajtyémútsí.

Ehdúvára tóhmiba Llíjchuríké píáábónéllíí ájcuube cááníúvú uwáájívu, áánemávára úwááboóbe: “fjírí, peñu, míamúnáá ajpáhyebáané ajpakye, újtsuúmuke u wágójcóne ú dohíjkyaaíhi”.

Téhdurévára cááníúvú cheerépájtí píkyoobe dííbyé níwáutu, aanévá múúne tóhmibá níwáu allurí imíwu cháhiíwa. Ááneríjyucóvára múúne díbye ‘cheerere, cheerere’, wáájacúné wáleeke míamúnara tsímávái#hajchííjyu; áánetúvá ‘cujtubére, cujtubére’, waajácuube dítye wájpíikye tsímávái#kyoóca.



## • EPISODIO XVIII •

### PUCUNERO Y LA MUJER DEL OSO HORMIGUERO

Cierto día, mientras viajaba bajo la infinita selva, Pucunero halló un oso hormiguero que, junto a su esposa, extraía suri de un aguaje. En tanto el vermilingua estaba afanado en la extracción de las grasosas larvas, Pucunero aprovechó en cotejar y enamorar a su ingenua mujer. Entonces, ella le advirtió sobre lo peligroso que era su esposo, diciendo: “¿Tienes el suficiente poder para ir contigo, acaso? Y si acaso no, entonces no iré contigo; porque el oso hormiguero es sumamente poderoso”.

Pero, tomando en poco la sugerencia de la mujer, Pucunero, contestó: “Creo tener suficiente poder como para llevarte, sin problema alguno”.

Concebido el idílico plan, Pucunero tomó a la esposa del oso hormiguero y se marchó con ella lejos de allí. Tras el incidente el inocente oso hormiguero, después de extraer los gusanos, buscó a su esposa, pero no la halló por ningún lado

Y para ocultar el camino que tomaron Pucunero condujo a la mujer por el lecho de los ríos, por la médula de las huacraponas, y por la médula de los árboles; y otra vez por debajo de los ríos, por la médula de las huacraponas, y por la médula de los árboles. Conduciéndola por estos mal pasos Pucunero creyó ocultarla ante una eventual persecución del oso hormiguero. Llegando lo más lejos posible levantaron una casa de doble fondo, usando como soporte la parte más madura de los tallos de la huacrapona, para impedir cualquier incursión de algún enemigo traicionero.

Enterado el Oso hormiguero, mediante sus poderes, de que Pucunero huyó con su mujer, emprendió la persecución. Y para saber el camino que tomaron en la huida armó un cigarro con el tabaco de su sortilegio, cuyo humo le condujo por el lecho de las aguas, camino que siguió, sin vacilar. Cuando volvía a soplar el humo le guiaba por la médula de alguna huacrapona, derrotero que asumía con prontitud. Otra vez soplabla, y esta vez el humo le enseñaba el paso por la médula de los árboles, persecución que quizá duró muchas lunas.

Después de mucho caminar el oso hormiguero un día llegó al lugar en que los amantes se habían establecido. Cuando halló el nido de amor de los embelecos, el rastreador comenzó a dar vueltas sobre la casa, cantando: “¡Comiendo izulillas, comiendo izulillas ha venido el oso hormiguero! ¡Como, como, como si se viniera a tocar trompeta del huambé!”

Al tiempo que el oso hormiguero cantaba, el conjuro de su brujería penetraba hasta los

## • EPISODIO XVIII •

### LLÍJCHURI ÍJJÚ TÁÁBAKE PÁÁRANÚNE

Tsájcoojíwáa tsiiñe pevéneré bájú lliiñe péhíjkaabe úújeté ñju méwama ájpáhyeba dóhíjkyámútsidívu. Aanéváa ñju ájpáhyébá wagójcori íjkyane iúvanúne tsúúca dííbyé táábake Llíchuri paaránújucóohíí. Áábekévaa neélle: “Ihdyu, u íhtsútúhajchíí oke tsajtye. Áánetu íhtsú u néhajchíí tsá úuma o pééityúne. Muurá apííchoobe ñju”.

Aanéváa ehdu dille néene icájcújtsótúne díílleke Llíchuri áñujcúhi: “Mu, ihdyu ó íhtsútúúhií, téenélíí uke ó tsájtyeéhi”.


Ehdúwáa Llíchuri íjjú táábama íihjyúvájcatsíñe tsúúca dííllema úmívájucóó tsíhyullévu. Áané boonéváa ñju ájpakye idyóóne ññjkévane méwake néhcoráhi, árónáacávaa tsáhájucó dille íjkyatúne.

Aanéváa kiátú dityétsí péene ñju iwáájácútu Llíchuri dííbyé táábake tsajtyé móóá déjúcotu, áálláhéjpiñetú, úmehé ñbúutu; tsiiñe móóá déjúcotu, áálláhéjpiñetú, úmehé ñbúutu. Ehdúwáa díílleke itsájtyéneri íjtsúcunúúbé múijyú ñju diityétsikye ájtyúmíityúne. Aamútsívaa tsíhyullévu iwájtsíne ánúmeí mǵíhócú ihjyá mǵjcóhó íkyohpétsii áálláhewáánetu, múha muhdú iúcaávétuki.

Áané boonéváa ñju Llíchuri ítyáábake pááranúne íapííchojtééveri iwáájácúne úraavyéjucóó diityétsikye. Aabévaa íwaajácú bañéwá idyóvihiíkyúne uubókyunújucóó kiávúhjáa dityétsí péene iwáájácuki, ahdújucóvaa díbye úúbócunúne ójtsó pehíjkyá móóá lliiñetu, ááneríjyucóvaa díbye móóá pájtyene. Átsihdyúwáa tsiiñe díbye úúbókyunúné pehíjkyá áálláhé ñbúutu, ááneríjyucóvaa idyé díbye péhíjkyáne. Tsiiñe díbye úúbócunúne ójtsó pehíjkyá úmehééné ñbuúúnetu, ááneríjyucóvaa téhdure díbye úráávyehíjkyáné diityétsikye. Aabévaa múhajchótá iúráávyehíjkyátsihdyu wajtsí dityétsí íjkyátsihvu. Aanévaa tsúúca diityétsi jávú iwájtsíne iwáájácúne ílluréjucó díbye májtsiváné, tééjá allurí patsípátsí péébere: “íCohtsíhyówuúmuke, cótsitsíhyówuúmuke dóóbere ñju tsajúnecúhi! íOráá, oráá, orájju páájí múu llíjchúcunúvadu!”

Ehdúwáa ñju májtsiváné tujkéveri diityétsikye dííbyé mǵívájú búuuvé apííchówu ñbuwááne. Áánélíihyévaa íjjú taaba Llíchuríké nééhíí: “Muuráhjáa uke ó neerá íhtsútuube ñju íjkyane, aanée oke u cáhcújtsótúne u tsíválleke muurá oke lliihyánúííbye”.

Árónáacávaa ehdu dille néene ityáhjálléne Llíchuri áñujcúhi: “Tsáhaá. Tsá muhdú uke díbye méénúityúne.



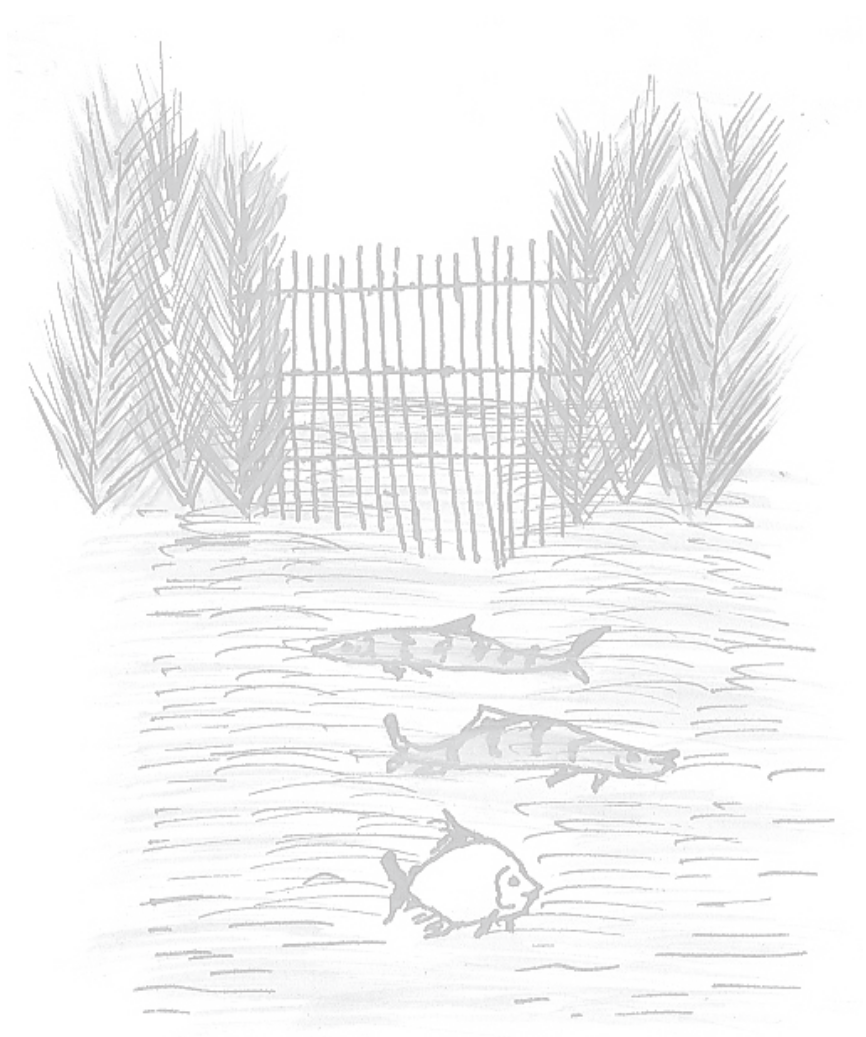
tuétanos de la pareja. Y muy asustada con la inesperada presencia del mortal oso hormiguero, la mujer amonestó a Pucunero, diciendo: “Te dije que el oso hormiguero era muy poderoso, y sin oír mis advertencias me trajiste hasta aquí para que me mate”.

Pero, desobedeciéndola una vez más, Pucunero, contestó: “No digas eso, mujer. Él no te hará ningún daño. Las paredes de nuestra casa son muy seguras, y no creo que pueda traspasarlas”.

A continuación, escucharon que el oso hormiguero rompía las paredes de la casa y penetraba en ella, sin ningún problema. Entonces, Pucunero intentó proteger a la mujer ciñéndola fuertemente sobre su pecho, pero el atacante la escurrió de entre sus brazos y la desolló hasta matarla. Consumada la venganza contra la desleal mujer, el oso hormiguero emprendió la huida con rumbo desconocido.

Este conjuro era usado por los antepasados bora para hechizar a aquella mujer que, abandonando a su marido, se marchaba con su nuevo pretendiente, en cuyo poder la mujer no tardaba en morir a consecuencia de algún mal.

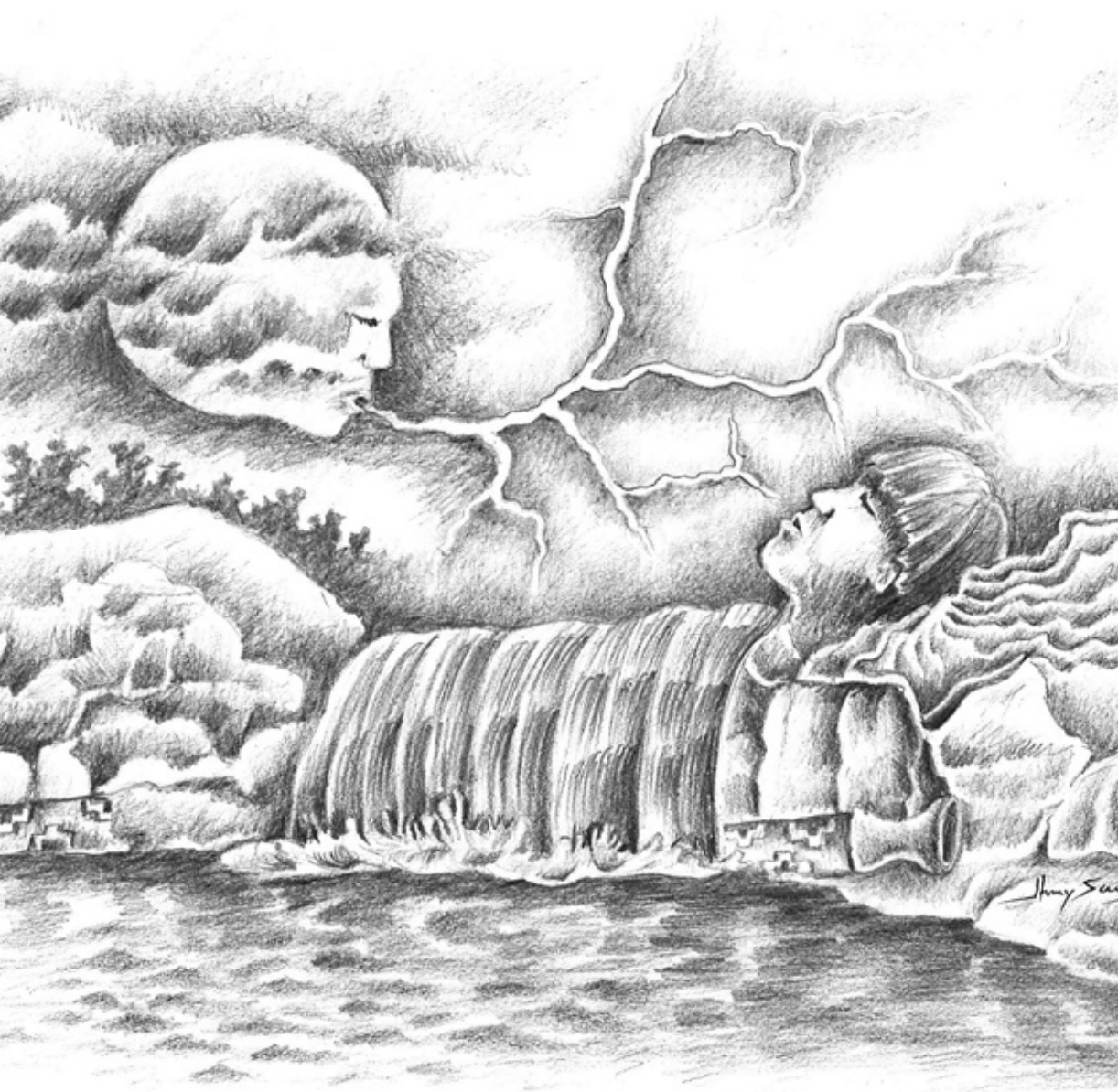
Muuurá cóhpé mehjá mijcóhó néénetu muhdú pajtyéiíbye”. Áronáacáváa lleebojúcoomútsí mijcoho varívarí iiju dónáájcoobéré tééjá pañévú úcaavéjucóóne. Áanélliihyéváa Llíchuri díílleke ípañévú ámbabúcurá díbye iiná imyéénútuki, áronáacáváa dííbyé pañétú iwámítoúcúlleke dónáajcároóbe, áállekéváa illííhyániúñúne tsúúca úmívájúcoóbe. Ááneríváa úmíjijté ihdémúnáaúvú pítyúútsohíjkyá tsáápille walle tsíjpiima wájpiima ítyájike iúújeíñúne úmíválleke. Aalléváa béébe ítyájí ójtsí pañévú ícúíye dsíjvehíjkyáhi.



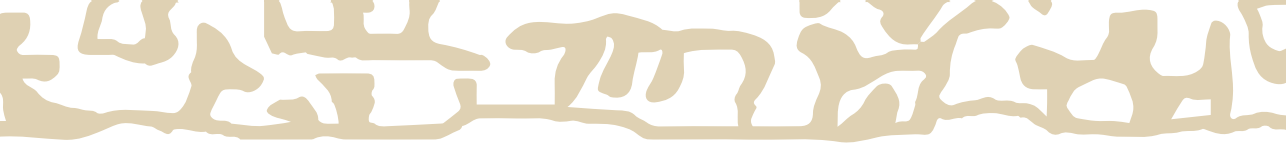


• EPISODIO XIX •

PUCUNERO TRANSFORMA LA SACHAPAPA








• EPISODIO XIX •

LLÍJCHURĪ CÚNIU TÚTÁVAJTSÓNE



Cuando Pucunero reanudaba su infinito viaje por los agrestes bosques, después de los sucesos con la esposa del oso hormiguero, un día llegó a divisar la humareda de una blandengue fogata, sobre la cual había una sachapapa muy bien asada, mientras alguien pescaba con barbasco un arroyo cercano, chapoteando: ‘jum, jum, jum’. Era el humilde unchala quien emitía los sonidos mientras pescaba la quebrada. Y como el hambre linchaba las entrañas de Pucunero, cogió la sachapapa y se la comió todita. En seguida, aligeró sus pasos para no ser sorprendido por el unchala.

Cuando el unchala terminó de pescar no halló su sachapapa donde la dejó, la cual era su esposa. Muy preocupado con su desaparición, husmeó el lugar, llamándola: “Mi Sacha, mi Sachapapa, ¿dónde estás?” Y ella, desde las entrañas de Pucunero, apenas, contestó: “¡Aquí estoy!” Entonces, el unchala comenzó a perseguir, llamándola: “Mi Sacha, mi Sachapapa, ¿dónde estás?”

Como el persecutor se acercaba vertiginosamente, Pucunero intentó eludirlo emprendiendo una veloz huida; pero la unchala era más vertiginosa que él y se acercaba peligrosamente a capturar a Pucunero para recuperar a su esposa, la Sachapapa.

Muy pronto, Pucunero no tuvo otra opción más que regurgitar toda la sachapapa que acababa de comer, vómito que dejó regando por todos lados.

Cuando el unchala llamó a su esposa Sachapapa, ésta le contestó desde la retaguardia. Entonces, dejando la persecución, regresó a donde había escuchado la voz de su esposa y vio esparcido por todos lados el vómito de la sachapapa que Pucunero acababa de regurgitar.

Juntando el vómito el unchala formó una nueva sachapapa de consistencia gelatinosa.

Antes de este suceso la sachapapa tenía una consistencia uniforme y arenisca, hasta que el unchala la convirtió en una sachapapa gelatinosa cuando juntó el vómito del pícaro Pucunero.

Exhausto, Pucunero se sentó en un lugar y nuevamente se puso a lamentar su mala suerte: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

tijúvára méwake Llíjchuri nániíñúlleke díbyé pañévú lííhyánúné boone idyé tsiíñe Llíjchuri bájúháñeri ájyábaúvuma péhíjkyabe tsáijyu ñitécunuté cújuwa ámópákyoúcunúne, ááwá allúrivára cúniiu imíwu báábau wátyuúcunúhi, áanáacávára tsaate tétsihjídú teehi íjkyahi wákyuume ‘juú, juú, juú’, támácohíjkyáhi. Ihdyúváchacáa cóhta teehi wákyuube ehdu támácohíjkyáhi. Aanévára Llíjchuri ájyábaúvuma íjkyabe diityé cunííu iékéévéne majchójucóóhií, áánemávára ellévújuco dibye pééne, dityéi díbyeke túvááótúné ajchóta.

Aanévára cóhta iwákyuhíjkyátsihjídú tsáabe ñitévará tsáhájucóo ícunííu íjkyájúcootúne. Ihdyúváchacáa teeu cúniiu dííbyé taába. Áállekévára: “¿Tácu, táacuníu, kíá uú?” –díllójúcoóbe. Áábekévára: “Áo” –áñújcuu tsíhyullétújuco, Llíjchuri íhbaú pañétu. Ááneréjucóvára cóhta újcuíñúné: “¿Tácu, táacuníu, kíá uú?” –díllóobere.

Aabévára cóhta méwake cunííuke úraavyéjucóóhií. Aabévára Llíjchurídívú pñínéllíi éhniíñevúí dsíñeroobéííkye, árónáacávára cóhta lleeváwu néébe áánuréjuco tsúuca dííbyedívú wajtsíjucóóhií.

Aabévára Llíjchuri íuujéturéjuco ávyeta pávyeenúúbé íjkyánéllíi ílluréjuco cúniiu imájchoróné íllímútuhcúné tétsihjívú wáchájaavéhi.

Aabévára cóhta tsiíñe méwake: “¿Tácu, táacuníu, kíá uú?” –díllónéllíi: “Áo” –áñújcuu idyéjuturéjuco. Áánéllíihyévára íóómíñe ñitécunúteebe patsíhjinvarí Llíjchuri íllímútuhcú cúniiu wáchájaavéne. Aanévára chooco ipíhkyúne tsiíñe páúúvétsoobe mééváúcobaréjuco. Tééné íhdévára cúniiu dááruúvú íkyahíjkyáhi, áánetúvára Llíjchuri imájchóne íllímútuhcúné cóhta ipíhkyúne béhnétu páúúvétsónétu mééváúcobaréjuco cunííu.

Aabévára Llíjchuríméi pávyeenúúbé tsátsihvu íacúúvéne wáyééveebe tsiíñe támeíhíjkyáhi: “¡Ooréhdené wáhááke o dóone úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!”

## • EPISODIO XX •

### LA INUNDACIÓN DE LA TIERRA

Retomando su frívolo viaje por los bosques, Pucunero una mañana llegó a una maloca que pertenecía a los hijos del Creador de la Tierra. Cuando los caciques lo vieron, le preguntaron: “¿De dónde has venido tú, que tienes fama de ser embustero? Por estos lugares se sabe que te convertiste en el amo de la futilidad como resultado de haberte comido a tu propia madre. Entra y comer algo, tal vez tienes hambre”. Al sentirse bienvenido, entró en la maloca y se puso a comer los potajes que las dueñas de casa le sirvieron.

En aquel mismo instante el curaca de la maloca, junto a sus súbditos, estaba librando una descomunal batalla contra las malévolas orugas del Árbol de la Irascibilidad. Durante esta lid una oruga había herido un de los ojos del Incubador de los Huevos del Colibrí, con quien Pucunero fue a vivir por un tiempo.

Cierto día, Incubador de los Huevos del Colibrí atrapó un ave montete en su trampa de palmas, al que, después de cocinarlo en su caldo de yuca, se lo comió superficialmente, cuyos restos entregó al hijo de la perdición para que se los arrojara muy lejos de casa. Cuando Incubador de los Huevos del Colibrí entregó los restos en sus manos, le exhortó diciendo: “Pucunero, te prohíbo tocar estos huesos; pues la gente habla que tienes fama de necio. Arrójalos muy lejos y regrésate pronto. Obedece mis órdenes, por favor”.

Tomando la olla que contenía las sobras del ave, Pucunero corrió tras el camino de la montaña para arrojarlos lejos de la maloca. Pero más pudo el pecado que el temor a la obediencia que, en plena ida, vio los huesos grasosos y apetitosos: vil tentación irresistible que dilapidó su coraje. Entonces, dijo: “¿Qué le habrá motivado para deshacerse de estos huesos grasosos y carnosos?”

Conjeturándose así, se sentó a comerlos. Y como iba comiendo mordió la epífisis del hueso de la pierna, de cuyo interior emanó abundante agua que Pucunero intentó beber, creyendo acabarlo; pero el agua siguió emanando. Entonces, por segunda vez, intentó beberlo, hasta el hartazgo.

Como el chorro del agua se incrementaba cada vez más lo hincó en la tierra, creyendo detenerlo, pero el agua siguió brotando más, lo cual empezó a inundar el lugar. Y sobrecogido por el insólito caso corrió a casa y dio aviso a Incubador de los Huevos del Colibrí, diciendo: “¡Amigo, aquellas aguas están inundando la tierra!”

## • EPISODIO XX •

### LLÍJCHURĪ CÁÁJÁNEBA DÓHEJÚRÓNE

Áánéhjĭ boonéváa tsiĭñe Llĭjchurĭ bájúháñeri úúpíyívyeebéré péhĭjkyaaabe tsájcuuvénetu úújeté tsájaavu; ihdyúváhacáa Píívyéébéjtsĭiméne ja teéja. Áájamúnaáváa iájtyúmíĭbeke dillóhi: “ĭAca kiátú eene u tsáá állíkyóhrevá múúne u néébe, dĭĭtsĭjjuúvukéváa u dóóne úúpíyĭ aabájaabe u ĭjkyáábe? Íllevu tsááne majchóva; úubá ájyábaúvuma”. Ahdújucóváa tééjavu iú cáávéne diityé taabámú kéévane mājchoóbe.

Aamévahacáa tééja múnaa téijyu íkyuwáábema úmécóheri núhne ĭjkyámema múnáátsójcatsíhi, áamedítyuváa tsaapi núhnei Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábeke aamú ĭhyálluu vójojnëcu, áábemáváa ihjyávú Llĭjchurĭ óíívyeiñú dííbyé únĭuri ĭĭjkyaki.

Tsájcoojváa Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábé áacurúikye idyáhperi iúúvétsóóbeke ityúúne állúháñéré dóóhiĭ, áané boonéváa tébajcúĭvu ájcuube aallíkyóĭtsĭiméneke díbye iwáágóotéki. Áábekéváa teene iújpavu iájcuúne néébe: “Llĭjchu, állíkyóhrevá múúne u néébe, tsáma dómájcodĭ ĭbajcúĭ. Ícúí wáágóoténe tsaáco. Oke, ihdyu, óvíjyucó llééboco”.


Ahdújucóváa tébajcúĭ llíyíhllori ĭjkyane Llĭjchurĭ iékééveíñúne dsĭiné iwáágóotéki, áronáacáváa juuvájpiĭnévú ĭtécunúúbé teene imyéwu ujpa nééneé. Áánemáváa: “ĭAca íveekĭ áádi oke waagóotsó ĭbajcúĭ páheecóĭjré dúruhvháíivane ĭjkyane?” –íñééne, iácúúvéne dójúcoóbe.

Aabéváa tébajcúĭ dóóbere ícuuráyú dĭpíyuúcúnetu núĭpakyo ĭjchívyéhi, aanéváa adójúcoóbe. Áronáacáváa éhniíñevúré núĭpakyo ĭjchivyénéllíí ádóroobéi tsiíñe. Aanéváa éhniíñevúré núĭpakyo ĭjchívyénetu ióóvénéllíí ííñúĭtu cá mótyohjácoobe téĭpakyo ííchívyétuki, áronáacáváa éhniíñevúré núĭpakyo ĭjchivyéné tsúúca tétsii caajávetsóhi.

Ááneríváa íllityéne dsĭinéjúcoobe ááhĭvu, áánemáváa neetéébé Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábeke: “ĭMuúbe, ellétú cáájáneba tsááhiĭ!”

Áánéllĭihyéváa Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábé dííbyeke uhbáhi: “ĭAcáne íveekĭ ú dómajcó ukéne ‘tsáma dómájcodíñe’, o nééneé?”

Áronemáváa Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábé, aallíkyóĭtsĭiméné cáájáneba dóhejúróné iwáájácúne, ícúí íacúúvewa cúúmujĭ ĭjkyáábé llííñevú ímájchota iávohjácóne iwáábyá iékééveíñúne nériivýejucóó ihjyá únĭutu páátuwáhyé ĭjkyáheri, áábe déjutúvané aallíkyóĭtsĭiméné ihñéúúhoma nériivýéne. Aabévané dííbyé llííñétú ínááveté páátuwáhyé nĭjcaúvu.



Como no cabía más regañadas, Incubador de los Huevos del Colibrí solo atinó a decirle: “Amigo, ¿por qué tocaste esos restos que te dije que no lo hicieras?”

Y sin hallar más solución al diluvio provocado por el hijo de la perdición, Incubador de los Huevos del Colibrí tomó algunas semillas de su sementera y las colocó debajo de su asiento, la tortuga charapa. En seguida tomó su hamaca y se subió en un pashaco que se hallaba en los alrededores de su maloca; y tras él subió también el hijo de la perdición, quien fue a amarrar su hamaca en unas ramas debajo de la posición de Incubador de los Huevos del Colibrí, en lo alto del pashaco. Mientras permanecían allí la tierra comenzó a inundarse, al tiempo que el cielo se cubría de tinieblas, lo cual impidió toda visibilidad para ellos.

En cierta ocasión Pucunero despertó y palpó partículas de casabe sobre su pecho. Y probándolos, dijo: “¡Vaya! ¿De dónde habrá conseguido comida éste intrépido, mientras permanezco aquí abajo durmiendo con mucha hambre? Ahora permaneceré despierto para saber cómo la consigue”.

Mientras el hijo de la perdición permanecía en vela oyó el conjuro que hacía Incubador de los Huevos del Colibrí, pidiendo sus alimentos: “Casabe, casabe, haz tu aparición. Casabe, cuya presa sea el antepasado de los yanayutillos”.

“Ah, sí. No hay duda de que sea esa la forma de su abastecimiento, mientras padezco mucha hambre” —murmurando, Pucunero invocó comida, por su lado: “Casabe, casabe, haz tu aparición. Casabe, cuya presa sea el antepasado de las sachavacas”.

En seguida, el almuédano oyó venir como un tornado la gran comida que consistía en un enorme ahumado del antepasado del clan huitó, que es la sachavaca, sobre una plancha de casabe, llenándolo de gran pavor. Y mientras se sujetaba a su hamaca oyó pasar la enorme vianda que cayó en las aguas del diluvio.

Cuando el espíritu del diluvio creyó que los había tragado, después de matarlos con hambre en lo alto del árbol, empezó a decrecer y amanecer el día. Entonces Pucunero intentó ubicar a Incubador de los Huevos del Colibrí, pero nunca más lo halló.

Al bajar del árbol, con mucho cuidado, Pucunero vio cubierto de lodo todos los rincones de la maltrecha maloca, para hacer poco por ella. Entonces retomó su caminar sin meta, bajo los crueles bosques, como de costumbre.

Aamútsiváne téhulle íjkyánáa tsúúca ííñuji cáájávéne tujkéveri téhdure nįkyeji íjyunúhi, áánerivané tsáhájuco ñná dityétsí píivyetétú íájtymñine; ávyeta cúúvétsí pañe íjkyamútsí tsá kiávú píivyetétú ipyééneé.

Aabévá aallíkyójtñiméné Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábé lliiñe iwáábyari cúúvétsí pañe cúwahíjkyánáa tsáiyu ájkyeebe íjpíújí allúrí dólloúcunú máhóúúháwuúne. Aanéváa imájchóne néébe: “Ííkyaj! ¿Aca kiátú áánu iújcune májchónáa íveekí dííbyé lliiñe ájyábaúvuma tsanééré cuwáří ó íjkyáhi? Íkyooca tsá o cúwáityú, muhdú dibye újcune o wáájácukí”.

Ehdúváa iñééne cúwátuubéréjucu aallíkyójtñiméné íjyácunúhíjkyánáa lleeúbucunúúbé Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábé májchota táúmeíñe: “Mááho, mááho dícha; tohnómujé ñhdééjpidítýú lléhdótsámeíñe maaho dica”.

“Juu, ehdúhaaca ityáúmeíñe dibye májchónáa íveekí ájyábari ó ícúbáhrámeíhi” – iñéénemáváa iiyéjucu dibye táúmeíñe: “Mááho, mááho dícha: cáátujé ñhdééjpidítýú lléhdótsámeíñe maaho dica”.

Ahdújucóváa mááho allúrí cáátujé ñhdééjpi ócájí íjtóóbé ellétú mityánécoba ‘joo’ tsááneri ííllityéne iwáábyavu dibye míñóríúúvénáa dííbyé úníutu pájtyénécoba áákityé ‘tóbuj’ núpákýó pañévu.

Aanéváhacáa cáájáneba diityétsí úméhé nįcáuri íjkyamútsí tsúúca ájyábari toócumútsí áákityéné iwáábyúne áraavéjucóóné téhdure tsítsíivéjucóóhií. Áánélliihyéváa Páábihó lihyúné Tsíjkyátsotáábeke néhcóroobe tsáhájuco ájtyúmitúne; íhjaváa kiávújucó dibye úmiváne dííbyéjtane.

Ááné boonéváa chooco iñíítyéne ííteebe diityé jaúvú tsanééré ííñuba; muhdú idyé méénuííbye teéne. Átsihdyúváa idyé tsiiñe péjúcoobe bájúháñeri.



## • EPISODIO XXI •

### CREACIÓN DE LAS COLPAS A PARTIR DE LA GIGANTE CAZADORA

Cierto día, Pucunero llegó a una enorme maloca en la que halló dos agraciadas señoritas que tejían unos canastos de tamshi. Cuando las féminas vieron al inesperado visitante, dijeron: “¡Pucunero, qué sorpresa verte llegar! Por acá se sabe que te convertiste en Amo de la Futilidad después de comer a tu propia madre”.

“Así es, amigas –contestó el visitante–. Solo estoy de paso por aquí”.

Mientras el diálogo fluía amenamente, escucharon el sonido de una flauta que provenía de la espesura del bosque, el cual decía: “Maco, tun, tun, tunnn”

Entonces, las señoritas advirtieron al andariego, diciendo: “Es nuestra abuela, la gigante Cazadora; tenga mucho cuidado. Cuando te convide alguna parte de su cacería, tendrás que comerla rápido; si no lo comes inmediatamente, te quitará tu parte y se la comerá. Y cuando te diga: “Pucunero, tengo ganas de soltarme un pedo”, entonces te cubrirás con este nongo de nuestros sacrificios. Tú, que tienes fama de mendaz, obedece nuestras instrucciones, por favor. Si no cumples lo que te indicamos, te matará y te comerá”.

Momentos después, la gigante Cazadora entraba por la puerta de la maloca, resoplando su flauta, cuya figura descomunal impresionó sobremanera a Pucunero. El abundante mitayo, que traía a modo de aretes y collares, consistía en sachavacas, venados, sajinos, venados cenizos, entre otros animales. Y apareando toda esa opulencia bestial en las orejas y el cuello entró por la puerta y la dejó en media sala de la maloca, para luego chamuscarlos en una gran fogata echa con mucha rapidez.

Terminado el socarramiento, la gigante preparaba toda la carne e inmediatamente la cocinaba en el enorme nongo de sus votos. Cuando el singular timbuche estaba listo lo retiraba del fuego y convidaba a cada uno, según sus posibilidades. Completada la distribución alimentaria, la gigante tomaba una sachavaca y la metía en sus fauces, masticándola crujiente. Lo mismo hacía con los sajinos, venados y huanganas. Es decir, la gigante Cazadora comía las capturas en un santiamén y de un solo bocado. Cuando terminaba de devorar su gigantesca ración quitaba la ración de Pucunero y se la engullía raudamente, pues este nuevo comensal era muy lento para devorar su gigantesca presa.

Al siguiente día, la gigante otra vez se marchaba al bosque en busca de caza, resoplando su flauta: “Maco, tun, tun, tunnn...”



## • EPISODIO XXI •

### TAAVÁMÉÉWAKE LLÍJCHURĭ ADÓWAVU PÍÍVYETÉTSÓNE

Llíjchuríváa Páábíhó lihyúné Tsíjkyátsotáábe táávatu cáájáneba dóhejúróné áráávéne boone idyé tsiíñe pevé bájuri pehíjkyá muhdúváhjáa iúúpíyívyehíkyádu. Aabévaa tsájcoojí cábúúveté bádsíjájamúpidívu mityájácoba jaari íjkyámúpidíu. Aamúpiváa dííbyeke iájtyúmíne néehíi: “Llíjchu, muhdívaabéami eene kiátú u tsáá. Dítstíjuúvukévaa u dóóne úúpíyí aabájaabe bájúháñeri úlleebéré u pehíjkyáabe”.

“Éée –áñújuubévaa diityépíke–. Ihdyu, íchíhíjírí ó ulléhi”.

Aamévaa ehdu ditye íhgyúvájcatsííaa lleebójucóomé chiiyóro: ‘Maacó dój, doj, doj, dóóó...’ –bájú pañétú íhyuváne.


Áanéllíihyévaa úwaabójúcoomúpí dííbyeke: “Múhpí iityáállé Taavámééwá tsájucóóhií, Llíjchu; wájácútsi dííjyaco. Lámeke itsívamedítýú uke dille ájtsikyúné íícúi ú doóhi; íícúi u dóótúhajchíí uke idyójtúcúne dóóille díjtyane. Téhdure, ‘Llíjchu ó nééboóhi’, uke dille néécooca íñe mé íícúvé caráájívu íícúi ú ávóóveéhi. Állíkyóhrevá múúne u néébe, muhpi uke me úwaabóné u méénútúhajchíí uke illíhyánúúbeke dóóille”.

Aanévaa íchiiyóro llíjchulléré Taavámééwá wájtsílleke íitécunúúbé éhnetú mityalle wálléhcoba. Áalle táávaváa ócájimu, nííwúwamyu, méénimu, íibamu, téhdure tsííñé iáme; aamévaa íikyáávédú, ííñújuííñédú íjkyáméhjíma llééhówatu úcááveíñulle waaóvá pínée jávu. Aallévaa íícúi cújúwácoba imyéénúne tsójucóó páneere íjtyááva, áamekévaa páméhjikéré iúúne tújúcoolle íícúvé carátsóójácóbari.

Aanévaa tútácócoba báábane ipíñáónetu íiáákyúwamúpíke ájtsíkyulle mééníjcubáácuvu tsáápillétsake, áánetúvaa Llíjchuríké ájtsíkyulle nííwúwájucubáu. Áané boonévaa ócájikyke iékéévéébeke íhgyú pañévú Taavámééwá ipíkyóóne úmuuvé ‘muurumuru’; téhdurévaa méénikyke, nííwúwake, mínéébeke iékéévéne úmúúvehíjkyalle íícúíye dohíjkyáhi. Aallévaa pámeekéré idyótsihdyu Llíjchuríké iájtsíkyuróné idójtúcúne úmúúvehíjkyá díbyéi chooco dóóne iúvanúnema.

Áállécobávaa idyé tsíjkyoojí lliíñájaavu pehíjkyá íchiiyóro: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –llíjchullére. Ehdúvaa pajcóójívaré Taavámééwá lliíñájaavu ipyééne táávane téhdure dohíjkyáme.

Tsáijyúvaa Taavámééwá: “Llíjchu, majói me cóóvatéki” –dsítsóhíjkyá Llíjchuríké cóóvu. Aallévaa kiiyécoba íillótúné ihde: “Llíjchu, étsihvu dítsííve” –dííbyeke nehíjkyáhi.



Cuando regresaba, con gran cantidad de animales, el imperecedero festín de convidar, quitar, engullir y comer raudamente se repetía incesante.

En ocasiones, la gigante Cazadora invitaba a Pucunero a ir en busca de leña, diciendo: “Pucunero, acompáñame a coger leña”. Y antes de cortar un árbol seco, la gigante ordenaba a su compañero, diciendo: “Pucunero, inclínese ahí, por favor”. Muy obediente, Pucunero se inclinaba donde era indicado, mientras la corpulenta leñadora derribaba el árbol hacia él, quien viendo que el tronco se le venía encima se tiraba a un lado, cayendo el árbol tras él. Creyendo haberlo liquidado, la cazadora preguntaba: “Pucunero, ¿dónde estás?” Y él respondía de entre la maleza: “Aquí estoy”. Entonces, la gigante se ponía a ironizarlo: “Resultó muy cobarde el hijo de mi finado pretendiente”.

Cuando cortaba otro árbol ella se inclinaba y el árbol caía sobre su enorme corpulencia para destrozar el tronco y así hacer la leña. En seguida, la gigante se colgaba los enormes trozos de leña, a manera de pendientes y collares, y se los cargaba rumbo a casa.

Unas veces, mientras cogían leña, la gigante acosaba a Pucunero, diciendo: “Pucunero, hagamos el amor”. Y él, muy asustado, rehusaba a la invitación, diciendo: “No quiero; no siento ganas de acostarme contigo”. Entonces, otra vez la gigante se burlaba del medroso parlanchín. Las verdaderas intenciones que ella tenía no eran mantener relaciones sexuales con él, ni recibir su ayuda alguna, sino de matarlo y comérselo al instante.

En casa, cuando tenía ganas de soltarse un pedo, decía a Pucunero: “¡Ay, Pucunero, me soltaré un pedo!” Entonces, las nietas y Pucunero se cubrían con sus nongos, mientras la nana se soltaba unos estrepitosos pedos secundados por huesos de animales que caían sobre los improvisados escondites.

Aquellos visitantes incautos que ignoraban esta treta eran heridos por los huesos y servía de cena para ella.

Después de permanecer por algún tiempo con las chicas y la gigante Cazadora, Pucunero otra vez se sintió enfermo y anémico. Entonces, dijo: “¿Qué ocurre con mi salud esta vez? ¿Los animales que caza aquella mujer son reales, acaso? Ahora la tendré vigilada para saber cómo los consigue”.

Establecido el plan, un día dijo a las mujeres: “Amigas, mañana iré a cazar muy lejos”.

Ahdújucóvaa ítsíwéébé allúvú kiiye dille illone áákityéné íñeeréjuco íjyánéllíí cátsíñívyehíjkaabe tékiiye iáámútuki. Áané boonévaa: “¿Llíchchu, kiáami uú?” –díllöhíjkyalle, Llíchchuríké illíhyanúné iwáábyúnema. Áállekévaa: ‘Ílle oó’, –añúcu híjkaabe íwáturéjuco. Áábedívaa: “tjijji. Duhcújuubé dóríuúvújtsíimeéne” –góócohíjkyalle.

Aallévaa tsíkiiye iíllóne tenéi túruúvétúné ihde tékiiyé lliiñévú ítsíwéllé allúvú áákityéhíjkyané viiuvu, aanéjucóvaa dille nújuíívahíjkyané ihjávú itsájtyeki.

Aanévaa cooríikye dityétsí íjyánáa: “Llíchchu, májo me tséépo” –nehíjkyalle dííbyeke. Áállekévaa: “Tsáhaá, tsá o ímíletú o tséépone” –añúcu híjkaabe. Áánerívaa idyé dííbyedi uuhívatéhíjkyalle. Ihdyúvaa imíllérolle ténéhíjtééveri dííbyeke illíhyanúne idyóóneé. Aallévaa idyé dííbyema cootu óómihíjkyá: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –chiiyóro llíjchullére. Aallévaa íñéébone ímíllécooca Llíchchuríké nehíjkyáhi: “Llíchchu, ó nééboóhi”. Áánélliihyévaa Llíchchurí dííllé iáákyúwamúpíma cárajínevu ávóóvéne Boone néébohíjkyalle diityé allúvú tsanééré iámé bajcúne.


Tsaatévaa wáájácutúme cárajínevu wátájcómeítyúme allúvú bájcune áákityéné diityéké llííhyanúmeke dohíjkyalle.

Aanévaa ehdu diityémá Llíchchurí tsúúcaja íjyahíjkyané njcaúvú idyé ítèmeí idyúhcúvaténe. Áánélliihyévaa némeíbye: “¿Muhdúami íñe ó duhcúvate? Muhdújáubá aalle iújcúnetu oke dóótsöhíjkyáhi. Íkyoocái ó uráávyee o wáájácu muhdú dille táávahíjkyáne”.

Ehdúvaa íjtsámeíñe neebe diityéke: “Ámuhipi, péjcore tsíhyulle ó llíjchúteéhi”.

Áánemávaa tsíjkyooji cúuvéuúvújuco iájkyénéhji Llíchchurí péene báju pañévú lliiñáaavu, aabévaa pátánúmeítyé Taavámééwá péhíjkyáhullévu. Aabévaa tétsii íjyácunúhíjkyánáa tsúúca tsájúcoolle íchiiyóro: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –llíjchullére.

Áállekévaa úravýjúcoobe tsíhyullétúré dille dííbyeke ityúvaaaótuki. Aallévaa íchiiyóro báju pañe llíjchulléré péelle tsátsihvu iwájtsíne íháávetéhíjkyáhi, ááne píhjaúvaa páné iámé tsáameke wápújúhcohíjkyalle ícanúbáhóouri, áámekévahacáa itsájtyémeke eene dohíjkyáme. Aanévaa iájtýmíne neébe: “Juu, ehdúhaca imyéénúneri iújcúmeke eene muha mé dohíjkyáhi. Íkyooca úvanúille”. Ehdúvaa íñééne llíjchúcújúcoobe tsáné oonúhó dííllé iihyówájpínetu, aanévaa avýewu díílleke úújeténéllíí: “¡Agáo! ¡Ávyé oke múcúvíyíihéba nuuóhi!” –neéle.



Cuando los primeros rayos del sol asomaban por la playa del firmamento, Pucunero, una vez más, fingió ir de cacería y se escondió entre los matorrales cerca del camino que la gigante Cazadora acostumbraba tomar para ir de cacería. Mientras el pernicioso permanecía en su escondite, escuchó acercarse a la cazadora, como de costumbre, soplando su flauta: “Maco, tun, tun, tunnn...”

Al verla pasar cerca la persiguió con mucho cuidado para no ser sorprendido. Llegando a un determinado lugar, adentro de la montaña, la gigante cazadora dejó a un lado su fuelle y, sentada, abrió las piernas para exponer sus enormes partes íntimas. En seguida, los animales de toda la selva vinieron a disfrutar las secreciones que emanaba su gran vagina, a los que la gigante mujer mataba de un solo porrazo.

Cuando Pucunero vio esta pavorosa escena, dijo: “¡Qué horror ver esta espeluznante escena! Pues, bien, ahora mismo le daré su merecido”. A continuación, Pucunero la hirió con un dardo de pucuna en el mismo centro de su enorme vagina, seguidos de otros tantos. Y sintiendo el dolor del pinchazo envenenado, la gigante se quejaba, diciendo: “¡Au! ¡Cómo duele la picadura de la avispa escorpión!”

Al final de una larga agonía, provocada por los letales dardos que Pucunero picó, la gigante Cazadora sucumbió y murió allí mismo, con las partes íntimas expuestas al ambiente, cuyos restos mortales se transformaron en una misteriosa colpa.

Horas más tarde el difunto de la gigante parecía regresar a casa, entonando su zampoña: “Maco, tun, tun, tunnn...”; eco que venía a esfumarse a cierta distancia de la gigantesca maloca. Cuando las nietas percibieron el hecho, aunque ya lo sabían de antemano, no pudieron cobrar venganza contra Pucunero, porque éste ya había huido de su presencia.

Ááné boonévaa píváijyúvá díbye líjchúneri námijtya dííllé pañévú lívááneri tétsihvu íáákityéne dsíjívéjúcoólle, aallévaa tétsihjívú ráárávelle adówavu píivyetéhi. Ehdúvaa Taavámééwake líjchurí illíihyánuíñúne úmívájucóó bájúháñeri.

Ááné boonévaa díílleúvú naaveneréjuco: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –chiiyóro líjchulléré tsahíjkyá ellétu, áronáacávaa dáíivyeihíjkyané wahájchotaré ihyátu. Aanévaa tsúuca ihdyu ííáákyúwamúpí waajácúhi, áronáacávaa tsá muhdú dityépí líjchuríké méénutú, tsúuca úmíváábeke.



## • EPISODIO XXII •

### CONVERSIÓN Y FIN DE PUCUNERO

Cuando las nietas de la gigante Cazadora supieron que Pucunero la había convertido en colpa, planearon cobrar venganza por la muerte de su abuela. En ese afán las féminas comenzaron a acechar los posibles caminos que el bribón debería de recorrer. Y hallándolo errabundo por un camino, una de ellas, convertida en un demonio, subió arriba de una huacrapona y cayó hacia él, buscando devorarlo; sin embargo, Pucunero la escurrió usando sus poderes y la hizo su mujer.

Con la nueva esposa Pucunero caminó un largo trecho que los condujo a un río muy caudaloso que imposibilitó su caminata. Entonces, improvisaron una canoa con el capitel del racimo de la huacrapona y cruzaron el río. Llegando a algún lugar de la selva la nueva pareja levantó una casa para vivir en ella. En ese lugar la fémina, convertida en un demonio, con rostro de mujer, buscaba devorar a Pucunero, sin éxito.

En una ocasión Pucunero se soltó un pedo, como producto de la digestión de sus alimentos. Al escuchar el pedo, la anómala preguntó: “Pucunero, ¿qué es ese sonido que acabo de escuchar?”

Enfadado con la ingenua pregunta, Pucunero, contestó: “¡Pues, es un pedo! ¿No sabes qué es el pedo? ¿No tienes ano para que te sueltes un pedo, acaso?”

“¿Cómo pudiera soltarme algún pedo? Pues, no tengo ano, amigo –contestó la demonio.

“¡Qué bien! –Se alegró Pucunero, ideando su final–. Entonces, hagamos tu ano para que te sueltes algunos pedos, también”.

Dicho esto, echó punta a una astilla del tallo de la huacrapona y la clavó desde la cima de la cabeza hasta la hendidura interglútea de la zona anal. Al siguiente día, el demonio sintió que algo se le removía en las entrañas, y muy motivada por el resultado, dio aviso a Pucunero: “¡Pucunero, estoy por soltarme un pedo!”

“¡Excelente, mujer! –replicó Pucunero– Sigue intentando, que pronto lo harás mejor”.

Pucunero decía así porque sabía que aquel extraño ser estaba pronto a sucumbir a causa de la profunda herida letal. Y para matarla lo más pronto posible, hirvió alquitrán en una olla y vertió el líquido en el orificio que hizo en la cabeza del demonio. Al siguiente día, cuando el demonio murió, Pucunero tomó nuevamente su camino errabundo por el bosque.

## • EPISODIO XXII •

### LLÍJCHURĭ NÉEWABYÁVÚ PÍÍVYETÉNE

Aanéváa Taavamééwake Llíchuri adówaanévú píívyetétsóné ííáákyúwamúpĭ iwáájácúne níwaavé téhdure dííbyeke imúnáájsóíyonévu. Áanemávaa dííbyeke iñéhóne tsáápille díbye pééíhullévú íarucóónúne áálláheri nériivyéhi, áanemávaa áákityéllé dííbyé tujkévetu mééímyewaréjuco dííbyeke idyóóroki, áronáacávaa íapííchori ipállójcóné díílleke táábávaábe.

Áállemávaa tsúúca péjúcoomútsí úújeté tsahi tééhivu, aahívaa muhdú ipáptyéítyúrónéllíí áálláhé mñhotu mñne imyéénúmĭri pajtyémútsí teéhi. Aamútsívaa tsátsihvu iúújeténe ánúmeíjyucóó tétssí íjkyaki, áronáacávaa dííbyeke dííbyé taaba mééímeewa imíllehíjkyá idyóóneé, árollévaa tsá píívyetétú muhdú dííbyeke imyéénune.

Tsáijyúvaa Llíchuri imájchoháñé áraavéné neebóhi, aanévaa illéébóne mééímeewa dííbyeke dillóhi: “Llíchuri, ¿aca ñná eene ihjyúváhi?”

Áánéllíihyévaa neebe úhbaabére: “¡Mu, ó neebóhi! Múhdullérá uu tsá dííáméhéjuma u íjkyátulle tsá idyé u néébótyuróne”.

Áábekévaa áñújculle: “¿Muhdúami, Llíchuri, ó nééboóhi? Tsá o náméhejúúvatúne”.


“Juúju –neebévapeécú–. Ané majo uke me náméhejúúnu téhdure u nééboki”.

Áanemávaa áálláhewa íñáátsóne wábóbóhcoobe díílleke íhñíwáutu íoovíwavújuco vítsojnécú. Áállekévaa tsíjkyoojĭ íhbaú pañe ováová íhjúvánéllíí neelle Llíchuríke: “¡H, Llíchuri! Muurá tsúúca ó neebóhi”.

Áállekévaa neébe: “Aava. Mityái, muulle, u nééboíñe”.

Ehdúvaa Llíchuri néé díílleke dille dsíjvéíñé pñhínéllíihye. Áállekévaa mááni iwáánetsóné cahpíoobe iivaa iwábóbóhcóhéjuri, aallévaa tsúúca tsíjkyoojĭ dsíjvéné boone idyé tsiíñe bájúháñeri péhíjkyabe cábúúveté kílláhóllédívu. Aallévaa cánohjúcunúhíjkyálleke dillójúcoóbe: “Taálle, taálle, taálle”. Áronáacávaa tsá dille dííbyeke áñújcutúne. Íllurévaa técánohjúcunu íjkyalle tsá dííbye ímíllétú íñtene.

Áánéllíihyévaa tsiíñe díllóhíjkyáabe: “Taálle, taálle, taálle”. Aallévaa éhñííñevúré cánohjúcunúllé áñúcu híjkyátúnéllíí díílleke uhbájúcoóbe: “¡Taálle, taálle, taálle! ¿Néhníhívalle kéémelle u íjkyalle íveekí tsá oke u ímíllétú u áñujcúne?” Áánéllíihyévaa dííbye éllevu írevóóvéne: “Áo!” –áñújculléré íwáávénetu ‘ápyu’, waamyu íjchívyéhi. Aamévaa dííbyeke úraavyéjucóó tébajújiri, dííbyeke ítsáávetúmére



Mientras caminaba por la inhóspita selva halló una anciana ermitaña, que permanecía sentada, cabizbaja e inmóvil, a la que comenzó a llamar: “Abuela, abuela, abuela”.

Como la anciana seguía cabizbaja, sin proferir respuesta alguna, Pucunero siguió llamándola: “Abuela, abuela; contéstame, abuelita”. Y como la anciana seguía inmóvil, sin levantar la mirada hacia su interlocutor, éste se enfadó y comenzó a gritarla: “¿Por qué no me respondes, vieja grosera?” Entonces, la anciana viró la cabeza hacia Pucunero y, elevando los ojos hacia él, contestó: “¡Heme aquí!”


Al momento de abrir la boca para contestar a Pucunero la anciana expidió un aliento que se transformó en zancudos, quienes comenzaron a perseguirle por toda aquella montaña. Y creyendo escapar de ellos corrió raudo lo más lejos posible del lugar, pero al no lograr eludirlos se lanzó en las aguas de un río.

Este singular hecho pareció muy gracioso al sol, quien soltó unas carcajadas desde su infinito trono. Entonces, el confundido fugitivo, extremadamente furioso, tomó su pucuna y sopló unos cuantos dardos contra el sol, buscando herirlo de muerte. Entonces, el astro rey encomendó la represalia al rayo de sus hechizos, quien con una poderosa descarga eléctrica quemó a Pucunero, transformándolo en una imponente e infranqueable catarata.

Desde entonces, los zancudos que fueron esparcidos por Pucunero son aquellos que pican sin compasión a los seres humanos en los agrestes bosques. Por otro lado, la catarata en que se convirtió Pucunero, cuando fue alcanzado por la descarga eléctrica de Rayo del Sol de la Primera Tierra, es aquella que hallamos en el surco del río Igaraparaná, hasta hoy. Aquí me quedé dormido mientras mi abuelita me contaba el cuento de El Pucunero.

\*\*\*





Áamekévaa ipállójcóro dsí#néroobéi tsíhyulle, áronáacávaa ditye cáávájúccóótúnéllíi cátsíñíívyeebe Mí#néhí pañévu.

Áábekévaa waamyu ícúbahráné Nuhba íájtyúmíne goocóhi. Aanévaa Nuhba dííbyedi góócone iúvanúne cáyobáávatéébe mítyane, áánemávaa ítyollíjyú iékéévéne Ilijchújúcoobe núhbake, áánéllíihyévaa Nuhba ípíívyetétso chíjchidi dííbyeke áámuube píívyeté nééwabyávu.

Aabévaa wáámyuke wáchájanúme eene bájúháñeri iijyévéwu míamúnáake ádohíjkyáhi, áánetúvaa dííbyeke ítyujpákýó iádo cóevámé nújpákýó allúrí áyáméwuúj# waámyu. Aanévaa Nuhba Líjchuríké nééwabyávu píívyetétssowa Mí#néhityu nééwabya íkyoocápívu. Étsihvúréhjáa ó cúwaiñú taalléroúvú oke Líjchurídítýú úúbállénáaaca.

\*\*\*



Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de  
Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña  
Correo e.: [tareagrafica@tareagrafica.com](mailto:tareagrafica@tareagrafica.com)  
Página web: [www.tareagrafica.com](http://www.tareagrafica.com)  
Teléf. 332-3229 / 424-8104 / 424-3411  
Agosto 2021 Lima - Perú

Mediante la publicación bilingüe de estos relatos que conducen al intrépido cazador Pucunero a través de una serie de peripecias pobladas de personajes de la mitología del pueblo bora, el Instituto del Bien Común desea contribuir a la recuperación y difusión de episodios de la historia oral de este pueblo amazónico y a la preservación de su lengua. Las narraciones fueron recogidas y traducidas al español por los investigadores Andrés Napurí y Walter Panduro, quienes contaron con apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

En las dos décadas que lleva trabajando en el noreste de la región Loreto por el establecimiento del Gran Paisaje Putumayo Amazonas, un modelo de ordenamiento territorial y gobernanza de los recursos naturales en Amazonía, el IBC ha desarrollado una sólida relación de colaboración con nueve pueblos indígenas cuyos territorios se encuentran en el interfluvio de dos grandes ríos amazónicos, el Putumayo y el Amazonas. En este marco, ha investigado los conocimientos ancestrales y las prácticas tradicionales de manejo de recursos de estos pueblos indígenas y también ha contribuido a recuperar y poner en valor su historia oral y su lengua.

ISBN: 978-612-48648-0-3



9 786124 864803

**METABOLIC  
STUDIO**



Proyecto ganador de Estímulos  
Económicos para la Cultura 2020



**PERÚ**

Ministerio de Cultura